Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

25228.34.12

Harvard College Library.

FROM THE

SALES FUND.

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. This will requires the income to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

Received 1 Aug., 1899.

Digitized by Google

Digitized by Google

MITOLOGÍA VEGETAL

Digitized by Google

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Variedades.
Á orillas del Rhin.
Guillermo Tell.
El Templo de Flora.
Piscolabis.
El Sochantre de mi pueblo.
Calidoscopio Literario.

Digitized by Google

Mitología vegetal

(LEYENDAS DE LAS PLANTAS)

POR

GINÉS ALBEROLA

MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1892

Digitized by Google

25228.34.12

HARVARD COLLEGE
AUG 1 1899
LIBRARY.

Sales fund

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Digitized by Google

A mi Esposa.

—

Desde que caí en la mala tentación de dar á los vientos de la publicidad mis desaliñadas concepciones literarias, siempre á la cabeza de todos los volúmenes puse el nombre de una persona ilustre ó de un amigo íntimo, cual si buscara, especie de contrabandista literario, salvar la mercancía colocando sobre los topes de mi nave una bandera limpia de toda mancha y al mundo entero simpática y amiga.

Hoy que, gracias á Dios y á mi fortuna, te considero como parte integrante de mi vida, sin rebozo, sin escrúpulo, sin temor al qué dirán las gentes, asocio tu nombre venerado y querido á esta obra, como mía, falta de méritos en sí, pero henchida de ese dulce ambiente que con tus amores legítimos y puros me vienes comunicando desde el día feliz en que

Digitized by Google

con lazo indisoluble la ley y el sacerdote nos unieron para siempre.

Renegar de ella sería, en sana lógica, renegar de tí misma, pues más aún que á mis estudios asiduos, que á mis constantes vigilias, que á mi fantasía, de suyo anémica y enfermiza, á tí en primer término debe la vida.

Mientras tú, como buena mujer de tu casa, ocupada en los quehaceres domésticos, pensabas en la prosa diaria (siendo, como eres, la poesía), yo, que cual todos los hombres, más tengo de material que de espiritual, pensaba en las flores y me entretenía en tejer con sus leyendas, á mi manera, una guirnalda que poder ofrecer á tus plantas en este día.

Tal y como salió de mi caletre aquí la tienes. Alguna ortiga, algún cardo, algo espinoso y punzante quizás encuentres en ella; pero cuando tal vieres, procura hacer la vista gorda, y no parándote en barras, aplaude lo malo, que lo bueno, si es que lo hay, ya se encargarán de aplaudirlo los demás.

Yo no me pico de erudito, ni de sabio he sentado plaza, ni aquí, en donde tras cada guardacantón damos con un literato de talla, he tenido la desfachatez de sumarme y confundirme entre los buenos; mas por Dios vivo, que si no te agrada mi obra ocultes tu opinión

Digitized by Google

en lo más recóndito del pensamiento. No rehuses, sin embargo, pasar por ella tus lindos ojos, pues sería demasiado castigo éste. Léela muchas veces, y después de leída guárdala en testimonio del inmenso cariño que te profesa tu marido

GINÉS ALBEROLA.

Digitized by Google

Digitized by Google

INTRODUCCIÓN

La mitología es indudablemente una de las manifestaciones más bellas de las literaturas antiguas. Para conocer su origen, necesitaríamos remontarnos á los tiempos prehistóricos, y aun así y todo, quizás nos quedáramos en mantillas. Hoy es y, sin embargo, así que no acertamos á explicarnos un hecho cualquiera acaecido en el seno de la sociedad ó en el seno de la naturaleza, la fantasía popular cuaja á su alrededor una leyenda, una fábula, un cuento más ó menos verosímiles, que de algún modo calmen la nativa impaciencia de los espíritus dados á la investigación de la verdad en el mundo.

Imaginaos al hombre primitivo puesto sobre la tierra virgen, exuberante de vida; con bosques de árboles frondosos como los que

Digitized by Google

forman las selvas de América, cual cumplía en aquel período propicio de la creación á la flora universal del planeta; con dilatados mares, de cuyo término los ojos más avizores sólo alcanzaran á ver, allá á lo lejos, una línea indecisa; con ríos caudalosos recién desatados en caprichosas trenzas, y lagos risueños recién surgidos al soplo benéfico del Creador, como para esmaltar la tierra de inapreciadas é inapreciables bellezas, y en cuyas superficies de cristal pudo atónito distinguir por vez primera retratada su imagen; con montes altísimos, cuyas cimas se elevan como un altar de la naturaleza á los cielos, y cuyas concavidades recogen la humana voz, y en alas del viento la trasportan de aquí para allá, repitiéndola hasta extinguirse por completo, para decirnos que de igual manera pueden subir hasta Dios las plegarias fervorosas del creyente; con un espacio diáfano compuesto de aire sutil y vivificante, y un cielo tachonado de estrellas fúlgidas, que en caprichosos grupos forman multitud de constelaciones; imaginaos al hombre primitivo en medio de tantas magnificencias, sin más conocimiento de las cosas en su natural ignorancia que el instinto, y os explicaréis fácilmente la creación en su fantasía de las fábulas y de los mitos.

Digitized by Google

Más aún que las maravillas de la tierra, las cuales al fin y al cabo podían de cerca contemplar y hasta ellas tender la mano en los primeros instantes de estupor para convencerse de su existencia real, debieron á las primeras sociedades pobladoras del planeta impresionar vivamente las maravillas del cielo, por ser, en su alejamiento y distancia de este bajo mundo, la región de suyo rebelde á las investigaciones del humano entendimiento y á cuyo estudio renuncian, no ciertamente por fuerza, sino muy de su gusto, infinidad de gentes supersticiosas, tachando de impíos á quienes osaren inquirir noticias acerca de la magnitud de los astros, de las órbitas que recorren, de sus propiedades múltiples, de todo cuanto acaece en las capas atmosféricas, llamadas por antonomasia Empíreo, con esta sentenciosa frase: «Nadie debe meterse en las cosas que pasan de tejas arriba.»

Así, pues, los fenómenos celestes debieron impresionar de tal manera la inteligencia de los primitivos pobladores que, ora en la brillantez de las estrellas; ora en los eclipses de luna ó en los eclipses del sol; ya en las formas varias que toman las nubes azotadas por el viento; ya en la aparición de las auroras boreales, rojas hasta mostrarse á los ojos cual

Digitized by Google

incendios devastadores del planeta, ó en la melancólica puesta del sol, dulce hasta parecerse por los toques tenues de sus tintas á un armoniosísimo cuadro; en todos estos fenómenos de la naturaleza, debieron ver algo incomprensible que les hacía experimentar una especie de terror religioso ó de entusiasmo poético, semejante al que nosotros mismos experimentamos á la conjunción del día con la noche, ó de la noche con el día; cuando las primeras nocturnas sombras se dilatan por el Occidente ó los primeros destellos de la aurora surgen por el Oriente; cuando tornan del tajo con sus herramientas al hombro ó vuelven al tajo alegres como las madrugadoras avecillas que revolotean y brincan y saltan en torno suyo, los honrados jornaleros; al minuto desonar majestuosísimo é imponente el toque de oraciones, y enmedio de un silencio sepulcral se elevan místicos rezos á las alturas en acción de gracias á Dios; entusiasmo religioso, repetimos, á cuyo influjo los primeros pobladores hincarían sin duda la rodilla en tierra y elevarían los brazos en ademán suplicante al cielo, llena el alma de supersticioso temor, ó el entendimiento presa de indescriptible asombro. Al influjo de confusiones tan extrañas como las que tenían en sus

Digitized by Google

primeras edades conturbada la mente de la sociedad y al vívido entusiasmo despertado en su pecho por el amor á la naturaleza, debió surgir esa especie de larga letanía de dioses y diosas, faunos y nereidas, sibilas y galateas, náyades y tritones que pueblan los espacios del mundo mitológico.

Pero no se necesita remontar el pensamiento á tiempos lejanos para mostrar cómo los mitos han sido siempre engendros naturales de la ignorancia y de la superstición. Pues qué, aun hoy, en este siglo nuestro, tan rico en inventos maravillosos, y durante cuyo curso el saber humano por todas partes á torrentes se vierte, ¿no tropezaréis con dificultades insuperables á veces, al tratar de difundir entre gentes más ó menos supersticiosas é ignorantes los conocimientos rudimentarios de las ciencias modernas? Si visitáis ciertas ignoradas aldeas de nuestra propia península, podréis convenceros de la verdad de este aserto.

Idle con la teoría del movimiento de la tierra al pobre aldeano, puesto á ver por el Oriente aparecer el sol y trasponerse por el Occidente, y se os reirá en las barbas. Por desgracia nuestra, existen comarcas cuyos espacios aún no han sido hollados por las velo-

Digitized by Google

ces ruedas de la moderna locomotora, y cuyos aires aún no han recogido el eco de su estridente silbato. Pues acostumbrados sus habitantes al tardo paso de sus carros de labranza, mañana, cuando vean este monstruo admirable de la mecánica moderna correr desalado por su suelo, tenedlo por cierto, atribuiránlo, más bien que á grandes inventivas de los hombres, á prodigios de magia ó de hechicería. Todavía moran sobre la tierra, encorvados, viejos caducos á quienes en su desconocimiento del planeta y su grande extensión, no hay posibilidad de hacerles creer que existe un más allá del espacio limitado que abarca su vista en el horizonte sensible de su aldea.

Mas ¿por qué hemos de asombrarnos á la consideración de estos hechos, cuando nuestro propio idioma consagra con las palabras «salir y ponerse el sol» la creencia antigua de que la tierra carece en absoluto de los movimientos de rotación y de traslación, respectivamente productores de las estaciones y de los días? Todo el mundo sabe cómo, en varias provincias de nuestra España, el campesino ignorante deduce de la aparición de un cometa cualquiera, de los encendidos crepúsculos, de los frecuentes eclipses, de las altas mareas,

Digitized by Google

de la inmigración de ciertas aves, de todos cuantos fenómenos en la Naturaleza acaecen, la cruenta guerra por venir, la peste asoladora por llegar, las calamidades múltiples que á la continua asaltan al hombre, constreñido á vivir en este planeta mezquino é imperfecto. Imaginaos, pues, si tantas supersticiosas creencias ha acariciado y acaricia aún hoy en su ignorancia el vulgo de las gentes, cuántos mitos entre sus sombras no habrían podido surgir en el espacio y perdurar en el tiempo. Pues de entre todos, como tema obligado á la sazón presente, elegimos nosotros aquellos que se refieren á los vegetales.

Asombra verdaderamente considerar la fuerza generadora que sustenta dentro de sí, cual inmenso océano de ideas, la fantasía del pueblo, propensa siempre á teñir con los colores más encendidos los hechos á veces más vulgares y ordinarios. El poeta romántico, abandonado á sus inspiraciones súbitas ó cediendo á impulsos internos de su imaginación delirante, toca con frecuencia en los límites casi de la poesía lírica; cautiva por modo extraño con sus novelescos relatos la pública atención, el escritor consumado en el arte de fantasear los sucesos sugeridos á su mente y de pintar los escenarios propios á su desarro-

Digitized by Google

llo y desenvolvimiento; pero la fantasía popular, producto de millares y millares de átomos de ideas, inmensa bola de nieve que por do pasa recoge su correspondiente copo hasta tomar las proporciones de gigantesca mole, por el tiempo convertida en granítica indestructible montaña de múltiples y varios pensamientos consagrados por la tradición; la fantasía popular, dada á las exageraciones en lo dramático, en lo cómico, en todos los géneros de la poesía, supera y con mucho en inventiva á la más feliz individual imaginación, al fin y al cabo una y sola. Así no es maravilla que, en su afán de rodear todas las cosas de extraños misterios, el vulgo haya atribuído á cada una de esas humildes hierbecillas, brotadas por la corteza de nuestro planeta, para purificación de la atmósfera, alimento de los seres, recreo de los ojos, antídoto de las enfermedades, auxiliar de la industria, virtudes bien extrañas por exageradas y supersticiosas.

Pocos asuntos alcanzan despertar interés tan vivo en quien, por amador de la Naturaleza, consagrare sus ratos de ocio al estudio y meditación de esta ciencia, por extremo sublime, como el asunto de la mitología vegetal. No da ni un punto de reposo á

Digitized by Google

su imaginación calenturienta el vulgo fanático en atribuir á cada árbol, á cada mata, á cada hierba, á cada fruto su correspondiente virtud sobrenatural. Así, mientras en Alemania hanle atribuído al enebro la propiedad de sacar los espíritus maléficos del cuerpo hechizado, por creer, según la leyenda toscana, haber sido bendecidas sus ramas por la mano misma de la Virgen, en su paso de Nazareth á Egipto, huyendo á las iras de Herodes, la tradición céltica y eslava quiere que los helechos, esas hermosas plantas que tapizan de verde oscuro las campiñas del Norte, dotadas de propiedades medicinales extraordinarias por infalible remedio, según muchos para combatir la hipocondria y sanar las heridas, aparezcan durante la Edad Media, llena de duendes y fantasmas, de brujas y de endemoniados, como precioso talismán contra los encantamientos. Y que, mientras los campesinos de Chieti conceden á la albahaca, en su olor penetrante, propiedades maravillosas para despertar en el alma, aun del ser más frío é insensible, simpatía y cariño intensos, y los aldeanos de Creta toman esa planta como símbolo de los duelos en la familia, ornando con ellas las ventanas de sus casas, los naturales de Palermo guarden religioso culto al

Digitized by Google

hisopo, por creerlo remedio eficacísimo á combatir el mal de ojo y otras muchas influencias mágicas.

Todos los vegetales tienen una tradición mitológica más ó menos verosímil, todos; desde el copudo ciprés, símbolo de la muerte orgánica, al mismo tiempo que emblema de la vida espiritual, á causa de su verdor perenne, del perfume intenso despedido por sus ramas, y de ser, como la del cedro, su madera incorrupta; y el jazminero, cuyas flores blancas ó amarillas, combinadas con las flores azules y rojas del azafrán, en guirnalda artística puestas sobre la frente de cualquier hermosa, la trastruecan, según la poesía oriental, en voluptuosa hurí, imagen fidelísima de aquellas que habitan las estancias etéreas del paraíso mahometano; y la yedra, entre éstos considerada como símbolo de amor y de amistad por las propensiones, como planta parietaria, á entrelazar sus tallos con las ramas del árbol más próximo, y entre aquéllos considerada como vegetal concupiscible, que seca con sus abrazos todo tronco, por robusto y secular que resulte, á la manera que el amor consume y mata con su fuego el corazón del amante; y la yusquiana ó beleño, que de los dos modos puede llamarse á esta planta, con cu-

Digitized by Google

yos brotes coronaban los jueces á los vencedores en los juegos olímpicos; y el laurel, en que fué transformada Daphne, el bien amado de Apolo, cuyas excelencias, juntamente con las excelencias del clavel, canta nuestra poesía popular en la copla que dice, como

«Entre los árboles todos,
Se señorea el laurel;
Entre las mujeres, Ana;
Entre flores, el clavel,»

todos los vegetales tienen su correspondiente mitológica leyenda.

¿Quién, que haya recorrido nuestras provincias meridionales, ignorará la especie falsísima aceptada como buena á cierra ojos por los campesinos, de que el día de la Ascensión de Jesucristo se retuercen en sus brotes las hojas del olivo, mostrando su reverso en lugar de su anverso, al minuto solemne de alzar en sus manos sacras el sacerdote la hostia, á la celebración de la misa mayor? Imposible consignar en el espacio limitado de que disponemos las múltiples y varias virtudes atribuídas y las numerosas leyendas cuajadas alrededor de cada uno de los vegetales brotados por la superficie terrena. Y es de lamentar, porque de todas las fábulas nacidas al calor de la fe supersticiosa en el seno de las

Digitized by Google

sociedades antiguas, pocas se hallán salpicadas de tan vivos esmaltes poéticos. No acabaríamos nunca si hubiésemos de referir todas las tradiciones mitológicas vagantes por los espacios del mundo vegetal; pues no existe árbol secular, mata mezquina, flor efímera que no se halle circuída como de una aureola de luz superior á la que compone el ambiente embalsamado por las esencias despedidas por sus corolas, de tales poéticas leyendas.

Tiene su correspondiente tradición mitológica el manzano, cuyo brillante fruto comido por el primer hombre atrajo sobre la humanidad las sombras del pecado; la higuera paradisiaca, cuyos verdes pámpanos sirvieron á nuestros primeros padres desobedientes para cubrir sus vergüenzas, y la higuera bíblica, de cuyas ramas desesperado y rabioso se ahorcó el infame Judas; el olivo antediluviano, cuyos brotes llevara una paloma hasta las manos de Noé, mostrándole así que las aguas habían cesado de caer y la tierra comenzaba á secarse; la vid, que le procuró á este patriarca el inestimable fruto productor del vino; la zarza ó el terebinto, en donde Abraham trató de ofrecer al Dios de Israel en holocausto su hijo; el roble, entre cuyas ramas quedara pendiente de los cabellos en su vertiginosa

Digitized by Google

carrera Absalón; los cedros del Líbano, cuyos troncos sirvieran á fabricar el palacio de Salomón y el templo de Jerusalén: ¿para qué enumerar más? hasta las prosaicas patatas, en las promedios del siglo diez y seis descubiertas en América, tenidas por todos como vegetales henchidos de espíritus maléficos.

Claro que todas estas leyendas, más ó menos verosímiles, tienen su filosofía; pero en nuestras humildes aspiraciones, ni siquiera hemos intentado sacar partido de ella. Escrita nuestra obra sin pretensión de ningún género, daremonos con un canto en los pechos si logramos hasta el fin sostener la atención de los lectores.

Con materiales tan preciosos como los acumulados aquí, un buen escritor, entrado en ganas de estudiar científicamente las plantas en sus relaciones con la mitología, de seguro escribe un libro, no sólo valiosísimo, sino nuevo en España. Nosotros hemos preferido, aun á riesgo de que se nos diga que tomamos el rábano por las hojas, trazar una serie de leyendas, más bien literarias que científicas, más bien recreativas que instructivas, las cuales sirvan como de corolario á la tesis que venimos sosteniendo en el trascurso de este primer capítulo. Y con tales aclaraciones, una vez curados en salud, entremos resueltamente en materia.

Digitized by Google

Digitized by Google

El Pino.

Uno de los árboles más hermosos de la familia de las coníferas, es indudablemente el pino, quien con el ciprés, el abeto, el sauce y otros varios vegetales, por lo perenne de sus ramajes, simboliza la inmortalidad.

De estatura más que mediana, de flores monoicas que parecen, por lo amarillas y menudas, brillantes partículas de azufre; de tronco esbelto, de copa piramidal, aunque algo convexa; de fruto en muchas especies comestible, el pino, cuyas astillas sirvieran á esclarecer nuestras noches hasta fines del siglo XIII en que se descubrió la candela y la bujía, ha sido en todo tiempo objeto de veneración para el vulgo.

Digitized by Google

Hoy que, merced á las investigaciones científicas, conocemos los remedios que guarda este árbol en sus hojas, en sus brotes, en sus flores, en sus frutos, en sus raíces para curar las más graves y más crónicas dolencias, cuando en nuestras excursiones por el campo lo contemplamos, apenas si paramos mientes en la aureola de poesía que le rodea. Hijos de nuestro tiempo, y por ende utilitarios y materialistas, en presencia de uno cualquiera de estos individuos de la gran familia vegetal, sólo se nos ocurre encarecer sus emanaciones balsámicas, porque, cual las provinientes de todos los árboles resinosos, fortifican nuestra economía y obran verdaderos milagros en los órganos respiratorios; hacernos lenguas de su pegajosa y amarillenta resina, porque sirve de remedio á muchas enfermedades propias del aparato genital; deshacernos en elogios hablando de su fibrosa madera porque se presta no sólo á construir objetos de carpintería y aun de ebanistería, sino á tejer franelas que nos resguardan del reumatismo; parlar y parlar fuerte de sus piñones dulces y sabrosos como las almendras, porque con ellos pueden sazonarse los más delicados guisos. Y pensando en lo material, en lo útil, nos olvidamos de lo espiritual, de lo

Digitized by Google

artístico; de que con sus ramajes verdiclaros compusieron los pueblos coronas que ceñir á la frente de los vencedores en los antiguos juegos ístmicos; de que el ramaje puesto por los sacerdotes paganos á sus tirsos simbólicos, era una piña guarnecida con cintas de colores; de que á la luz de sus teas celebraban las ceremonias de su culto los helenos; de que con su leña, tan fácil al fuego como la misma yesca, el paganismo alimentó las hogueras donde habían de calcinarse los huesos de sus muertos: remembranzas todas de valor intrínseco tan positivo, que á su enunciación surge en la fantasía el árbol por antonomasia llamado de Cibeles, como envuelto en una nube de prestigios.

Pues, sin embargo, el pino, que á la terapéutica moderna ha prestado tan grandes auxilios, en la mitología vegetal desempeña un papel verdaderamente extraordinario. Si aun hoy en muchos países existen costumbres tales como aquella de plantar un árbol al minuto de nacer bajo el techo de la casa conyugal cualquier infante, no ya en conmemoración del fausto suceso, sino para que prediga con su desarrollo más ó menos rápido, su vida más ó menos próspera, la suerte que le reserva el porvenir; y cuando los individuos de

Digitized by Google

la familia ven tristes que el vegetal va poco á poco agostándose, tiemblan por el niño que sonriente, sano y sonrosado en la cuna duerme el sueño tranquilo de los ángeles, y si lo ven lleno de frescura y lozanía saltan de júbilo, aunque el pequeñuelo, presa de horrible fiebre, se encuentre en los umbrales mismos de la eternidad, seguros como se hallan de que la existencia del ser amado corre parejas indefectiblemente con la existencia del simbólico vegetal, ¿cómo ha de extrañarnos que al calor de la superstición haya forjado el vulgo en torno de los pinos mil y mil poéticas leyendas? Si aun hoy, según testimonio de viajeros que nos merecen entero crédito, allá en el Japón, combinados los pinos con las grullas y las tortugas, entran á formar parte de sus ritos y de sus ceremonias nupciales, porque diz, á causa del verdor perenne que guardan sus hojas, representan la fidelidad y la constancia en los amores; y aquí, en las estepas moscovitas, los pasteles de novios ó los dulces de la boda, que decimos nosotros, aparecen guarnecidos con brotes recién cortados á los pinos; y en otros países, más ó menos apartados del nuestro, por consentimiento universal, una piña cerrada simboliza el estado virgen de la mujer, y por ende, una piña

Digitized by Google

abierta, su estado profano, ¿cómo ha de causarnos maravilla que tan hermoso vegetal, desde tiempos remotos, en su afán de encarecerlo y loarlo, el vulgo lo haya consagrado á la diosa protectora de la Agricultura, á la diosa Cibeles?

Muchos escritores modernos han colocado las escenas más interesantes de sus novelas en lo intrincado y espeso de los pinares, ávidos sin duda de esparcir un poco de ciencia en la narración que para solaz de las gentes trazaran. De estos ejemplos nos da palmaria muestra obra de enseñanza tan capital y de mérito tan indiscutible como *La Dama de las Camelias*. El hijo de Dumas, conocedor de la Naturaleza y sus encantos, de las ciencias médicas y sus secretos maravillosos, con gran previsión arranca por medio de Duval á su heroína del inmenso París y su atmósfera mefítica y la traslada al campo, entre cuyos pinares recobra no sólo la salud del cuerpo, sino también la salud del alma. Conoce al dedillo el insigne autor francés las propiedades que tienen las emanaciones de los pinos para curar en sus primeros grados la tisis; y como pudiera un discípulo de Galeno, receta él á Margarita, por boca de Armando, la estancia temporal enmedio de uno de

Digitized by Google

estos bosques privilegiados. Haciendo vida semiselvática, aspirando los salutíferos miasmas de la campiña, de seguro sana la hermosa prostituta si inopinada é importunamente el padre de Duval no se presenta y á fuerza de razonamientos no le impone el terrible sacrificio de renunciar para siempre á su amor.

Pues como en la literatura moderna, desempeñan también en las literaturas antiguas cometidos importantes los pinos. Para convencerse de ello no hay más que leer las obras de Ovidio y de Virgilio. Con ramajes de pinos aparecen ornadas las frentes de las faunas en el primero de estos poetas; y con teas arrancadas á los pinos ilumina el segundo las cámaras nupciales en sus incomparables églogas. En los bosques anidaban y entre las ramas de los árboles tenían su mansion infinidad de ninfas y de diosas, quienes arrulladas por los pinos y al amor de su sombra vivían felices, según nos refieren á una escritores helenos y latinos. Pero aún más que todo esto, muestran la verdad de nuestras aserciones las leyendas mitológicas que ha inspirado el pino. Hé aquí una en la cual aparecen como protagonistas Pan y Eolo, la ninfa Pitys y la Tierra.

Con la flauta en la mano, que tocaba á las

Digitized by Google

mil maravillas, discurría una tarde el dios Pan por las montañas de Arcadia, á caza y en busca, él que de lascivo y erótico tenía fama, de driadas y faunas y bacantes que enamorar, cuando de manos á boca dió con Pitys, una ninfa más hermosa que la aurora y más ardiente que el sol. Verla y rendirla fué todo uno, pues en sus costumbres harto libres, estas divinidades jamás se anduvieron con remilgos de etiqueta. Para celebrar su primera entrevista amorosa, sólo habían menester un sitio recatadísimo y oculto. Al Olimpo no podían ni humana ni divinamente dirigirse los enamorados, sin exponerse á concitar contra ellos las iras de los dioses mayores. Y en el deseo natural de satisfacer cuanto antes su impetuosa pasión, mano á mano Pan y Pitys diéronse á buscar una gruta dentro de la cual ocultarse á las miradas indiscretas de cualquier transeunte.

Tenía tan trillados aquellos parajes el hijo adulterino, según malas lenguas, de Penélope y de cuantos príncipes la requirieran de amores durante la ausencia de Ulises, que pronto halló lo que buscaba. Sin embargo, el dios Pan, á lo menos esta vez, no contó con la huéspeda. Huyendo de la presencia importuna de cualquier mortal, el infeliz se había colado de

Digitized by Google

rondón en la caverna de Eolo, quien, dormido á pierna suelta en lo más profundo de su estancia, ni siquiera apercibió el ruido levantado en los peñascos por la furtiva pareja.

Todo le saliera al dios Pan á pedir de boca si el bueno de Eolo no se despierta; pero aconteció lo contrario. El chasquido dulcísimo de los primeros besos resonó en la gruta con estrépito tan grande, que Eolo se despertó, y como viera que en sus propias barbas trataban aquellos incautos de refocilarse, lanzó un resoplido que hizo retemblar la gruta.

Imaginando tan extraño ruido proveniente del exterior, Pan levantóse súbito y salió corriendo á averiguar la causa.

Nunca lo hubiera hecho. Eolo, quien con un ojo miraba al plato y con otro las tajadas, al considerar sola y en su poder á Pitys, ciñóle á la cintura sus robustos brazos, y sin darle tiempo ni siquiera para pestañear, la puso á buen recaudo en una de sus mejores y más ocultas estancias.

Al volver Pan, la ninfa había desaparecido. En vano la buscó por todas partes. Ni en la gruta, ni en el bosque, ni entre las breñas pudo encontrarla. Ya, desesperado y triste, iba el infeliz á alejarse de aquellos lugares, cuando toda una sarta de suspiros ahoga-

Digitized by Google

dos, de ósculos amorosos, de palabras quedamente dichas, resonó á sus espaldas. Sin embargo, no atreviéndose á dar crédito á cuanto oyera, esperó oculto en las sombras el desenlace de aquella especie de mágica escena. No tardó éste mucho tiempo en llegar. Cogidos del brazo, prodigándose toda clase de ternezas, haciéndose mutuamente todo género de protestas de amor, aparecieron de improviso por la abertura de un peñasco Pitys y Eolo, quienes bien cerca de él se despidieron hasta otro día con un largo y profundo y amoroso beso.

Pan, que de puro rabioso debía sudar tinta, llevóse instintivamente las manos á las sienes, apretó los puños, hizo una mueca terrible y echó á correr tras de Pitys, á quien sin gran esfuerzo alcanzara enmedio del camino. Deseoso de prestarle auxilio á su amada, salió de la gruta dándose con los talones en las piernas Eolo, en persecución de Pan; mas llegó tarde. Con sus patas de cabra, la ninfa acuestas, echando lumbre por los ojos y espumarajos por la boca, trepaba á las montañas el dios Pan, sin que Eolo pudiera darle alcance; y una vez en lo alto, debió decirle á Pitys de esta manera:

«Te has burlado de mí villanamente, pero

Digitized by Google

me las vas á pagar todas juntas. Aquí donde me ves, con patas y cuernos de cabra, yo he conquistado el corazón de Diana, he obtenido los favores de Eco, he violentado á Sirine, he logrado todas cuantas ninfas apeteció mi deseo. Huyó, como tú ahora, Sinoe al verme, y no pude vengar tal afrenta; mas en tí voy ahora á castigaros á las dos, aplastando contra las rocas tu cuerpo y dándote muerte de reptil.»

Y tras éstas ó parecidas palabras, levantó en sus brazos á la ninfa y la arrojó con rabia al fondo de un precipicio.

Afligido, lloroso, con el alma partida en dos, dirigióse Eolo al Olimpo y pidió á la Tierra que trasformase para su consuelo el cadáver de Pitys, en un árbol cuyas ramas constantemente él pudiera besar con amor. La Tierra, compadecida, accediendo á esta súplica, trasformó el cuerpo disyecto de la ninfa en pino, para que con su verdor perenne simbolizase la inmortalidad.

Pero aun hay todavía más. Apropósito de la consagración del pino á la diosa Cibeles, vaga por el mundo mitológico una leyenda que merece consignarse para conocimiento de los lectores. Cuéntase que cierto joven sacerdote frigio, enamorado de una de esas ninfas, por su hermosura arquetípica, sólo

Digitized by Google

asequibles hoy á los ojos de los poetas, dando al olvido el voto de castidad que prestara ante los altares paganos, permitióse con ella ciertos atrevimientos. La castísima virgen, escandalizada, pero sin ánimos para vengarse por propia mano de estos ultrajes, acudió en demanda de auxilio á Cibeles. Puso el grito en los cielos la diosa oyendo á su protegida, y sin miramientos y sin dilaciones de ningún genero, decretó contra el audaz terrible castigo. Y una noche en que solitario el cura pagano sobre su cama yacía desvelado pensando en el amor y sus goces carnales, en el desvío y sus amarguras eternas, inspiróle Cibeles un acceso de frenesí tan grande que, lleno de rabia por no encontrar en su magín medio ninguno que le procurara la satisfacción de su deseo, levantóse súbito, y con el primer instrumento cortante que hubo á mano, sin piedad de sí mismo se mutiló de un tajo. Tales incidentes fabulosos sirvieron sin duda á los antiguos para clasificar el pino entre los árboles funerarios y ver en su fruto simbolizado el miembro viril.

Digitized by Google

Digitized by Google

El Ruipróntico.

VAGABA solitaria de aquí para allá, sin norte y sin rumbo fijos, cual tórtola recientemente enviudada, gentil doncella, en cuyos ojos azules se reproducía el candor sublime de su pura é inocente alma. Era de ver cuán desalada corría de un lado para otro en torno de las matas á caza de leves mariposas y en requerimiento de brillantes florecillas, propias á formar vistosísimo ramillete que ofrecer á quien le demandase el gusto ó el deber se lo impusiera. Y al efecto, ya unía en armonioso conjunto el blanco nardo con la roja amapola, la gualda margarita con la azul vellosilla, la lívida violeta con el morado lirio, con la multicolor campanilla, con las flores y los brotes de otras plantas diver-

Digitized by Google

sas, todas silvestres, pero todas brillantísimas, cual si de una exposición de matices ó de una competencia de perfumes se tratara. Y en tal tarea, sin quererlo y sin pensarlo, topó al paso con una mata de ruipóntico, á la vista de cuyas flores, semejantes á diminuto embudo, quedó deslumbrada. Aunque espinosos los vástagos de este vegetal, sin reparar cosa alguna en ello, lanzóse la joven á troncharlos, en su deseo vehemente de reunir con las ya hacinadas en su delantal, otras mil flores, tintas en varios matices. Á tanto brío, la pobre mata no pudo resistir y con la florecilla desarraigóla de cuajo.

Habréis visto poseídos de entusiasmo, al influjo de la lámpara mágica, aparecer en el lienzo súbitamente y renovarse, ora uno de esos panoramas sorprendentes, maravillosa obra de la Naturaleza, ora uno de esos templos místicos obra de la inspiración y del arte, ora, en fin, tal histórico sitio, escenario de grandiosos hechos, tal arruinado monumento recordatorio de épocas renacientes, ó tal escultórica figura ó tal enclenque y ridículo payaso. Pues con mucha más celeridad, con mucha más presteza, más súbitamente surgió, al arrancar de la mata vistosa hasta las raíces profundas, aérea gradería conducente á un

Digitized by Google

palacio encantado, habitación espléndida de divinas hadas. La bella heroína de nuestro cuento, desconcertada á la vista de tal inesperado cambio decorativo, apercibióse á ganar la selva próxima, y entre los troncos seculares y bajo el ramaje espesísimo guarecer su cuerpo helado por el pánico. Mas frustrado é inútil fué su intento. Aún no había movido para llevar á cabo su imaginada carrera el pie, cuando veloces descendieron por la misteriosa escalera, en guisa de ángeles celestes, dos de aquellas incorpóreas hadas, las cuales, como sus ascendientes las druidisas, las valkirias ó las peris, contaban en sí el don de obrar prodigios.

La pobre aldeana, conturbado el ánimo á la contemplación de tales maravillas, no pudo moverse del sitio en que parecía que estaban como enclavados sus pies. El magnetizador moderno de seguro no logra por medio de los fluídos eléctricos dominar á su arbitrio la voluntad del sonámbulo con el imperio absoluto que dominaron á la joven aquellos magos seres: tan temidos, según la tradición, de los campesinos de Escocia, quienes los consideraron allá en la antigüedad como agentes solícitos del diablo, por invisibles secuestradores de niños, cuyos cuerpos

Digitized by Google

tiernecitos entregaban en pago de propio tributo al infierno; tan respetados por la superstición inglesa, que veía en ellos los genios familiares de cada casa, por su redomado gusto en atormentar á las amas de gobierno poco cuidadosas de la hacienda ajena y á los mancebos harto perezosos y durmientes; tan encarecidos y loados por los poetas franceses é italianos, que los toman por dulces melancólicos seres, habitantes de las selvas, de los jardines, de los arroyos ó de las grutas, víctimas siempre del amor sin ventura, y siempre ejerciendo desmedido influjo en el destino de los mortales.

La joven, pues, poseída completamente por tan extraños cuanto hermosos seres, dejóse conducir sin oponer resistencia al maravilloso palacio. Lo que vió en su rápida visita por aquellas suntuosísimas estancias no es para dicho, ni aun para imaginado. En tal amplia cámara hallábase, muellemente reclinado el cuerpo sobre artístico sillón, tapizado de preciosas telas bordadas en oro, ceñida la cabeza con diadema de brillantes, cuyas facetas robaban al mismo sol sus destellos, calzados los pies de sandalias vistosas, los ojos vendados, la mano puesta sobre los rayos de áurea rueda giratoria sobre su eje con indecible ra-

Digitized by Google

pidez, y en aquel momento parada y fija, una mujer de extraordinaria belleza, cuyo sólo nombre evoca un mundo de risueñas esperanzas, pues se apellidaba la Fortuna; en tal otra estancia, enrojecidos de llorar los ojos, tendida sobre la espalda su negra cabellera, con todas las muestras del dolor más intenso retratado en su rostro, aparecía, mirando fijamente al fondo de férrea caja desprovista, la triste Pandora, á quien Vulcano diera vida y Júpiter le confiara, en infernal artefacto encerrados, los males de la tierra, por la imprudencia y la temeridad de su esposo diseminados y esparcidos para tormento eterno del humano linaje; mientras en aquel oscuro compartimento del palacio se veía la Muerte, silenciosa, aguardando á que el reloj de arena indicase la hora última de algún ser, para cortar implacable, con la nefasta segur, el hilo de su existencia. Pero la aldeana no reparó gran cosa en todo esto, ni su ánimo se contristó á la vista de tales escenas, parada como se hallaba la rueda de la Fortuna, por voluntad de las hadas, en próspero punto favorable á su porvenir.

Terminaba la tarde de aquel hermoso día, y ansiosa la joven de contar á su familia cuanto había visto y oído en aquel suntuo-

Digitized by Google

so palacio, pidió á las hadas con instancias que la devolviesen prontamente á su hogar, donde yacería, sin duda, su madre acongojada y triste de su tarda vuelta. Las hadas complaciéronla en su demanda, asegurándole cómo sin cesar día y noche velarían por ella; y del mismo modo mágico que ascendiera del valle al palacio, descendió rápida del palacio al valle nuestra campesina. Apenas pisado hubo el umbral de la puerta de su casa y abrazado con efusión á su madre, ya impaciente por su tardanza, faltóle tiempo para referir, y referir con los colores más vivos, la extraña y singular aventura.

La pobre anciana escuchóle sin pestañear, y una vez terminado el interesante relato, sumióse en profundo silencio. Parecía que meditaba algo extraordinario. Y en efecto, á los pocos minutos irguió la cabeza, clavó sus ojos un tanto apagados en los ojos penetrantes de su hija y le aconsejó, dando á sus palabras graves acentos, que encendiera todas las tardes al ponerse el sol una vela compuesta de cera virgen, delante y cerca de un espejo, y aguardase á un lado á que se consumiera.

La joven cumplió con exactitud el maternal mandato. Nada de particular ocurrió el

Digitized by Google

primer día; mas el segundo día, apenas puesta la luz cerca del espejo, con grande asombro de la aldeana, apareció en el cristal la imagen de un joven bizarramente hermoso, sustentando sobre su robusto pecho clarísima luna veneciana. El tercer día, colocada la luz casi tocando al cristal, en su afán nuestra heroína de ver y contemplar mejor aquella mágica visión, propia de un ensueño de amores, candente gota de cera oscureció el espejo, y el joven, despertando del profundo sueño en que yaciese, gritó con voz entera al par que dulce: «Vete.»

Aun no se había disipado en los aires el eco de tal palabra, cuando ya la joven había abandonado la estancia y encaminádose al campo á consultar con las hadas tal misterioso caso. Y las hadas, según le habían prometido, atendiéronla y la favorecieron cumplidamente. Al efecto proveyéronla de voluminoso ovillo de hilo, el cual había de arrojar al pie del monte más alto alzado por aquellos contornos, y atándose el cabo á la mano izquierda, dirigirse, apoyada la derecha en maravilloso báculo, por sus laderas, hasta gastar el hilo y deshacer el ovillo.

Seguidas al pie de la letra tales instrucciones, la hermosa doncella arribó sin tropiezo

Digitized by Google

ni contrariedad alguna á la cumbre, sobre la cual campeaban, como banda de palomas en reposo por la alta cúpula de un campanario, gran número de edificios pertenecientes á una especie de ciudad aérea, por no llamarla montaraz, á la sazón en duelo, á causa de la desaparición y ausencia de su príncipe, el heredero á la corona del diminuto Estado.

Sobre artístico balcón de mármol blanco apoyada, los ojos avizores y el oído atento, la faz animosa unas veces y otras veces triste, ora impaciente, ora desalentada, el sistema nervioso en excitación constante, como cumple á quien espera el bien amado que nunca llega ó se retarda, hasta el punto de parecer cada minuto de ausencia un siglo, cada hora una eternidad, en el ansia propia de los amores, se hallaba la reina madre en espera de su hijo, cuando acertó á pasar por allí la hermosa campesina de nuestro cuento. En su natural anhelo de inquirir noticias acerca del paradero de su hijo, la reina hízola comparecer á su presencia. Subió la joven á la regia estancia, y con tan buena fortuna, que á los pocos momentos había logrado con sus ingeniosas respuestas cautivar el corazón y granjearse la voluntad de la soberana de aquellos dominios.

Digitized by Google

Era ya entrada la noche. Lamentando la suerte del malaventurado príncipe ambas se hallaban, cuando resonó en los aires, escapada á la garganta de invisible ser consagrado á cuidar la cuna de algún hijo querido, la siguiente copla:

«Dormi, dormi, figlio mio,
Se la mamma un di sapesse
Che tu sei figlio mio
In una culla d'oro ti addormirebbe
E dentro fasce d'or;
Dormi, dormi, figlio mio.»

Tal canción tiernísima avivó más y más en la memoria de la reina el recuerdo imperecedero del hijo cuya ausencia la tenía continuamente anegada en un mar de lágrimas. En la curiosidad natural á tales casos, preguntó qué significación podría dársele á aquel cantar, lanzado por tan misteriosa manera á los vientos en las horas más avanzadas de la noche. Aún no había terminado su pregunta, cuando la joven, con verdadero acento de convicción, le anunció cómo el príncipe su hijo, ausente del regio alcázar por voluntad de las hadas, jamás se mostraría á los ojos de sus súbditos, en tanto que el sol no cruzara majestuosísimo la bóveda azul de los cielos, sin darse cuenta

Digitized by Google

aquél de semejante tránsito de la noche al día. Al oir la reina tal augurio, dicho con verdadera sinceridad, no pudiendo contener un movimiento de sorpresa, exclamó: —¿Será cierto lo que acabas de anunciarme?—Evidente, respondió la campesina.—¿Cómo has podido inquirir?...—Es un misterio que no puedo revelar á nadie en el mundo. Pero, creedme, así está escrito en el libro de los destinos.—¿Quién eres que tan á ciencia cierta conoces el secreto de lo porvenir? ¿Acaso una maga?—Soy tan sólo, señora, una pobre zagaleja, bajo la techumbre de rústica choza nacida, al aire libre criada, sin otra fortuna que el triste pedazo de pan procurado por mi madre á fuerza de mil trabajos, mas á quien las hadas, con verdadera solicitud, dispensan á porfía todos los favores de la fortuna. —¿Y no encuentras á mano medio hábil para lograr la vuelta del príncipe al regazo de su madre? preguntó con ansia la soberana.—Ya os lo he dicho: uno tan sólo hay, respondió la campesina.—¿Cuál?—Que vuestro hijo, desde el invisible lugar de este mismo alcázar donde se halla como cautivo, no perciba en clarísima mañana el despuntar de la aurora por Oriente, mostrándose así á sus ojos el día con todos sus esplendores, como

Digitized by Google

una de esas largas noches de invierno durante las cuales resaltan con indecible brillo en el cielo la luna y las estrellas.

La reina no quiso escuchar ni una palabra más. Al punto mandó reunir los magnates de la corte en solemne consejo, y les pidió con instancias que dictaran las oportunas órdenes á fin de lograr para el día siguiente la comparecencia en la cámara real y ante su augusta persona de todos cuantos joyeros existiesen de uno á otro confín de su reino.

¿Qué extraña idea había asaltado de súbito la mente, un tanto trastornada por el dolor, de aquella madre infeliz? ¡Oh! Pretendía nada menos que producir en plena mañana la noche artificialmente. Si, como era de suponer, su primogénito moraba por las estancias de su propio palacio, encantado, quería la reina por tal ingeniosa manera burlar la influencia mágica que pudieran ejercer sobre su voluntad los encantadores, hechiceros ó quirománticos. Mandó, pues, cubrir con grandes paños negros salpicados de brillantes todas las ventanas del palacio, con lo cual trataba de conseguir que su hijo tomase el fondo oscuro de los tapices por el negror y espesura de la noche, y el destello brillantísimo escapado á las facetas de tales piedras preciosas, por el vivo

Digitized by Google

fulgor de los astros nocturnos; mandó más aún: mandó que degollasen cuantos gallos poblaban los corrales en las casas de la ciudad; y sopena de muerte, que nadie en absoluto promoviese el menor ruido; que los serenos cantasen la hora como si fuera de noche y que las rondas discurrieran por la población demandando el santo y seña á los transeuntes, y los centinelas desde sus atalayas gritasen el «alerta» de ordenanza, cual si el día no hubiera llegado y aún reinaran por los espacios la soledad, el silencio y las sombras de la noche. Pues tal industria alcanzó un éxito feliz. El príncipe, engañado de esta suerte, recabó el dominio de sí mismo, tornó de la vida ficticia á la vida real, y en trasportes de indescriptible entusiasmo fué vitoreado por la multitud en las calles y en las plazas.

Tan inverosímil historia ¿no os parece bastante á considerar el ruipóntico como símbolo del sol en su ocaso? Pues la tradición, no satisfecha con esto, quiere que el ruipóntico sea el alimento por excelencia de los antiguos dioses; que su jugo, en mezcla feliz con otras varias sustancias, sea incombustible al fuego como el amianto; que la posesión de sus brotes, cual sucede con los brotes del cerezo ó del fresal, lleven en sí el funesto don de suscitar riñas á

Digitized by Google

veces terminadas por el homicidio: creencias abominables por supersticiosas, de las cuales han deducido muchos que tal planta, con el rábano, la avena y otras, tienen una significación funeraria, y que vista en sueños anuncia próxima é inevitable reyerta.

Digitized by Google

Digitized by Google

Los Helechos.

Por el corte elegantísimo de sus ramajes, que asemeja en las especies arborescentes á las artísticas y flexibles palmeras; por el aire de familia que guardan entre sí los individuos de todas sus tribus; por lo misterioso é ignorado de su fecundación; porque se adaptan á todos los climas y á todos los parajes, siquier prosperen más en las zonas ecuatoriales y en los sitios sombríos, húmedos y frescos, los helechos, que en ciertas épocas geológicas, ya muy distantes de nosotros, alcanzaran, según afirman naturalistas y botánicos, desmedida importancia, desempeñan en la mitología vegetal un papel extraordinario.

Remedio eficacísimo las raíces de esta plan-

Digitized by Google

ta para combatir la tenia; elemento de grande nutrición su forraje para muchos animales domésticos; auxiliar poderoso de la industria su esencia por las infinitas aplicaciones que tiene, apesar de reunir en sí todas estas y otras muchas particularidades, porque carece de flores propiamente dichas, el vulgo ha atribuído á los helechos la condición maléfica de convertir en estéril á la mujer que por su mal, consciente ó inconscientemente, llegue á ponerse en contacto con ellos.

Sucede con las plantas en la mitología vegetal lo que sucede con los animales en la mitología zoológica. Hay de entre éstos quienes, seguramente por su belleza plástica, simbolizan todas las venturas aquistables en la tierra, y quienes, seguramente por su fealdad nativa, simbolizan todos los males habidos y por haber. Á las aves nocturnas en particular les acontece algo de esto. Hay países cuyas gentes no pueden oir sin amedrentarse el graznido lúgubre de un buho ó de una lechuza en los promedios de la noche, como hay países entre cuyos habitantes la aparición de una cigüeña, de una golondrina, de una paloma, es siempre signo seguro de faustas nuevas. En puridad no encontramos razones que abonen estas diferencias; mas quienes se pro-

Digitized by Google

pusieran echarle puertas al campo de la superstición, de fijo perderían lastimosamente el tiempo.

Pues á los vegetales les sucede lo propio. Existen, mal que nos pese, en la mitología plantas maléficas, plantas benéficas, plantas nupciales, plantas eróticas, plantas milagrosas, plantas dotadas con toda suerte de prestigiosísimas cualidades; y aunque llegarais, de tanto pensar, á devanaros los sesos, no conseguiríais inquirir en conciencia el motivo de tan extraña clasificación. En sentir nuestro, así como la botánica moderna ha distribuído los vegetales en familias y en tribus para conocerlos á la simple vista, la magia y la quiromancia antiguas los distribuyeron á su vez en grupos según sus cualidades, y á cada cual de ellos los bautizó con uno de tales rimbombantes nombres. De otro modo, á cierra ojos y sin parar mientes en cosa ninguna, tendríamos que admitir como verídicas las leyendas que sobre las propiedades más ó menos benéficas de las plantas la tradición nos ha legado.

Lo cierto es que los helechos, esos hoy humildes pero ayer gigantescos vegetales, tan amantes de las tierras carboníferas, si por unos han sido calumniados hasta el extremo

Digitized by Google

de creer su contacto tan nocivo como la sombra del manzanillo, por otros, en cambio, han sido ensalzados hasta igualarlos en virtudes mágicas con aquellas hierbas silvestres de las cuales se sirviera Medea para adormecer al dragón bajo cuya custodia se encontraba el mitológico vellocino de oro.

Al modo que la religión católica concede á los fieles un punto de contrición para redimir sus culpas y librarse de los castigos eternales, la superstición popular concede por su parte á las plantas una sola noche en el año para expeler de sí sus maleficios y aun adquirir virtudes excepcionales. Esta noche es aquella durante cuyas horas los chicuelos llenan de fogatas las calles; las doncellas se aperciben á colocar sus tiestos de albahacas al raso para que sobre ellas caiga el rocio del cielo y las matas adquieran así maravillosas propiedades; los viejos sumergen en tarros llenos de aceite la balsamina con que han de curar las heridas; es, en fin, la noche de la magia, de la poesía, del amor, la noche de San Juan.

Cuando la imaginación del pueblo se empeña en dar desmedidas proporciones á los hechos y aun á las cosas más insignificantes, queráis ó no, tenéis que sucumbir á sus pretensiones, por descabelladas que éstas sean.

Digitized by Google

Así como nos aconseja el proverbio que al viento y al loco debemos, para que no nos atropellen, abrirles calle, al vulgo hay muchas veces que dejarlo en sus creencias, si no queremos sentar plaza ante él de zafios é ignorantes. Pues el vulgo, que ha visto en los encendidos crepúsculos, en la aparición de los cometas, en el graznido del cuervo, en el aullido del perro, en el pábilo de la bujía, en el de talle más insignificante, augurios mil á cual de ellos más aterrador, quiere que el 24 de Junio, en que acaece el solsticio de verano, sea un día feliz para todas las plantas. San Juan representa á juicio suyo la aurora, es decir, el despuntar de la era cristiana, y por eso en su loor enciende por todas partes hogueras. San Juan instituye el bautismo, y por eso la noche de su natalicio, cada gota de rocío que cae sobre la hoja de cualquier hierba, sobre la corola de cualquier flor, vale más que si cayera sobre ella toda una pila de agua bendita. Las razones en que se funda el vulgo para creer esto no pueden ser más contundentes. El Bautista lavó con las aguas del Jordán á Cristo del pecado que como hombre heredera de nuestros primeros padres, luego el rocío que caiga sobre la tierra la noche de su natalicio se halla dotado de extraordinarias

Digitized by Google

virtudes mágicas. Después de todo, semejante especie supersticiosa apenas tiene malicia, si se la compara con aquella otra que concede á las fuentes naturales, por el capricho de la clerecía puestas bajo la advocación de tal santo, de cuál Virgen, exageradas virtudes médicas; que estas creencias se han propagado con fines lucrativos, mientras las otras sólo á inocentes preocupaciones deben la vida. Por eso las unas serán siempre la parte poética, digámoslo así, de nuestra religión, y las otras serán siempre la parte material y grosera.

Pues el agua luminosa de San Juan, como se denomina vulgarmente, que sirve en unos países para curar las enfermedades de la piel, en otros para expeler las fiebres, en éstos para dar frescura y transparencia á la epidermis, en aquéllos para fortificar y hacer que nazca el pelo, y en todos para prolongar hasta lo indecible la vida, la tradición quiere que á su vez sirva para convertir los helechos en una especie de misterioso talismán, á cuyo influjo puedan descubrirse, doquier que se hallen, los más ignorados y más valiosos tesoros. Mejor aún que cuantas digresiones á este propósito pudiéramos hacer, lo explicará todo una leyenda, la cual, si por sus insulseces aparece cándida y sencilla, como el

Digitized by Google

cuento que la nodriza refiere al niño minutos antes de acostarse, tiene sus puntos y ribetes de filosófica y moral. Hé aquí el pasaje á que nos referimos:

Á la hora en que el sol se acuesta y las estrellas aparecen en el firmamento irradiándolo todo de luz y todo poblándolo de fantásticas sombras, caminaba en dirección á su choza, cabizbajo y pensativo, un pastor quien, poco afortunado, cada día solía perder, en sus excursiones por la sierra, alguna que otra oveja. Nuestro hombre no era codicioso que digamos, pero, como á cada hijo de vecino, le contrariaba mucho ver cuál crecían en cabezas los rebaños de sus compañeros, y con qué rapidez iba el suyo poco á poco diezmándose. Estas sensibles quiebras del oficio le mortificaban tanto más, cuanto que en modo ninguno podía el infeliz evitarlas. En vano, una vez fuera del redil, seguía con la vista una por una á todas sus reses; en vano con habilidad suma disparaba su honda contra las ovejuelas descarriadas; en vano elegía la llanura como sitio más adecuado á sus intentos para el pastoreo: ya por zancas, ya por barrancas, al fin de la jornada, algún cabritillo, alguna oveja, alguna res mayor había cotidianamente de faltarle. Desesperado de

Digitized by Google

tanto buscar inútilmente por colinas y oteros, por riscos y breñas, las reses extraviadas aquel día, retirábase triste el pastor, cuando, sin darse cuenta de ello, se metió de rondón en un campo de helechos, cuyos tallos verdes y frescos aparecían en aquel momento ornados de diminutas pero brillantes flores. No repararon sus ojos en la floración espontánea de estas matas y tronchándolas sin piedad, fué poco á poco abriéndose por entre ellas camino. Las pobres criptógamas, que á esta familia pertenecen los helechos, al sentirse heridas, dejaban caer al suelo sus florecillas con tal profusión, que en contados segundos cubrieron sus toscas abarcas. Eran de suyo, al parecer, tan nimios estos detalles, que no lograron despertar la atención de nuestro protagonista. Y, sin embargo, la cosa lo merecía en extremo, como verán los lectores al finalizar este relato.

De improviso, cual si le hubieran comunicado alguna fausta nueva, levantó los ojos al cielo, su cara de vinagre cobró indecible expresión de alegría, y frotándose de gusto las manos, dijo á voz en cuello éstas al pronto incomprensibles frases: «¡Loado sea Dios! Ya conozco el lugar en donde se ocultan mis perdidas ovejuelas.»

Digitized by Google

Después, apretando á correr en dirección á su casa, de trecho en trecho continuó murmurando entre dientes: «De fijo el espíritu de algún ser sobrenatural se ha infiltrado en mi cuerpo esta noche, pues como nunca pudiera imaginar, conozco el secreto necesario para hacerme rico en menos de un periquete.»

Solazándose con estas ideas llegó sin sentirlo apenas á su casa. En el dintel de la puerta, contemplando las hogueras que en una extensión vastísima los campesinos habían encendido aquella noche en honor á San Juan, estaba plantada su mujer, y al verlo, no pudiendo contener el mal humor que le produjera su tardanza, lo recibió con una lluvia de reconvenciones. Pero no paró todo en esto. Recontadas las cabezas del ganado, y viendo que le faltaban nada menos que cuatro, lo puso de zote, de cernícalo y otros calificativos sinónimos, que no había por dónde cogerlo.

El bueno del pastor armóse de paciencia, y sin replicar palabra aguantó el chubasco. Cansada por fin la mujer de hacerle bailar sin ton ni son á la sin hueso, se vino á razones, y entonces le dijo cómo no tenía motivo para armar tal gresca, ya que en modo ninguno él había malgastado el tiempo.

Digitized by Google

Llena de curiosidad interrogóle la mujer, y el pastor le replicó que era dueño de un secreto mediante el cual no sólo recuperarían las perdidas ovejas, sino que serían dueños de fabulosas riquezas.

Tomó la mujer á broma cuanto le anunciara su marido, pero viendo tras varias preguntas que se formalizaba, pidióle á éste que sin dilación, aquella misma noche, se apoderara de elementos tan necesarios para su bienestar. El pastor, que no cabía en sí de gozo, y á la verdad no deseaba otra cosa, cogió un azadón con que poder, en caso preciso, remover la tierra, y se dispuso á partir. Si no se detiene, de seguro logra su intento; pero se le ocurrió á su mujer, viendo lo estropeadísimas que traía las abarcas, aconsejarle que las reemplazara por otras más nuevas, y todo se malogró. Apenas se hubo desprendido del calzado viejo y con él de las florecillas que al pasar por los helechos se colaran dentro, perdió de tal manera la memoria, que no supo ya dar, por más esfuerzos que hizo, ni con el paraje en donde se ocultaban las perdidas ovejas, ni con el paraje en donde se ocultaba el codiciado tesoro.

Cayendo en la cuenta de lo sucedido, á la mañana siguiente pensó enmendar el yerro,

Digitized by Google

acaparando nuevas flores de helechos por todas partes. Vano empeño el suyo. En cuantas matas encontró al paso no halló ni una para un remedio. Con la aurora de San Juan todas habían desaparecido.

Consecuente con ésta y otras leyendas análogas, una parte del vulgo quiere que los helechos simbolicen la luz fugaz de los relámpagos, que esclarece á intervalos la tormenta; mientras otra parte quiere que las semillas nacidas en forma de diminutos tubérculos por el envés de las hojas hayan brotado sobre la superficie terrena en el instante mismo en que el Bautista vino al mundo.

Digitized by Google

Digitized by Google

El Granado.

ENTRE los millares de plantas que componen la gran familia vegetal, pocas se presentan á los ojos del naturalista con los prestigios del granado, cuyos frutos inestimables á un tiempo simbolizan, con su corona al remate, la monarquía absoluta, y con la profusión é igualdad de los granos ocultos en sus entrañas, la república democrática. Arbusto de regular estatura, de hojas largas y estrechas como las del olivo y relucientes como las del laurel, de ramaje espinosísimo, de flores bellas, que semejan por su encendido color rojas amapolas, el granado pertenece, en la clasificación hecha por los botánicos para facilitar el estudio de las plantas, á la familia de las mirtáceas según estos

Digitized by Google

autores, y según aquellos otros, á la familia de las granáceas.

Medicinal por excelencia como pocos vegetales, su preciado fruto no sólo sirve para regalo del paladar y mitigación de la sed durante los días calurosos de estío, por las regiones meridionales donde crece, cuyos cielos, poco propicios á enviar la lluvia bienhechora, resultan asaz pródigos en verter de su amplio y diáfano cenit, al par que torrentes de luz sobre la tierra calcinada de puro seca, en forma de rayos de sol ó de ráfagas parecidas al aliento que despiden por sus infernales bocas los hornos, fuego abrasador é intensísimo; su corteza ó malicurium, como se denomina entre los farmacéuticos, propínase como tónico y astringente, con gran éxito, para combatir las diarreas crónicas, las hemorragias uterinas y otras varias enfermedades, así agudas como crónicas.

Á estos naturales prestigios con que la Providencia le dotó, junta el granado los prestigios mitológicos de que le ha circuído solícita la fantasía popular, extremada siempre, lo mismo en sus encarecimientos y loas, como en sus censuras y recriminaciones de los hechos y de las cosas. Así han corrido por el mundo antiguo especies bien extrañas, tales

Digitized by Google

como que la savia circulante por sus ramas no es otra cosa que la propia sangre de Adgestis; que el fruto por Eva ofrecido á Adán allá en el Paraíso fué, no una manzana, como quieren los antiguos textos, pero sí una hermosísima granada abierta; que el zumo contenido en sus rojos granos proviene, en sentir de unos, del cuerpo de Eteode, y en sentir de otros, del cuerpo de Menaecée el suicida; extrañas especies, bastantes en sí á presentar el granado, aun á los ojos del menos observador, con esmaltes parecidos á aquellos con que se muestran los árboles pobladores del edén terrenal.

Pero aún hay más. Mientras en Turquía los granos desprendidos de una granada contra el suelo rota indican á la esposa amante el número de hijos por venir, en Dalmacia, el futuro cónyuge emplea original metáfora á la solicitación y demanda para sí de la mujer predilecta de su corazón; pues dice, dirigiéndose al padre de la novia, cómo desea trasplantar á su propio jardín las hermosas flores rojas del granado hasta aquel entonces erguido en el huerto paterno; y todavía cambia algunas veces la palabra flores por la palabra granada. El sabio catedrático del Instituto de Florencia, Angelo Gubernatis, en la página

Digitized by Google

168 de su magnífico libro titulado *La Mitología de las plantas*, trae la picaresca napolitana canción que reproducimos, porque guarda mucha analogía con lo apuntado por Usener respecto á las costumbres dálmatas:

Seunu picciottu campai'nnamurato,
Amai'na donna é nun la potti aviri,
E di la pena ni cascai malatu,
Idda lu sappi é mi vinni á vidiri;
Ntra li manuzzi mi purtau un granatu,
Ntra lu so pettu dui puma' ntiniri.

Pero sin acudir á ninguna de esas regiones del Oriente, ni siquiera á la Persia, bajo cuyos cielos espléndidos, y á la influencia de cuya dulce temperatura crece y se desarrolla exuberante de vida como en ninguna otra zona del planeta, podemos hallar ejemplos vivos que testifiquen la importancia del granado en la mitología vegetal. Nos basta reproducir una leyenda antigua, cuyo argumento no es otro que el cuento mitológico de la hija perseguida por su padre. Hé aquí tan curiosa narración:

«Érase un hombre de singular prestancia, de carácter impetuoso y de pasiones exaltadas. La muerte habíale implacable arrebatado á su esposa, cuando con más intensidad ardía

Digitized by Google

en su pecho la llama del amor, por el período postrero de la edad madura, durante el cual cobran los afectos desmedidas proporciones, como si al modo que la luz de una lámpara, en los estertores últimos de su agonía, súbitamente se esclarece y brilla, dando de sí sus destellos más fúlgidos, el corazón del hombre ¡ay! quisiera huir al necesario aniquilamiento de su ser, mostrando por estos días de irremediable decadencia, vigorosísimas y en su plenitud, las fuerzas que animan su cuerpo y las pasiones que encienden su alma.

Una hija, hermosa cual esas huríes que diz pueblan los espacios del Edén mahometano, dejóle, misericordioso siempre el cielo, para alivio de sus penas, apoyo de su vejez y satisfacción de su vida. Como se muestra igual á los ojos un rayo de sol á otro rayo de sol, la luz de una pupila á la luz de la pupila compañera, una gota de agua á otra gota de agua, mostrábase idéntica á su madre, y era, como vulgarmente suele decirse, su vivo retrato, la hija amada de su corazón. Una de esas noches espléndidas de estío, durante cuyo breve curso la Naturaleza entera, abrumada por exceso de vida, incita y provoca al amor, requirióla impío su padre á incestuoso ayuntamiento. La hermosa, á tal inesperada pretensión, perdió

Digitized by Google

la luz de los ojos, copiosísimo sudor frío bañó su cuerpo, sus manos se crisparon y se estremecieron sus nervios, como si fuera presa de terrible ataque apoplético. En vano, con voz entrecortada por los sollozos, reconvino dulcemente á su desnaturalizado padre; en vano avivó en la memoria de éste el recuerdo de la esposa fiel, é invocó como eficaz conjuro á tal tormenta el nombre santo de su madre cariñosa; en vano extendió los brazos al cielo demandando á gritos piedad y misericordia. Impertérrito y frío su padre sostuvo la audaz pretensión.

En tan desesperado trance, sólo un recurso supremo le quedaba, y á él acudió con ejemplar heroísmo. De súbito, irguióse como una fiera acosada en el bosque y dispuesta á vender á subido precio su existencia; y con la velocidad del relámpago, dióse á correr, perseguida por su padre, en dirección al vecino montecillo, á cuyo término abría sus fauces pavoroso abismo, el cual, más compasivo aún que el autor de sus días, si le dió pronta muerte material, preservóla á la deshonra, que es la muerte moral del individuo.

Los dioses, compadecidos del trágico fin de Side, que así se llamaba la bella deidad, convirtieron su yerto cadáver en vistosísimo

Digitized by Google

granado, y á su padre cruel lo transformaron en carnicero gavilán.» Y hé ahí explicado, según Oppien, por qué jamás tal ave de rapiña llega á posarse sobre la copa de aquel hermoso arbusto, objeto de otras mil fábulas entre los antiguos.

Como se ve, el cuento anteriormente dicho guarda fiel analogía con el inspirado por el árbol productor de la mirra, en el cual fué metamorfoseada la ninfa que lleva tal nombre, por los dioses, á quienes pidió, avergonzada de haber yacido con su padre Cinyrus, que la trastocasen en cosa que no estuviera ni viva ni muerta. Por esto, sin duda, en esa especie de heráldica amorosa que se denomina el lenguaje de las flores, resulta el granado ser árbol erótico por excelencia, y sus florecillas emblema seguro de amor ardiente y material.

Digitized by Google

Digitized by Google

Las Rosas de los Alpes.

NINGÚN filósofo ha llegado, por medio de sus estudios asiduos, adonde llegaran por medio de sus intuiciones naturales los pueblos. ¿Y sabéis qué concepto de la felicidad tiene formada el vulgo?

Pues á la felicidad hale dado la forma de una florecilla silvestre, alba de color y rica en esencias, la cual nace y crece entre las nieves de los Alpes.

Extraña idea, y aún más que extraña, parece, á primera vista, absurda tal comparación; pero cuando conozcáis la filosofía de este rudo simbolismo, quizás entonces podáis medir todo su alcance.

A la margen de uno de los innumerables riachuelos que se descuelgan á manera de hi-

Digitized by Google

los de plata desde las cumbres de los Alpes á la extensión de los prados, hallábase cierto doncel en breve y fría tarde de invierno, á falta de interlocutor con quien departir ó de confidente á quien contarle sus penas, hablando con su propia imagen, reproducida en el cristal de las aguas con suma fidelidad. Noble por su cuna, y aún más que por su cuna noble por sus sentimientos, el mozo á que hacemos referencia era uno de tantos amantes infelices á quienes la fortuna, de suyo veleidosa y coqueta, se empeña en escarnecer y burlar. Perdidamente enamorado de la hija de un conde feudal, enemigo implacable de su familia, en vano procurara granjearse el cariño de la hija, contando como contaba siempre con el odio del padre, más dispuesto á encerrar dentro de una fosa el cuerpo de su heredera, que á consentir en un matrimonio tenido por él como indigno, y á cederlo complaciente para el lecho nupcial de su detestado enemigo. Para colmo de desdichas, apesar de su acendrado y ardiente amor, la castellana rehusó, y aun tuvo por temerario y loco el propósito mostrado por su amador de abandonar la morada paterna y darse á la ventura de Dios por esos mundos, en busca del bien que en sus injusticias le negaran de consuno el ren-

Digitized by Google

cor de sus mayores y los designios de la suerte.

Pensando en todas estas contrariedades y departiendo consigo mismo el galán de nuestra historia se hallaba, cuando desesperado y loco, enmedio de la soledad, impetraba á los cielos para que le deparasen cualquier medio de salvación en tan apuradísimo trance de su existencia. Mas ¡ay! sus acentos luctuosos vagaban repercutidos un instante por el espacio é iban después á confundirse con el eterno susurrar de los arroyos y con el monótono gemir de los vientos.

La hora misteriosa de la penumbra venía á más andar sobre él. Por las arboledas oíanse los últimos píos de las aves, idas allí en busca de refugio y de reposo; á lo largo de los caminos se columbraban pelotones numerosísimos de labriegos tornantes á su hogar, tras un día entero de abrumadoras faenas; en la extensión de las veredas, precedidos de los pastores, caminaban los rebaños, hiriendo los aires con los ecos agudísimos de sus esquilas y el sordo rumor de sus pezuñas en el suelo, hacia los rediles; á la puerta de las cabañas, en espera de los suyos, las campesinas entonaban bucólicos cantares, así por su música melodiosa como por su letra inspira-

Digitized by Google

da, dignos de figurar en cualquiera de las églogas que han inmortalizado á los antiguos poetas; y mientras desde la tierra ascendían al cielo las vibraciones de las campanas resonantes al toque de oración, del cielo descendían á la tierra las sombras nocturnas, cuya espesura y negror atenuaban los rayos refulgentes de la luna y de las estrellas. Pues ni siquiera la circunstancia de avecinarse y llegar la noche logró divertir el pensamiento del enamorado mancebo é incitarle á abandonar aquellos lugares. Más que un ser humano, parecía, por su inercia, aquel hombre un ser vegetal que tuviera echadas en el suelo profundas raíces. Y de seguro allí pasa la noche, apesar de lo riguroso de la estación y de lo intempestivo de la hora, si de su ensimismamiento no viene á sacarle la voz majestuosa de un peregrino á la sazón vagante por aquellos sitios, y con el cual entablara el diálogo que vais á oir:

—Dios te guarde, mancebo.

—¿Quién sois?

—Ya lo estás viendo. Un peregrino.

—¿Qué queréis de mí?

—Quiero, á ser posible, procurar algún alivio á tus penas.

—¿Sabéis entonces qué padezco?

Digitized by Google

—Lo sé.

—¿Cómo habéis podido averiguarlo?

—¿No has tú mismo, hace poco, confiado á los aires los secretos de tu corarón?

—Es verdad. Me quejaba y dolía de mi suerte.

—Si no marran mis presentimientos, por tu desdicha, la llama de los amores ha brotado en tu corazón.

—Ciertamente que sí.

—¿Y acaso te desdeña ú odia la mujer á quien amas?

—Al revés de todo eso, buen peregrino. Especie de paloma torcaz, por lo amantísima y por lo fiel, la señora de mis pensamientos corresponde á mi pasión con otra ardorosísima é intensa.

—Entonces no acierto á dar con la causa de tus duelos.

—Es muy fácil. Que amando frenéticamente y siendo del objeto de mis ansias correspondido, jamás he de lograr sobre él completa y absoluta posesión.

—¿Quién, por grande ó por omnipotente, puede impedir tu enlace con ella?

—¿Quién? El destino. Una herencia nefastísima de odios, de una á otra generación legada entre nuestras respectivas familias.

Digitized by Google

—Espera en calma días más venturosos para tus amores.

—He aguardado ya mucho tiempo en vano.

—Y ahora ¿qué pretendes?

—Buscar, doquier que se halle, el talismán precioso de la ventura y de la dicha terrenales.

—No es difícil empresa saber dónde se halla; mas resulta arriesgado cogerlo y guardarlo.

—Pero decidme, ¿en verdad existe algún amuleto capaz de rendir y vencer al hado?

—Indudablemente.

—¿Y dónde se encuentra joya de tal valía?

—Cerca, muy cerca de nosotros.

—¡Oh! Vuestras palabras aumentan mi curiosidad, y el anhelo por alcanzar esa especie de vara mágica con que he de vencer al destino va rayando en impaciencia desesperante y loca.

—Aunque para el caso sea lo mismo, no se trata de ningún prodigioso báculo, semejante á aquellos usados por los profetas hebreos para obrar milagros; el amuleto á que yo me refiero es sencillamente una flor.

—¡Una flor!

—Y por cierto bien menguada de pétalos, pues su corola sólo se compone de cuatro blanquísimas hojas.

Digitized by Google

—Mas decidme, ¿por qué sitio de la tierra crece tan humilde como prestigioso vegetal?

—En lo más alto y escabroso de los Alpes, entre las nieves perpetuas, tiene su natural asiento esta planta.

—¿Y decís que quien logra arrancar á sus tallos una sola de semejantes florecillas?...

—Lo puede todo en el mundo.

—¿De veras?

—Como lo oyes. Ensueños de gloria, ambición de riquezas, satisfacciones en el amor, cuantas venturas terrenales apetezca, ve al punto cumplidas quien llega á poseer esta flor llamada por antonomasia de la felicidad.

—Con vuestras frases habéis devuelto á mi corazón la calma, y abiértome de par en par las puertas de la gloria. Recibid, en prenda de mi gratitud, un abrazo de despedida tan cariñoso y efusivo como el que pudiera dar á mi padre en los instantes supremos de volver á verle tras una ausencia larga. Pero dejadme partir ahora hacia las vecinas cumbres, pues quiero, antes que el nuevo día amanezca, poseer el amuleto á cuyas virtudes fío la realización de mis ilusiones amorosas.

—Muy deprisa pretendes caminar, aturdido mancebo.

Digitized by Google

—¡Y cómo no, tratándose de mi ventura y de la ventura también de mi amada!

—Es que no es tiempo ni sazón oportuna ésta para buscar anhelante la flor de la felicidad.

—¡Que no es tiempo!

—No. Esta florecilla carecería por completo de virtud mágica alguna no siendo tronchada de su tallo durante las horas de cierta noche del año.

—¿Y qué noche es la en que debe cortarse para no desceñirla de sus prestigiosas cualidades?

—La noche de San Silvestre. Y pues ya he logrado abrir á tus esperanzas nuevos y más amplios horizontes, con Dios queda y él te salve de los peligros que te aguardan si, dementado y loco, llegas á encumbrarte por los Alpes á caza y en busca de la flor de la felicidad.

Y sin dar tiempo al mancebo para que le contestase, desapareció de la misma súbita manera que había aparecido el peregrino.

Inútil decir la confusión en que cayera el cuitadísimo galán del cuento, al escuchar aquellas últimas y sentenciosas frases.

. . . . . .

. . . . . .

Oscura la noche por el manto de tinieblas que todo lo envolvía, resbaladizo el suelo por

Digitized by Google

el sudario de nieve que se dilataba de extremo á extremo en toda la cordillera, sin vía practicable por donde caminar, tras mil fatigas logró el infeliz encaramarse en las faldas de los Alpes y ascender hasta sus níveas cumbres.

De súbito, un rayo de luz desprendido de la luna, á quien las nubes dejaran paso por algunos instantes, esclareció la blanca superficie de la montaña, al borde tenebroso de cuyos desfiladeros brillaba como estrella solitaria en cerúleos abismos la flor de la felicidad. Verla el enamorado doncel y arrojarse sobre ella con el ansia que el águila desciende de las alturas para atrapar las aves, fué todo obra de un relámpago; lanzarse sobre la flor y rodar con estruendo á la insondable sima fué algo más breve, fué cosa de ver y no ver.

Mas ¿cómo no llegó á desprender de su tallo el vegetal que buscaba con tanto ardor? preguntáis.

¡Oh! Sí; pero con él fuese á la eternidad, sin duda á trasplantarlo en el único sitio donde sólo prospera la maravillosísima flor de la dicha; que las venturas humanas son tan efímeras y poco durables como las espumas de las ondas: apenas brotadas, cuando ya extintas, y la verdadera felicidad sólo se encuentra en la muerte.

Digitized by Google

Digitized by Google

El Altramuz.

No conozco planta en apariencia tan modesta y de valor intrínseco tan positivo como el altramuz. Á la familia de las leguminosas papilionáceas perteneciente, con flores alternas, ya azuladas, ya amarillas, ya violáceas, según las especies y hojas, compuesta de cinco, siete ó nueve foliolas, cubiertas de vello por el envés, el altramuz, cuyos tallos no levantan del suelo mucho más de cincuenta centímetros, cuyo follaje resulta el mejor abono que puede echarse á las tierras para engrasarlas, cuyo fruto amarguísimo bien adobado ha sido, es y seguramente será el recreo de los más exquisitos paladares, en la mitología vegetal ¡oh caprichos de la fortuna! simboliza el egoísmo.

Digitized by Google

¿Quién había de decirle á esta pobre matuja, tan estimada de los filósofos antiguos, sobre todo de aquellos que han pasado á la posteridad con el nombre de cínicos, tan encarecida por los galenos de otras épocas, quienes encontraron en ella virtudes bastantes para abrir el apetito, para matar los gusanos, para curar las enfermedades de la piel, que andando el tiempo la fantasía popular había ingratamente de condenarla al desprecio, que es el castigo peor que podemos aplicar en este mundo, así á las personas como á las cosas?

Pues, sin parar mientes el vulgo en los beneficios que nos reporta la presencia de este vegetal por la superficie terrena; sin acordarse de que sus tallos secos son aptos para fabricar cuerdas tan resistentes como las de esparto, y sus tallos frescos idóneos para componer un abono tan rico como el guano; que sus flores, á semejanza del girasol, no dejan de mirar ni un instante al astro del día; y cuando anochece, cual si fueran á morir, se repliegan, se encogen, se mustian y doblan su corola al suelo en signo de abatimiento; por lo que en muchas comarcas y entre campesinos, ya duchos en estas observaciones de la Naturaleza, hacen oficio de reloj y marcan la hora con la exactitud matemática que pudie-

Digitized by Google

ra hacerlo el mejor y más seguro cronómetro; sin pensar que con sus frutos, inferiores á los guisantes, á las habas, á las lentejas, á las judías, es verdad, pero más estomacales, pueden nutrirse las bestias, engordarse los cerdos, y hasta alimentarse las personas, ha puesto una tacha á los altramuces, diciendo de ellos que fueron maldecidos ¿por quién creeréis?, por la Virgen madre, en su paso de Betlehem á Egipto.

De puro sabida, tal leyenda apenas tiene interés, mas no por eso debemos dejar de consignarla.

Decretada por Herodes la degollación de los niños, no hubo en toda Judea madre ninguna que no intentase sojuzgar de una muerte cierta á sus hijos, bien ocultándolos en sitio seguro, bien huyendo con ellos á tierras extrañas. Medida tan bárbara y cruel, de seguro ni siquiera pasa por las mientes de Herodes, si los Reyes Magos, caballeros en sus hacaneas, de súbito no se presentan en la corte y, poco diplomáticos, con sus interrogaciones no despiertan recelos en el alma del tirano. Para éste, había pasado desapercibido el nacimiento de Jesús. Mas al oir á aquellos extranjeros que decían: «¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? porque su estre-

Digitized by Google

lla hemos visto en el Oriente y venimos á adorarle,» sus ojos se nublaron, su faz se descompuso, y poseído de terror mandó convocar á los príncipes de los sacerdotes, quienes, ya enterados de cuanto había sucedido, sin ambages ni rodeos le anunciaron la infausta nueva.

Bien hubiera deseado Herodes apoderarse en el acto del recien nacido, mas la cosa presentaba dificultades imposibles de vencer. Conocía el lugar donde residiera la tierna criatura, ciertamente, pero desconocia quién fuera ella y quiénes fueran sus padres. Lo mejor, á juicio del Rey, era proceder con tiento á fin de que cayera entre sus garras el Mesías anunciado por los profetas. Para captarse la confianza de sus colegas, les dijo Herodes que fuesen á Betlehem de Judá, donde encontrarían al niño que buscaban, pero que una vez encontrado, se lo avisaran á fin de poder también ir él en persona á adorarle. No cumplieron su promesa los Magos, y después de haber prestado homenaje al divino infante, tornáronse á sus respectivos países sin pasar por Jerusalem. Tal proceder debió indignar mucho al soberbio Herodes, é inmediatamente ordenó que fuesen degollados cuantos niños menores de dos años hubiese en Betlehem y su término.

Digitized by Google

Avisado á tiempo San José por un ángel, huyó en compañía de Jesús y de María á Egipto. Con mil fatigas pudieron atravesar la Judea; mas de pronto, y cuando ya extenuadas sus fuerzas por el hambre, por la sed, por el cansancio, iban á ganar la frontera, columbran á lo lejos un pelotón de soldados expedidos adrede en persecución suya. Poseída de verdadero pánico la Virgen, volvió los ojos á todas partes buscando un sitio seguro donde poder ocultar al hijo de sus extrañas. Vano intento. El campo no ofrecía albergue ninguno bajo cuyo techo evadirse á las miradas de sus perseguidores. Y éstos á más andar se aproximaban, y el terror de la Sagrada Familia por momentos crecía. Ya estaban á una distancia relativamente corta de los viandantes cuando, apretando el paso, llegaron á un oasis sembrado de palmeras y altramuces. Transida de dolor María, puso á su hijo al amparo de este vegetal para que le ocultase con sus ramas; pero el ingrato, apesar de su sensibilidad, no adivinando el bien que iba á hacer, replegó sus tallos y puso en descubierto el cuerpo de Jesús. La palmera, en cambio, más compasiva, inclinó sus hojas al suelo é hizo con ellas una especie de fresco y verde y vibrante cobertizo, tras el cual los fugitivos

Digitized by Google

pudieron resguardarse. En aquel tiempo, según las creencias populares, el altramuz era un hermoso arbolillo que producía frutas exquisitas. Pero desde entonces, desde que indignada la Virgen por haberse negado en situación tan crítica á prestarle abrigo á ella, á su esposo y á su hijo, le lanzó una maldición, esta planta se halla condenada á no alzarse de la tierra más allá de dos palmos y su fruto á ser amargo cual hoy le vemos.

Y, sin embargo, hablando de los altramuces nosotros los valencianos nos regodeamos de gusto y se nos hace la boca agua. Quienes nacidos en países donde sólo da la tierra árboles muy grandes, muy grandes, pero que ni siquiera producen frutos del tamaño de un cañamón, no pueden comprender esto. ¿Qué saben ellos la poesía que destila por todas sus ramas un almendro en flor, una palmera cargada de dátiles, un naranjo cubierto de *taronches*, los árboles todos propios de nuestro clima intertropical, hacinados de frutos? Pues lo mismo que sucede con los árboles, sucede con estas humildes matas de altramuces. Reiránse de nosotros las gentes del Norte si les decimos que uno de nuestros postres de invierno más apreciables son los cacahuetes y los garbanzos torrados, las habas cocidas, las pa-

Digitized by Google

sas y los altramuces, y sin embargo, ellos, con su paladar delicadísimo y todo, no encontrarán bocado tan exquisito como el postre de cocina que preparan con ruibarbo, una raíz que puesta en infusión propinamos nosotros á los niños para combatir los gusanos y las lombrices. No verán ellos de buen ojo un guiso cualquiera condimentado con aceite, y miren ustedes lo que son las cosas: en cambio les parecerá de mal gusto que á nosotros nos repugnen los condimentados, ó por lo menos aderezados, con mostaza, especie de emplasto que sirve á maravilla para hacer los sinapismos que luego nos aplicamos á las piernas.

A tales observaciones, me objetarán diciedo, que eso va en gustos. Pues no señor, no hay semejantes carneros. Lo que sucede es que cada uno se arregla con lo que tiene en su casa. Yo no me explicaba por qué ni en Londres ni en París había por las calles puestos de agua, ni por qué cuando abrasado de sed entraba á un restaurant cualquiera y la pedía, los concurrentes á él todos se mirasen unos á otros con asombro y hasta se preguntarán con los ojos: ¿de dónde habrá salido este buen hombre que bebe puro el líquido inodoro, incoloro y transparente que nosotros usamos en primer término para la-

Digitized by Google

varnos el cuerpo? Luego que conocí la mala calidad de las aguas en estas dos ciudades, me expliqué su repugnancia á no beberla sino mezclada con ron, con azúcar ó con algún jarabe de los que á propio intento y con este fin fabrica la industria extranjera.

Pues bien, si por todas partes abundasen los altramuces, estoy seguro que de ellos gustarían las gentes y á su tenue amargor se acostumbrarían todos los paladares.

Si de entre los vegetales suprimiésemos este individuo, ó por lo menos, en la imposibilidad de extirparlo de raíz lo proscribiéramos, con él desaparecería de nuestras regiones meridionales el vendedor ó la vendedora de altramuces, dos tipos de lo más atractivo que podéis imaginaros, y en cuya alabanza la musa popular ha compuesto aquella inspirada canción que dice:

La niña que está bailando
parece una altramucera.
¡Altramuces dulces, dulces!
¡Salada, quién te comiera!

Fruta de borrachos para unos, porque con ella suelen hacer boca las gentes aficionadas á lo tinto; manjar plebeyo para otros, porque sirvió de alimento á los esclavos en la Roma

Digitized by Google

imperialista, apesar de cuantas especies supersticiosas el vulgo inventara en su detrimento, los altramuces, por sus virtudes terapéuticas, por sus condiciones excepcionales para muchas industrias, han logrado abrir una brecha en ellas y aparecer como plantas, no solamente útiles, sino prestigiosas.

Digitized by Google

Digitized by Google

La Margarita.

AIROSA de continente, escultural de formas, con ojos garzos parecidos á luceros de brillantez indefinible, con cabellera un tanto blonda y muy larga, capaz de competir por su hermosura con las que ciñen los cometas á sus luminosos discos, y en cuyas hebras finísimas el más flemático y más indiferente y más frío de los mortales hubiera tenido á gloria enredar su alma; con una cabeza perfectísima, cual las trazadas por los pintores maestros en sus maravillosos cuadros, donde en conjunción armoniosa se reconcentraban las pobladísimas y arqueadas cejas con la estatuaria nariz, los purpúreos y bien dibujados labios con la graciosa barba, la amplia frente con la dimi-

Digitized by Google

nuta oreja; por todas estas cualidades, por lo menudo de sus pies, por lo precioso de sus manos, por la viveza y movilidad de sus facciones, por el rosáceo mate de su tez, por la frescura de sus carnes yla trasparencia de su epidermis, por su gentileza, por su donaire, Pilar aparecía como un modelo acabadísimo en su género de belleza femenil, echado por Dios á la tierra adrede para tormento de cristianos.

Dícese, y hasta cierto punto con razón, que las mujeres hermosas pasan la vida enamorando á los demás y concluyen por enamorarse ellas de su propia hermosura. Pero si esto ocurre entre las mujeres vanas, á la protagonista de nuestro pasaje le aconteció lo contrario.

Modestísima como la abrileña flor que nace y crece y vive oculta entre los repliegues de sus hojas, tímida y sensible como la mimosa púdica, dotada con una de esas almas de fuego que sólo en el amor encuentran la verdadera felicidad, Pilar llegó á enamorarse, y á enamorarse locamente, de cierto mancebo, en su mala estrella destinado á procurarle, en vez de tálamo nupcial, prematura huesa.

El amor puede compararse con cierto juego, usual en nuestras provincias, que se dis-

Digitized by Google

tingue con el nombre de *tira-floja*. Para tal extraña diversión sólo hace falta un pañuelo, de cuyas cuatro puntas se apoderan otros tantos concurrentes. Mientras la directora ó director del juego, pasando sin cesar la mano por él, aplica á un canto monótono y soporífero la siguiente letra:

«A la tira-floja
perdí mi caudal,
á la tira-floja
lo volví á ganar,»

Los jugadores mantiénenlo como vela hinchada por el aire, tirante; mas en cuanto, dirigiéndose á uno de ellos, le ordena con imperio que afloje, éste tira, y así que le ordena que tire, éste afloja. Quien obedece á la voz de mando paga prenda.

Pues bien, así es el amor. ¿Extrema el doncel sus protestas de cariño atendiendo á las dulces reconvenciones de su amada? Pues ya en ésta, si no evaporado, hase amortiguado su pasión. ¿Es ella la que, frenética, de su amor ardoroso da claras pruebas? Pues ya el amante ha sus llamaradas, fugaces como relámpagos, escondido en lo más hondo de su ser. Y en tal fosfóreo de luz impalpable, ambos á dos pasan el tiempo, y en tal infantil

Digitized by Google

juego inconscientemente se entretienen hasta que sin saberlo, sin pensarlo, sin presentirlo siquiera, cual mariposa que huyendo al fuego cae en él y se consume, lánzanse los dos enamorados en brazos el uno del otro, donde mueren á veces, ahitos por el placer, de nostalgia.

Entre esas fluctuaciones propias del amor, que hacen más agradables sus coloquios, vivía feliz la hermosa pareja, cuando bien contra su voluntad tuvo que embarcarse Pablo para América, recién descubierta por aquel entonces, á recoger la cuantiosa herencia que un pariente suyo muy próximo y muy rico le dejase al morir.

Tal nueva, si en parte infausta, en parte faustísima, cayó en los oídos de Pilar como toque de rebato en orejas de pastor hecho á no oir otros sones que el dulce tilín de la vibradora esquila.

Regaron su rostro, pálido como el de una muerta, las lágrimas á hilos desprendidas de sus hermosos ojos; suspiró su pecho, más comprimido por la pesadumbre del dolor que lo hubiera estado por el ataque brusco de cualquier enfermedad aguda; se retorció los brazos, se mesó los cabellos, hasta hizo jirones sus vestiduras en la natural batalla librada

Digitized by Google

consigo misma, viendo por el soplo letal de su destino deshechas cual ligera nube á impulsos del viento, ó como tenue sombra ahuyentada por la luz, sus ilusiones más queridas y sus ensueños más deleitosos.

Pero á la desesperación engendrada por las reflexiones, sucedió bien pronto esa conformidad que la consejera noche engendra, y lo que á un principio tomaron ambos amantes por causa de duelo, tomáronlo después por motivo de alegría desenfrenada y loca. El destino había propicio fundido ya en una sus almas, y para completar su dicha sólo faltaba que el sacerdote uniese con los indisolubles lazos del matrimonio sus cuerpos. Desheredados los dos hasta aquel momento de la fortuna, nunca ó muy tarde habían de lograr la realización de estos sus dorados ensueños si el hado no les favorecía. En cambio, ahora todo anunciaba un desenlace correspondiente á sus legítimos y píos anhelos.

Pero la fortuna, ciega de nacimiento, comunica frecuentemente esta enfermedad á sus hijos predilectos. Y aconteció que, habiéndose hecho Pablo á la mar, tras meses y meses de insoportable ausencia, ni tornaba á su tierra, ni se acordaba de su prometida.

En la impaciencia propia de quien espera

Digitized by Google

en vano, más irritante que entre el resto de los mortales entre los enamorados, Pilar, unas veces, encarándose con la luna, pedía á esta bella deidad de la noche noticias ciertas de su Pablo y de la constancia é intensidad de sus amores; pero la luna contentábase con mirarla de hito en hito sin pestañear, sin ronreirse, y sólo á sus lucubraciones oponía la inmovilidad y el mutismo consiguientes á su faz de granito; y si en tal período de su aparición por los cielos le anunciaba con su plenilunio toda una luna de miel, en tal otro, con su menguante, le anunciaba que, como ella, Pablo había también recortado á su pensamiento el vuelo, á su corazón las alas y casi olvidádola por completo. Consultaba á las nubes la infeliz doncella, al objeto de que estas vaporosas viajeras, en tanto sobre la cumbre de los montes posadas, en tanto sobre la superficie de las aguas tendidas, en tanto por el firmamento á modo de monstruosas aves dispersas, que ora bajan hasta tocar con sus rózagas de tul el suelo, ora suben hasta la frente misma del sol, á quien abrazan y besan con amor, sin miedo á su contacto de convertirse en lluvias ó de deshacerse en átomos, y las nubes iban y venían de un lado para otro, pasaban sobre su cabeza, se dilataban á su vista, se tendían

Digitized by Google

á sus pies, y si algo le mostraban con sus movimientos excesivos, era lo tornadizo y cambiante de las pasiones humanas. Dirigíase, por último, en su afán de hallar un mensajero que del olvidadizo é ingrato amante le trajera faustas nuevas, á las ondas marinas, cuyos lomos de cristal habían soportado la nave feliz de Pablo y cuyos encajes de espuma formádose quizás á los golpes de sus remos y á la violencia de su quilla; pero ¡ay! que el mar, tan insensible como la luna ó como las nubes, oponía á sus tristes lamentos el sempiterno fragor de las aguas.

¿Á quién dirigirse en tal apuro, cuando aquellos que Pilar creía obligados confidentes de su amor con tanta crueldad la escarnecían y la burlaban?

Pues se dirigió á sus hermanas las flores, como ella sensibles, como ella hermosas, como ella delicadas y puras, y de entre las que tapizaban la pradera eligió, por más sencillas y más inocentes, las gualdas margaritas. Tronchando, pues, aunque con pena, con resolución, la primera de estas flores hallada al paso, comenzó á arrancarle uno por uno sus delicados pétalos, al mismo tiempo que se preguntaba y se respondía mentalmente á sí misma: «¿Me quieres? Mucho. ¿Me quie-

Digitized by Google

res? Poco. ¿Me quieres? Nada.» El último pétalo de la agorera florecilla indicó á la pobre Pilar que su Pablo había por completo dado al olvido sus juramentos de amor.

Y en efecto, aquel oráculo silvestre, en mal hora consultado por ella, vaticinó con suma fidelidad el fin de sus amores. Y al poco tiempo, como Pablo tornase de su larga expedición casado y con hijos, la desdeñada amante se murió de pena, y al lanzar el postrimer suspiro, pidió que ornasen su frente con una corona de margaritas, y que alrededor de su sepulcro depositaran, de tan privilegiada mata, un puñado de simiente, á fin de hacerlas germinar con el abono de su cuerpo en descomposición.

Digitized by Google

El Narciso.

Conocéis el mito de la brillante flor en que fué transformado el hijo de la ninfa Liriope, previo el triste augurio del ciego Tirexias, á quien consultaban los tebanos como á un oráculo, en su afán de saber con antelación á ciencia cierta la fausta ó infausta suerte reservada por el porvenir á sus personas? ¿Conocéis el mito del narciso?

Vivía alegre y feliz junto á su madre, que se miraba en el cristal de sus ojos azules como en un espejo mágico, hermosísimo doncel recientemente entrado en la primavera de la vida. La prestancia varonil de su escultórica figura, el cabello crespo de su cabeza magistralmente modelada, la tez nacarina de su faz risueña, el brillante centelleo de sus ojos

Digitized by Google

rasgados, todas las gracias con que la Naturaleza por un verdadero privilegio atavía el organismo humano, todas juntas concentrábalas en sí aquel extraordinario mancebo, personificación viva de la belleza y sus encantos.

Mas ¡ay! que tamaño cuerpo encerraba un alma insensible á todo amoroso sentimiento. Era como una de esas brillantes flores, ya rojas, ya gualdas, ya azules, que deslumbran con sus matices los ojos, pero que no despiden de sí embriagadoras esencias. Un pedazo de mármol sacado de las entrañas de la tierra y expuesto al raso durante las noches de otoño á que reciba la escarcha descendida del cielo en forma de diminuta lluvia, hubiérase enternecido más pronto y horadádose con más facilidad que el corazón de aquel gallardo mozo se enterneciera á los reclamos del amor. Así, cuando en días interminables de caza tornaba á su hogar, desnudo de cuerpo, con el arco á la espalda y la flecha en la mano, las ninfas de los bosques, de los jardines, de las montañas y de los arroyos, salidas á su encuentro anhelantes de amor, en demanda de una mirada dulce ó de una sonrisa tierna, ruborizadas y confundidas á su indiferente frialdad ó á su desdén profundo, ocultaban su rostro

Digitized by Google

tinto por el carmín de la vergüenza y por el llanto de la desesperación surcado y humedecido, entre las manos, trémulas por la ira despertada en el pecho.

No existía en Tebas divinidad alguna á quien no hubiera cautivado con sus gracias naturales; pero no existía ninguna tampoco á quien no hubiera despreciado ¡cruel! con su manifiesta indiferencia.

Cierto día en que por el monte erraba, cazador incansable, husmeando cual hábil galgo las codiciadas reses, como lanzara á los aires la palabra «unámonos,» las cóncavas montañas repitieron «unámonos, unámonos...» Era la ninfa Eco, quien abrasada en amores por Narciso, corrió con los brazos abiertos á su encuentro, anhelosa de fundir en una el alma insensible del ingrato con su propia vehemente alma.

Pero, como en tantas otras ocasiones, el mancebo volvió la espalda al amor y despreció á la ninfa. Tanto desvío atrájole al infeliz los odios reconcentrados de todas aquellas deidades, quienes en su ira pedían fervorosamente á los dioses que descargaran sobre su cabeza ejemplar y terrible castigo. Así, en verdadero transporte de rabia, desencajada la faz, chispeantes los ojos con fulgores si-

Digitized by Google

niestros, la voz trémula y casi ahogada en la garganta, al influjo de los celos, una ninfa gritó con voz destemplada: «¡Oh, dioses! Permitid, en justa venganza á nuestros ultrajes, que tan gentil como desdeñoso mancebo, para su tormento y martirio, se enamore perdidamente de una imagen ilusoria, incapaz de rendirse á la ternura de sus caricias ni de conmoverse á los halagos de sus amores.» Y el demandado castigo cayó rápido, como nube que asombra el cielo de pronto, como noche tropical sin crepusculares reflejos, como tormenta veraniega súbitamente formada en el espacio azul, sobre el infeliz Narciso, quien, adorado de su madre, bendecido de los tebanos, arrullado de amores por todas las ninfas, pasaba sin desvelos las noches y los días sin nostalgia, confiado al favor que los dioses habían de dispensar á su estrella, hasta entonces no empañada ni oscurecida por las sombras tristes de porvenir incierto ó de segura inevitable ruina.

Y una mañana, quizás la más feliz de su existencia, á causa, en su afición favorita, de haber asaeteado, como nunca certero, infinidad de reses; una de esas mañanas, durante las cuales el sol, surto por toda una noche en la bahía occidental de su ocaso, tras la crepuscu-

Digitized by Google

lar aparición al Oriente, graduada y suave, como si, prolongando los placeres estéticos en el alma, quisiera extinguir con las tenebrosidades del cielo las penas del corazón, mostrándose en su cenit como roja lámpara suspendida en la etérea inmensidad, despidiendo vívidos pero abrasadores rayos, Narciso, jadeante de correr por los verdes prados, de encaramarse audaz por las riscosas laderas, de trepar ágil á los picachos salientes, de acorralar y rendir fiero las alimañas de los bosques y las aves de rapiña, fatigadísimo de cuerpo, exhausto de fuerzas, sediento con la sed abrasadora del hidrópico, detúvose y se asentó junto á la margen de trasparente lago, cuyas aguas cristalinas, si podían extinguir el fuego que lo devoraba, también podían ¡ay! avivar y encender todo un infierno en su alma.

Nunca hubiera hecho tal. Apenas, ávido por el deseo, tendió la mano para recoger en su hueco el agua apetecida y con ella mitigar la sed ardorosa de su garganta, cuando una exclamación de asombro, dulce y armoniosamente, resonó en los aires. Había visto surgir en la superficie misma del lago la propia adorada imagen, y á su contemplación encendídose en amores su alma, hasta aquel momento impasible y fría. Á los primeros trans-

Digitized by Google

portes de entusiasmo, quiso tender hacia ella los brazos para estrecharla contra el pecho palpitante de emoción; mas conociendo la imposibilidad material de cumplir tamaño intento, cubierta como se hallaba por las aguas, instóla con grandes instancias á que saliera de su mansión cristalina á departir con él en amorosa plática por las riberas llenas de flores y bajo la sombra de los cedros que extendían frondosos sus ramas al espacio. Pero la imagen no daba de sí otra señal de vida que el remedado movimiento de su amante interlocutor. Y ora inclinaba la cabeza en demostración de abatimiento, ora la erguía con arrogancia en signo de coraje, ora agitaba, presa de terrible convulsión, su cuerpo etéreo en muestra evidente de impaciencia, según las varias y múltiples manifestaciones externas á que en su contrariado deseo se daba el infeliz mancebo á quien le debiera la vida y el movimiento. Y desesperado, loco, fuera de sí, arrojábale con furia puñados de arena, á fin de constreñirla y obligarla á que abandonase su cárcel quebradiza y transparente y se sumergiera en el fondo del lago, de donde, para su eterno tormento, había surgido encantadora.

La virtud que no alcanzaron las arenas lográla el llanto de Narciso, y al contacto de

Digitized by Google

sus lágrimas turbias, con las límpidas aguas del lago, se borró para siempre la imagen ilusoria. Apenas sus ojos, nublados de llorar, perdieran de vista la mágica visión, causa de sus amores, cayó muerto como herido por un rayo al borde mismo de la nefasta laguna Estigia, de cuya superficie no apartó ni un instante la mirada en los estertores últimos de su agonía.

La noticia de tan terrible catástrofe cundió veloz por los espacios de toda la comarca. Y las náyades y las driadas juntaron á una sus gemidos de dolor con los eternos lamentos escapados al pecho de la ninfa Eco, fidelísima en sus amores y como ninguna apenada y triste. Á fin de tributar la postrer manifestación de su culto á quien fuera para ellas en vida objeto de admiración y de entusiasmo, apercibiéronse á ir en requerimiento y busca del yerto cadáver de Narciso; mas en su lugar hallaron un hermoso vegetal, cuyos vástagos, semejantes á espigas hacinadas de granos, mostrábanse cubiertos de flores aromosas, tintos en rojo color sus cálices y sus corolas blanquísimas como el ampo de la nieve. Era una de esas matas de narcisos, funerarias como el apio, como el oleandro, como las perpetuas y otras mil, cuyas guirnaldas han servido á coronar la frente de los muertos y de

Digitized by Google

cuyas brillantes flores se ha dicho que vistas en sueños anuncian la desventura y la desgracia.

La soberbia y la vanidad llevaron á fin tan desastroso al desdichado Narciso, y por tal motivo quiere la tradición popular, en recuerdo á su infortunio, que adopte tal planta la actitud modesta con que la vemos alzarse por nuestros jardines y á la orilla de los ríos, de los lagos, de los arroyos, inclinada la corola sobre las aguas.

Y por eso ha exclamado por boca de Azz Eddin, en minuto sublime de arrepentimiento, esta flor: "¡Quiero, por humildad, decir mis defectos; y si doblo la cabeza, es á la consideración del momento cruel de mi fin!„

Digitized by Google

La Sensitiva.

Existe en la familia de los vegetales un individuo que merecería llamarse, por su complexión nerviosa y su pudor nativo, la virgen inmaculada de las plantas. Nos referimos á la sensitiva.

Todo el mundo conoce esta preciosísima planta americana, la cual, como el caballo entre los animales domésticos, resulta, entre los vegetales conocidos, el más nervioso y más sensible al dolor. Pertenece la sensitiva, por los botánicos también llamada mimosa, á la familia de las herbáceas, y sus flores, rosadas ó blancas, surgen por sus tallos, formando á veces una especie de diminuta corona y á veces una especie de bello panículo ó apiñadísima espiga. De hojas bipeneas, es decir,

Digitized by Google

de hojas cuyo peciolo lleva á los dos lados otras secundarias cubiertas de hojuelas, su irritabilidad excesiva da ocasión á uno de los fenómenos más curiosos señalados por la fisiología vegetal.

La mimosa púdica, ó sensitiva, alcanza la facultad no sólo de moverse, bien que dentro de su limitada esfera y de sus condiciones inferiores, sino también la facultad de dormir el sueño propio á ciertos vegetales compañeros suyos. Acontece, pues, que mientras vemos con asombro esta planta replegarse triste dentro de sí misma, arrugar sus hojas como pergaminos echados al fuego, caer presa de terrible síncope ó desmayo por las horas comprendidas entre las dos penumbras, vémosla, en cuanto el sol se levanta, la nueva alborada asoma, el primer rayo de luz resplandece, tender al viento sus tallos gentiles, desarrugar su verde y olorosísimo follaje, sacudir sus brotes con alegría, cual si, en vez de un ser inferior sin alma, fuese un ser superior que se desperezara é irguiera, tras sus horas de reposo en el mullido y perfumado lecho que la Naturaleza le fabricase.

Pero aún hay más. Aparte esta movilidad lenta y periódica, la sensitiva, como pocos otros vegetales, vive á todas horas expuesta

Digitized by Google

á mil accidentes á cual de ellos más desagradable y más triste. Podría decirse que, tan humilde matuja, se halla por el hado adverso condenada á vivir en sobresalto perpetuo. Es un vegetal inocente, y parece un facineroso perseguido. Y en verdad que la comparación es exacta, pues en su humilde esfera, la infeliz no gana para sustos. ¡Triste condición la de este sensible ser, constreñido á vivir encadenado á la tierra, por cuyas entrañas él mismo fabrica con sus raíces las esposas que lo amarran y los grilletes que lo sujetan al potro de sus tormentos. En vano pasa el tiempo para él. Cuanto más crece y medra su ramaje, tanto más se profundizan en el suelo sus raíces, ó sean las cadenas de su eterno cautiverio La relativa insensibilidad de otras plantas sin duda sirve para aminorar su desgraciada suerte. Pero en la sensitiva sucede todo lo contrario. Nerviosa, irritable, sensible, sin medios para huir, sin recursos para defenderse, al mismo tiempo que dotada de una gran fuerza de sentimiento más ó menos material, que esto no hace al caso, exenta de albedrío, privada de libertad, su vida debe ser la de una mártir á quien condenaran á morir de sustos y de sobresaltos.

Cuando más descuidado y, en sus expan-

Digitized by Google

siones naturales, más risueño extiende sus tallos, abre sus corolas, despliega sus hojas al viento este vegetal, sobre su cabeza surge de pronto una gran tormenta, cuyos relámpagos y cuyos truenos hacen, de puro roncos y estridentes, retemblar el suelo; se posa junto á sí la planta aleve de cualquier campesino importuno, ó lo que es peor, siente el frío contacto de unas tijeras por manos aún más aleves sustentadas. Y la pobre sensitiva se repliega, como el caracol que á su lado pasa, ó como el marisco que en el mar anida, en su corola, para ver si por este medio consigue sojuzgarse, no ya á la muerte, que esto resultaría una verdadera ventaja para ella, para sojuzgarse al dolor. En tal caso adverso, nuestra planta tiembla, se estremece, se contrae, se dobla, se acurruca, se mustia, se retuerce cual si fuera presa de agudo é intenso dolor, y muestra vivas las señales de un abatimiento irremediable y de una pena sin consuelo.

Pero lo que muestra mejor la sensibilidad exquisita de la mimosa púdica es la aplicación sobre sus hojuelas del vinagre, del amoniaco, de los vapores sulfurosos, de los aceites olientes, de los ácidos, del éter. Una sola gota vertida sobre ella de ácido acético logra con-

Digitized by Google

traerla en términos que por súbita manera se trueca, de viva y animada, en mustia y casi seca. Tan violenta es la conmoción que le produce el contacto de este líquido, que la infeliz planta no sólo inclina sus hojas en señal de duelo, sino hasta sus más garbosos y más robustos tallos.

Los narcóticos y los venenos producen en la sensitiva efectos idénticos á los que producen tales pócimas en los humanos organismos, esto es, los primeros logran adormecerla completamente, los segundos completamente exterminarla.

El calor excesivo, como la luz intensa, como la electricidad atmosférica, ejercen también sobre la sensitiva incontrastable influencia. Y sin embargo de esto, de resultar semejante planta dotada con las condiciones de sensibilidad propia á otro superior organismo, á fuerza de sentir llega esta planta, si no á perder su natural excitación, por lo menos á habituarse á las sacudidas violentas y á las conmociones terribles. Para convencerse de ello no hay como depositar cualquiera de estos seres vegetales en el fondo de un coche y obligarlo á viajar entre el campanilleo monótono, pero alegre, de las bestias, el rechinamiento continuo de las ruedas, el traqueteo

Digitized by Google

incesante del vehículo, las molestias naturales á una larga travesía por áspero y pedregoso camino. Pues la sensitiva, caída desde el principio en terrible abatimiento, va poco á poco rehaciéndose y acostumbrándose á tales bruscas sacudidas y á tales violentas conmociones.

Y sucede más con la sensitiva todavía. Unas matas comunican á otras sus emociones con asombrosa rapidez. Allá por los campos del Brasil, de Filipinas ó de las Indias, donde abundan estos vegetales, al extremo de constituir vastos sembrados, obsérvase con frecuencia un fenómeno rarísimo. Apenas en sus excursiones por tales sitios, inconsciente ó voluntariamente, el campesino huella con su planta ó hiere con su báculo cualquiera de los individuos de esta familia vegetal, desparramada por doquier, en una extensión considerable, de tallo en tallo, de brote en brote, de hoja en hoja, van, como si una corriente eléctrica las sacudiera, comunicándose entrambas sus mutuas vivísimas emociones. Es verdad que para que tal acontezca necesitan las sensitivas hallarse bajo una temperatura de 24 á 25 grados, al par que en la lozanía y en la plenitud de su vida; pero, de todos modos, semejante hecho demuestra cómo, en su mudo

Digitized by Google

lenguaje, las flores pueden también, á la hora nefasta de los peligros, hacer cundir entre ellas la voz de alarma. ¿Por qué extraño modo se operan tales fenómenos de sensibilidad en las púdicas é inocentes mimosas? ¿Qué órgano de su cuerpo produce en ellas tales extraños movimientos? Hé aquí una cosa ignorada todavía por los escudriñadores botánicos y por los sabios naturalistas. Cuantas disecciones de esta planta se han hecho para conocer el órgano preciso de lo que podríamos llamar sentimiento vegetal, han resultado estériles é inútiles. ¡Quién lo creyera! Conocemos la órbita de los astros, y no conocemos la órbita de los pensamientos. Sabemos á ciencia cierta cómo se producen los días y las estaciones en nuestro planeta, y no sabemos si está en la savia que corre por el tronco, ó en los tejidos de las hojas, ó en el jugo de las raíces, ó en cualquiera otra parte del cuerpo de la sensitiva, la fuerza motriz de su sentimiento.

Pero ello es que la mimosa púdica se contrae y se mueve como un ser animal, y que semejante fenómeno ha engendrado infinidad de supersticiones. Entre otras, recordamos una anécdota, que merece contarse por lo gracioso y originalísimo.

Digitized by Google

En una especie de diminuto jardín de aclimatación y bajo los cristales de recatado invernadero, que á los cambios bruscos de la temperatura la resguardaran y á los asaltos de los visitantes la librasen, ocultaba codiciosa, cierta aristocrática dama, una hermosa sensitiva. Quizás llevada de intención aviesa, ó quizás anhelante de bromear y reir á costa de la sencillez congénita al pudor, es lo cierto que, como se aproximase un grupo de hermosas jóvenes al preciosísimo vegetal, para contenerlo, nuestra buena señora tendió hacia ellas sus brazos, diciéndoles:

—Deteneos.

—Pues ¿qué ocurre? — preguntaron éstas con extrañeza.

—Os lo diré. ¿Conocéis la planta que á vuestros ojos se yergue lozana?

—Si yo no me equivoco, semejante vegetal es una sensitiva, ó en términos científicos, una mimosa púdica — replicó la más joven de todas.

—En tal caso conoceréis también sus maravillosos prestigios.

—No, no—gritaron varias.

—Pues atended. La sensitiva es como la piedra de toque donde se prueba la virginidad

Digitized by Google

de la mujer. En su pudor excesivo, la sensitiva contrae sus hojas así que la mano de cualquiera hembra marital la toca, y se yergue ufana y se espereza de alegría así que la toca cualquier pura é inmaculada virgen.

—¿De veras? —dijeron en coro las doncellas.

—Contemplad un momento, si es que lo dudáis.

Y la marquesa, tendiendo la mano, posó sus dedos en el sensible vegetal. Éste al punto se contrajo, con gran sorpresa de las recatadas y pudorosas núbiles.

—Pues bien—añadió con acento picaresco la dueña de tan prestigiosa planta,—tocadla, tocad ahora vosotras y veréis cómo ni se contrae, ni se encoge, ni se arruga.

Á tal intimación, las doncellas de nuestro cuento se desbandaron por el jardín, y á todo correr huyeron del sitio en donde se arraigaba y crecía la indiscreta planta.

—¿Por qué habrán rehusado tocar las hojas de la púdica sensitiva estas inocentes muchachas?

Hé aquí la pregunta que á sus solas se dirigió mil veces la marquesa, sin conseguir una respuesta satisfactoria.

Digitized by Google

Digitized by Google

El Peral.

ALTO de estatura, con hojas lustrosísimas ligeramente ovaladas, flores solitarias ó flores agrupadas provistas de numerosos estambres, cinco celdillas foliáceas en su cáliz, cinco pétalos en su corola y dos orujos á lo sumo en su ovario, el peral, cuyos dulces y sabrosos frutos constituyen la delicia de nuestros paladares, cobra en la fantasía del vulgo siniestros aspectos. Á ello han contribuído, sin duda, en parte las propensiones que tiene su madera á criar gusanos, y en parte las leyendas forjadas por muchos escritores románticos, quienes, por una aberración de los sentidos que apenas acertamos á explicarnos, han hecho de sus ramas una especie de improvisada horca donde,

Digitized by Google

hartos de vivir, se suicidaran colgándose de ellas todos sus héroes. Consecuentes con estas ideas, los campesinos helvéticos suelen conmemorar el natalicio de un hijo plantando un manzano y el natalicio de una hija plantando un peral, como para significarnos cuán difícilmente llegan á corromperse los hombres, y con cuánta facilidad puede la mujer, á las primeras de cambio, perder la honra.

Más afortunado el peral á los ojos de nuestro vulgo, no alcanza estos caracteres siniestros, siquiera en muchas regiones se haya valido de sus brotes hacinados de frutos para simbolizar el amor erótico.

De buena gana entraríamos á tratar de lleno cuestiones de suyo tan interesantes, si no temiésemos que el lector timorato, considerando como pecaminosas las ideas que aquí vertiésemos, nos pusiera las peras á cuarto, ó por lo menos se negase en redondo á partir con nosotros este suculento fruto en paz y en gracia de Dios. No queriendo, pues, traspasar los límites que marca la prudencia, ni emplear fraseología, si propia de la época naturalista que atravesamos, capaz con sus discordantes sones de herir hasta los tímpanos más curtidos é insensibles, nos replegamos en nosotros mismos, y siguiendo al pie de la

Digitized by Google

letra el refrán castellano aquel que dice «la mujer y la pera, la que calla es buena,» sobre tan escabroso tema no pronunciamos palabra. Releguemos, pues, á olvido la pera de amor consagrada por los antiguos á las divinidades afrodisiacas, y sin esforzarnos en combatir ni poco ni mucho á quienes con cierta desfachatez se ocupen de ello, para que no se diga de nosotros que «quien habla mal de la pera, ése la lleva,» contentémonos con traer á las mientes de los lectores el recuerdo de nuestras serenatas y de nuestras enramadas, en las que inconscientemente, las ramas del peral hacinadas de frutos simbolizan la unión de los dos sexos.

Pocos cuadros de costumbres populares tan clásicos como éste. Los mozos reunidos en pandilla, que aprovechando las sombras de la noche se deslizan por las calles de la aldea provistos de sus correspondientes guitarras y bandurrias, las manos llenas de ramajes y de flores, en la muñeca el garrote y en los labios una canción más ó menos ruda, pero tiernísima, que á veces expresa una queja, á veces un requiebro, á veces una esperanza, y siempre el estado moral ó psicológico de cada cual de ellos; la aparición por las ventanas de las casas, á los preludios de

Digitized by Google

la nocturna fiesta, de cuantas doncellas en estado de merecer pueblan los alrededores, quienes, poco satisfechas de su tocado en hora tan avanzada y menos aún de lo ligero de sus ropas, pues muchas suelen salir en paños menores, abren con tiento y atisban con cautela lo que pasa en la calle; el refunfuñar y aun maldecir de los viejos, despiertos á los primeros compases de la música, en su peculiar egoísmo olvidados de que á cada primavera le corresponde su floración, á cada edad sus ilusiones, y de que ellos, en épocas más felices, hicieron otro tanto; los incidentes mil á que da lugar la serenata en nuestras regiones, constituyen todo un poema de amor.

Rico en colores como ningún otro este cuadro de costumbres, por las típicas figuras que se destacan en primer término, por lo pintoresco del lugar donde la escena se desarrolla, por lo tenue é indefinible de la luz que lo ilumina, por el ambiente poético que lo circunda, resultaría de un romanticismo puro si en él no se viese rama ninguna del árbol cuyo fruto sirviera á los helenos para simbolizar los apetitos carnales.

La imaginación popular no habrá cuajado en torno de los perales leyendas espiritualistas; mas en cambio, á veces se ha servido de

Digitized by Google

ellos para expresar ideas muy atrevidas. Es implacable el vulgo cuando le da por esgrimir, lo mismo contra los individuos que contra las cosas, las armas punzantes de la sátira. Y en un dicho, al parecer inofensivo, en una frase saturada de cierta fingida candidez, en una anécdota, en un epigrama, vestido con sin igual donaire, mas por cuyos poros rezuma que es un gusto la bilis, suele compendiar el más herético, el más sacrílego pensamiento. Me río yo de aquellos terribles iconoclastas que, con su pico de albañil al hombre, entraban irreverentes en las iglesias, se encaramaban de un brinco en los altares, arremetían furiosos á las imágenes y no daban paz á la mano hasta ver que en el piadoso recinto no quedaba títere con cabeza, pues parecen niños de teta al lado de esa parte del vulgo escéptica, la cual, en la tarea de componer frases sangrientas contra la religión, le da quince y raya al mismo Voltaire en persona.

El chusco, no sé si andaluz, que á presencia de una imagen hecha con el tronco de un ciruelo improvisó los versos que dicen:

«Ciruelo te conocí,
Fruto nunca vi de tí;
Los milagros que tú hagas
Que me los claven aquí,»

Digitized by Google

y se llevaba el dedo índice á la frente, ha tenido imitadores. Y como el peral, por miles de circunstancias, resulte apto para ser pulido, aplicándole el cuento, ante un crucifijo tallado en madera de uno de estos árboles, casualmente estéril, otro chusco italiano ha dicho á su vez la frase sangrienta que vais á oir:

«Pira'un facisti e mraculi vôi fari?»

Para atenuar de algún modo todas las especies sacrílegas que, mal cubiertas por las hojas verdiclaras del árbol consagrado á Hera vertió el escepticismo, no hay como refugiarse en los juegos de palabras y decir con nuestros niños adivinanzas ó acertijos tan cándidos cual este que copiamos: «Subí á un peral que tenía peras. Ni cogí peras, ni comí peras, ni dejé peras. ¿Qué hice de las peras?» Y si aun así no lograseis vuestro objeto, requerid la guitarra, y al vibrante rasgueo de sus cuerdas, entonad la canción que dice:

«En tu puerta planté un pino
Y en tu ventana un peral,
Para que te hartes de peras
El día de Navidad,»

seguros de ver en tales manifestaciones, más ó menos inspiradas, lo mucho que ha

Digitized by Google

privado entre el vulgo hasta el nombre de estos hermosos vegetales, de los que se ha servido para componer, ora un proverbio, ora un refrán, ora una expresión verdaderamente gráfica.

Digitized by Google

Digitized by Google

Las Habas.

¡Cuán bellas se muestran á los ojos estas leguminosas, que con su follaje de glauco matiz ó verde mar, sus flores albas salpicadas de chispazos negros y morados, sus vainas carnosas hacinadas en racimos, ornan las tierras de nuestras regiones meridionales!

Poco nos importa que Pitágoras, el gran filósofo griego, dijera de este hermoso vegetal que en sus semillas se contenían las almas de los muertos; poco que Cicerón, el eximio tribuno romano, las creyese, por lo mucho que irritan la sangre, provocadoras de ensueños eróticos; menos todavía que las gentes de baja estofa, en la antigüedad, las tomasen por símbolo y emblema de la impureza: nosotros

Digitized by Google

en esto nos vamos con Isidoro de Sevilla, y como él creemos que ha sido esta nutritiva legumbre uno de los alimentos con que saciaran su apetito voraz los primeros poblàdores del mundo.

Nos asegura la Biblia, en el cap. 27 del Génesis, que vendió Esaú á Jacob su primogenitura por un plato de lentejas, y aunque negocio tan redondo parece inverosímil, pues lo mismo pudo ser un *plato* que un *plantío*, como la palabra *haba*, si nuestras investigaciones no marran, se deriva del vocablo árabe *baglat*, que significa legumbre, ¿quién nos dice que, en vez de una ración de lentejas guisadas, no fué una huerta de habas lo que el hijo menor de Isaac dió á su hermano mayor á cambio de una herencia? Vertemos esta especie, no á humo de pajas ó por decir algo nuevo, cual pudiera suponerse, sino fundados en el culto supersticioso que desde los tiempos más remotos profesaran á tan hermosos vegetales las razas pobladoras del antiguo Egipto.

Ello es que, asilo de las almas en sus trasmigraciones, según unos; órganos de la generación humana, según otros, por los elementos nutritivos que sus granos contienen, por el suave aroma de sus flores, que sirven

Digitized by Google

para blanquear y hermosear el cutis, merecen las habas lugar preferente en el mundo de los vegetales.

Prestigiosísima cual pocas esta planta, clasificada por los naturalistas entre las leguminosas y puesta en la tribu de las viceáseas, si, como para darle carta de naturaleza á la significación funeraria que de antiguo se les atribuyera, todavía persiste el pueblo en su costumbre de cocer habas y comerlas el 2 de Noviembre, día consagrado á los muertos, en cambio, aún se celebra con gran regocijo en muchas provincias la fiesta de los Magos, repartiendo pedazos de torta dentro de la cual hanse puesto, al amasarla, dos habas, una blanca y otra negra, que sirven, como los estrechos de año nuevo, para designar la unión entre personas de distintos sexos.

Algo de sobrenatural y fantástico ha debido ver el vulgo en las habas, cuando tanta participación les ha dado en sus fiestas. Oriundas del África oriental, á los romanos, gente de suyo supersticiosa, en primer término se debe este culto. Como residuos de las viejas creencias que alimentaran sus antepasados, aún hoy las hogueras de San Juan fórmanse allá por Toscana con matas secas de habas, y en Sicilia aún el pueblo come con cierta pom-

Digitized by Google

pa sus nutritivos granos el día precedente á la fiesta del Bautista. Pero todo esto, á juicio de los campesinos, sería poco á encarecer y loar legumbre de suyo tan alimenticia, y en su entusiasmo hanle atribuído también virtudes proféticas. ¿Quién no sabe que en muchas comarcas, para cerciorarse de la fidelidad ó infidelidad de sus prometidos, las novias plantan en un tiesto ó maceta dos habas el día 1.° de Octubre, en representación de ella la una, en representación de su galán la otra, las cuales, germinando juntas el día de San Rafael, indican pronto y seguro matrimonio, y germinando separadas indican fracaso evidente de boda?

Pues por las campiñas de Florencia los enamorados aún llevan las cosas más lejos.

Las mozas que desean conocer la suerte que en los asuntos de matrimonio el destino les depara, á las habas recurren y de ellas extraen su horóscopo. Al efecto, depositan dentro de una bolsa tres granos: uno entero, otro sin el ojo por donde brota el vegetal, otro mondado por completo. Que sacan después de bien revueltas el primero, pues el novio en puerta será inmensamente rico; que sacan el segundo, pues su futuro pertenecerá á la clase media; que tienen la desgracia de sa-

Digitized by Google

car el tercero, pues apaga la luz y vámonos: su prometido, pese á quien pese, será un pobre diablo sin blanca en el bolsillo.

¿Qué más? En casi toda España el vulgo denomina á las ronchas que suelen formarse en la epidermis habas, y á cierta mueca indecorosa hecha con los dedos *fer la faba*, dicen en su dulce dialecto los valencianos. Para dolernos y quejarnos de lo mal repartidos que se hallan los bienes en la tierra, decimos que «siempre da Dios habas á quien no tiene quijadas;» y para demostrar cuán universales son los vicios humanos, decimos que «en todas partes cuecen habas, pero en nuestro país á calderadas.» Y en fin, como todo cuanto llevamos dicho, quiéranlo ó no lo quieran los eruditos, «son habas contadas,» nos despedimos de ustedes recomendándoles que las coman sin escrúpulo en su tiempo, fritas ó en tortilla, cocidas con corteza y grano, ó crudas con sólo una pizca de sal.

Digitized by Google

Digitized by Google

El Acónito.

Otro de los vegetales que han logrado atraer la atención popular y han servido para cuajar en su torno interesantes mitológicas tradiciones es el acónito. ¿Quién no conoce esta planta venenosa, con cuyo zumo preparaba Medea los menjurjes necesarios á sus artes de magia y de encantamiento? Pertenece el acónito, en griego llamado *akone*, á la familia de las *renunculáceas;* logran sus matas mayor propagación y desarrollo más creciente por las regiones meridionales de Europa, allá en las cumbres de los Alpes; muestran sus flores azules hacinas en espigas; se multiplica por medio de semillas, y mejor aún, por el desgajamiento de los pies viejos en invierno; ha servido en

Digitized by Google

la antigüedad á los galos y á los germanos para envenenar sus flechas, y en los modernos tiempos se estima como elemento de gran valor en la medicina; es propio tósigo para producir la muerte por absorción, y nacida su ponzoña de la espuma del Cerbero, según el decir de los poetas, tal vistosísima planta, ornato de montañas y jardines, ha obtenido el privilegio de suscitar originalísimas y poéticas leyendas.

Entre las que á este propósito podríamos reproducir existe una, bien triste por cierto, que repiten los campesinos helvéticos durante las veladas de invierno, entre sorbo y sorbo de cerveza, á sus netezuelos, quienes sin pestañear y como embobados la escuchan, trasmitiéndola así, al grabarla en sus juveniles memorias, al tiempo por venir para que no se extinga y se pierda en la noche oscura del pasado, y de ella siempre quede viva remembranza.

Refiere la tradición cómo cierta huérfana á quien opusiera su tutor insuperables obstáculos en sus amores con vehementísimo mancebo, instó á éste á que buscase cualquier pócima capaz de producirles segura é instantánea muerte. El amador no se hizo de rogar mucho; corrió desalado en dirección á las cum-

Digitized by Google

bres alpinas; cortó de las matas de acónito unos cuantos brotes; volvióse rápido á ofrecer tan nefasto ramillete á su prometida; absorbieron entrambos á una el aroma despedido por tan nefasto vegetal, y á los pocos minutos hallábanse cadáveres.

No disputaremos la mayor ó menor eficacia del acónito como veneno absorbente de grande actividad; pero es lo cierto que la tradición afirma no haber vivido los amantes, después de aspirar la esencia de la nefasta planta, sino cortos, muy cortos instantes. Á estas propiedades corrosivas y de efecto rápido hase debido, sin duda, el que los indios designen el acónito con la palabra *Ativishá*, que, traducida á nuestro idioma, significa veneno supremo, contra el cual recomendaban los antiguos, como gran antídoto, cierta planta llamada por los romanos pie de pato.

Digitized by Google

Digitized by Google

Los Rábanos.

Aun cuando no fuera por otra cosa, merecerían estos vegetales el aprecio en que los tiene el vulgo, por las virtudes terapéuticas de que les ha dotado Naturaleza. Hermanos ó primos hermanos de las coles, de los berros, de la mostaza, de los nabos, de las coclearias, de todos cuantos individuos componen la numerosa familia de las crucíferas, en vuestros paseos por el campo, á la simple vista los distinguiréis, fijándoos tan sólo en el color verdi-oscuro de sus anchas y largas hojas, en lo menudo de sus flores amarillas que cuatro pétalos forman, en lo microscópico de sus simientes redondas. Y si aún tuviéseis duda, porque os pareciera asaz deficiente esta descripción, tended la mano

Digitized by Google

hacia ellos, y estamos seguros que antes de arrancarlos y ver su raíz carnosa, ya roja, ya blanca, ya veteada de estos dos colores, ya plomiza, según las especies, por lo áspero de su contacto, de fijo los conoceréis.

De grande utilidad su forraje para alimentar cuadrúpedos, sus simientes para nutrir aves domésticas, sus raíces para guarnecer viandas y hasta ofrecerlas á guisa de ensalada ó entremés en la mesa mejor servida, estos vegetales, cuyo cultivo se pierde en la antigüedad más remota, no han sido tenidos en verdadera estimación por las gentes, hasta mediados del siglo XVIII, es decir, hasta que, conocidas sus cualidades medicinales, la ciencia los inscribió en ese largo índice de plantas maravillosas, conocido con el nombre gráfico de terapéutica moderna.

Por su naturaleza especial, prefieren los rábanos las tierras ligeras y frescas; y siceloso de su ministerio el agricultor, en sitios demasiado umbríos y en suelos demasiado fértiles deposita sus simientes, á buen seguro que medren las raíces de esta planta: todo el jugo de la vida, toda su lozanía, toda su frondosidad se la llevarán en sus filamentos las hojas.

De aroma intenso, de sabor picante, los rábanos, que tienen, entre muchas buenas, la

Digitized by Google

mala cualidad de apropiarse el olor pestilente de ciertos abonos ó engrases, propinados en jarabe, sirven á maravilla para vigorizar el organismo. De sus congéneres las coclearias se valió un botánico, creo que Forster, para curarse el escorbuto; y de los rábanos se valen hoy nuestros Galenos para combatir con fortuna las fluxiones y otras muchas enfermedades análogas. Ahora bien, de tales antecedentes, ¿os causará maravilla la serie de consiguientes que el vulgo ha deducido?

Si nos atuviésemos á la significación que en lenguaje familiar se da á la palabra rabanera, diríamos que estos vegetales con precisión deben aparecer en el grupo que, formado por la mandrágora, el perejil, la zanahoria, el ciclamor, la chirivía, el hinojo, el comino, el jazminero, el mango, y otros mil, preside *Soma*, el rey erótico, según el *Rigveda* de las plantas amorosas; pero sería una sutileza deducir de estos idiotismos, peculiares á toda lengua, el valor que en la mitología vegetal alcanza el rábano, sabiendo que el vocablo rabanera, como el vocablo verdulera, son sinónimos y sirven para calificar á quienes con desvergüenza y descaro, pública ó privadamente, hablaren. La superstición, dígase en contra cuanto se quiera, no ha llegado á atri-

Digitized by Google

buir carácter ninguno lascivo é estos vegetales, sino puramente carácter funerario. La máxima en donde se nos aconseja: «cuando pasen rábanos comprarlos,» quiere decir que aprovechemos las ocasiones para lograr todo aquello que se nos venga á la mano, pero sin detrimento ni mengua de las convenencias sociales. Interpretar de otro modo tal frase, en sentir nuestro equivaldría, alterando el espíritu de su letra, á «tomar el rábano por las hojas.»

Y como no queramos dejar en el tintero noticia ninguna de las adquiridas por nosotros sobre los rábanos, por insignificantes que parezcan, con lo cual no hacemos otra cosa que seguir el refrán castellano que dice: «rábanos y queso traen la corte en peso,» vamos á cerrar el capítulo con una leyenda, en la cual se muestra la virtud que alcanza este individuo de las crucíferas, para transformarse, según la creencia popular, en un ser superior animado y vivo.

Lejos de la sociedad y sus devaneos, del mundo y sus bullicios, en modesta choza que á la orilla del mar campeaba pintoresca, vivía feliz, sin más aspiración que ganarse á fuerza de trabajos el pan cotidiano, un matrimonio de pescadores.

Digitized by Google

Hermosísima y buena la esposa, probo é inteligente el marido, su vida conyugal era lo que se llama en poética un idilio. Para completar aquella fiesta nunca interrumpida de amor, sólo les faltaba un hijo, y éste, aunque algo rezagado, lleno de salud, radiante de belleza, al fin y á la postre vino al mundo.

Bajo la advocación de algún ángel tutelar parecía puesta familia tan cariñosa y tan buena, sobre la cual llovían á diario, que era una bendición, todo género de felicidades. Disfrutando de estos bienes hubieran seguramente pasado la vida, si el diablo, siempre envidioso de las ajenas alegrías, no se empeña en turbar la paz de su hogar.

Vestido de trovador, con el laúd en las manos y en los labios una canción romántica propia, así por su música sonora como por su letra inspiradísima, para suspender el ánimo hasta de las mujeres más castas, presentóse una noche ante la pescadora el genio de las montañas, y aprovechando la ausencia de su marido y de su hijo, sin miramientos ni consideraciones de ninguna clase, comenzó audaz á requerirla de amores.

Atraída por la novedad, llegaron hasta sus oídos con halago las notas escapadas á las cuerdas del instrumento; mas viendo que el

Digitized by Google

tocador la requebraba con arte y le pedía con instancia lo tenido por ella en mayor estima, la honra, llena de ira, se deshizo contra él en improperios. Á tales injurias, indiferente el galán, contestó con una nueva cantinela, henchida, como las anteriores, de conceptos voluptuosos y tiernos. No sabiendo en tan crítica coyuntura qué partido tomar, decidió darle al seductor con la puerta en las narices; pero sin resultado positivo ninguno, pues no logró, apesar de sus esfuerzos, hacer que ésta girase rápida sobre sus goznes. Quiso entonces huir y no pudo; quiso demandar á voz en cuello auxilio, y las palabras se le ahogaron en la garganta. ¿Qué misterioso arcano encerraba todo aquello?

Si de un simple mortal se hubiera tratado, las virtudes cívicas de nuestra heroína de seguro vencen en esta lid amorosa todos los encantos y todas las seducciones puestas con maña en juego por el galanteador; mas se trataba de un ser sobrenatural, y la infeliz, para conseguir la victoria, tenía que salvar grandes obstáculos.

Nervuda, fuerte, firme, arrogante, poco trabajo le hubiera costado, á los primeros empujes de una lucha cuerpo á cuerpo, rendir á sus plantas á un enemigo vulgar. Si no ape-

Digitized by Google

ló á este supremo recurso fué, porque un secreto presentimiento le anunciaba cuán infructuosos habían de resultar tales arranques de valor. Por otra parte, el hermoso bardo, viéndola furiosa, deshízose en disculpas y le dijo que al punto se retiraría con tal de que ella, como único favor, le concediese la dicha de besar el anillo que en la siniestra mano llevaba puesto. De escaso precio esta joya, pero tenido en grande estima por lo que representaba, pues era nada menos que la sortija de alianza conyugal, la bella pescadora rehusó con viveza semejantes proposiciones; y si tras larga porfía al cabo cedió, fué sólo por librarse del importuno que con tan inaudito furor la perseguía.

Apenas hubo obtenido el demandado permiso y asiendo la mano de la joven puso en el anillo sus labios, el genio del mal, de trovador errante que era, se convirtió en águila caudalosa, quien, sin darle tiempo para huir, la cogió entre sus garras y la transportó á un castillo erguido en lo alto de una montaña.

Rápido el viaje, brusca la transición, nuestra protagonista no pudo darse cuenta de lo que había sucedido en los primeros momentos; mas así que se vió sola, haciéndose cargo

Digitized by Google

de su situación, poseída de horrible pánico, comenzó á dar desaforados gritos. Anhelante de conquistarla, compareció de nuevo ante ella el genio de las montañas, revestido otra vez de trovador, invitándola á que pidiera sin reparo todo cuanto necesitase, segura de verse complacida hasta en los caprichos más insignificantes. Todo cuanto pudiera provenir de él lo rehusó á un principio, mas al fin, constreñida por la necesidad, dijo que, si había de seguir cautiva mucho tiempo, le procurase alguna compañía agradable.

Sin replicar palabra, el genio corrió al próximo huerto, y desarraigando de la tierra unos cuantos rábanos, volvióse con ellos rápido á la estancia donde se hallaba presa la hermosa campesina. Inmediatamente dispúsose el genio del mal á convertir en seres racionales aquellos seres vegetales ya medio muertos, por haberlos sustraído á sus condiciones naturales de vida. La operación resultaba por demás sencilla. Nada de filtros, nada de cábalas, nada de sortilegios: con sólo aplicar á los rábanos la punta de una vara mágica, cerca de allí guardada, al instante se convertían en bellas y alegres ninfas. La transfiguración, sin embargo, aparecía defectuosa, pues los seres por tan extraña manera nacidos no al-

Digitized by Google

canzaban más vida que el tiempo que los rábanos tardaban en secarse.

No pasaron desapercibidos para la heroína de nuestro cuento estos detalles, y aprovechando un descuido, cogió un día la vara mágica y la aplicó á un rábano. Al instante el fresco vegetal transformóse en abeja, que en guisa de mensajero envió la cautiva á su esposo para que le notificara la situación tristísima en que se encontraba. La abeja no volvió, y entonces de nuevo propúsose tentar la fortuna, repitiendo la operación. Esta vez el rábano se convirtió en grillo, quien, después de haberle dado vida, fuése por la ventana dando saltos, sin dignarse ¡ingrato! consolar con sus chirridos á la infeliz pescadora. Más afortunada la tercera vez, del rábano surgió hermosísima una cigüeña, quien voló rápida y al cabo de un rato le trajo á su esposo. Deseosa entonces, más que nunca, de huir antes que volviera el genio, puso de nuevo en contacto la vara mágica con los rábanos y apareció un hermoso corcel, con el cual pudieron en rápida carrera darse á la fuga los amantes esposos.

Á tal fantástica narración hay quien le atribuye carácter solar, y de ella deduce muchas y muy varias especies; nosotros la hemos

Digitized by Google

trascrito sencillamente con el ánimo de mostrar cuánto han privado los rábanos en la imaginación del vulgo, y cómo de ellos se ha valido para componer inverosímiles pero poéticos metamorfoseos.

Digitized by Google

El Miosotis.

De las innumerables matas que cubren la superficie terrena ornándolo todo con sus brillantísimas flores y todo embalsamándolo con sus intensos aromas, pocas á la verdad tan prestigiosas por sus múltiples sobresalientes cualidades como el miosotis, planta de diminuto cáliz, de hojas escasas, de corola azul, la cual crece y se propaga profusamente por los parajes húmedos, donde alimenta sus raíces y refresca sus tallos, cual le acontece al berro, á la campánula, á la junciana, al oroval y otros vegetales aguanosos, pero sobresaliendo entre todos el miosotis, porque sus flores, según la expresión poética de Lecoq, parecen enviadas de otros planetas á éste, como acabado modelo

Digitized by Google

de candorosa gracia y de virginal pureza. Los alrededores de Luxemburgo diz que se ven por tal preciosa planta ornados, hasta el punto de mostrarse ambas márgenas del riachuelo conocido allí entre los aldeanos con la denominación de *Baño de las Hadas*, especialmente la orilla meridional, como verdadera cinta de plata, en competencia con la que forman las aguas clarísimas de su vistoso cauce. Sitio éste de indecible encanto á causa de los naturales prestigios que dan siempre á los escenarios de la Naturaleza el murmullo de las aguas corrientes en pedregoso lecho, el ramaje de los árboles azotados por el aura, las corolas de las flores salpicadas de rocío, el canto de los pájaros compuesto de armoniosas notas, las colinas cubiertas de bosquecillos, los valles cruzados de arroyos, la lejana perspectiva de los paisajes; sitio éste, íbamos diciendo, amenísimo, no hay día festivo en que, ávidos de inocentes placeres, no vayan allí á solazarse y divertirse los aldeanos del contorno. Y en estos juegos regocijantes alcanza un papel principalísimo el miosotis, pues para ceñir sus cabezas, rubias como el oro, prefieren las campesinas, de entre todas, tales vistosísimas florecillas, que las trasforman, dado el lugar pintoresco, la belleza de

Digitized by Google

sus rostros nacarinos, la figura esbelta de sus cuerpos ligeros, en otras tantas ninfas, quienes celebraran con danzas caprichosas el reinado mitológico de las náyades antiguas, invisibles habitantes de aquellos encantadores parajes.

Mas como si fuera poca cosa todo esto á encarecer y loar el miosotis, por un sentimiento vivísimo de simpatía hacia sus diminutas flores, ha logrado esta planta que los pueblos cultos, en sus respectivas lenguas, la distingan con una frase tan expresiva como romántica, pues se la denomina en inglés *Forget me not;* en alemán, *vergissmeinindit;* en francés, *ne m'oublier pus;* en español, *no me olvides*. Y ¿sabéis de dónde proviene tan popularísima denominación?

De nefasta incidencia tristemente acaecida allá en la antigüedad, por las riberas del Rhin, á enamorada pareja de rubios alemanes.

Departiendo mano á mano sobre temas al parecer muy interesantes, caminaban los protagonistas de nuestra historia una mañana de estío, cuando, exhaustos de fuerzas por lo largo y penoso del paseo, se les ocurrió sentarse á descansar en lo alto de una peña saliente en el río, á cuyos pies formaban las aguas amplio remanso de engañosa superficie.

Digitized by Google

Al borde mismo del precipicio alzaba sus tallos frescos y abría al viento sus flores azules una de esas matas, por el vulgo, allá en Suiza, distinguidas con el nombre poético de *hierba de las perlas*, y por nuestro vulgo, aquí en España, con el nombre prosaico y hasta si se quiere repugnante de *oreja de ratón*, pero muy apropiado, en motivo á que sus hojas parecen cortadas á la medida y modelo de las puntiagudas orejas de estos asquerosos roedores, y cuyo verdadero nombre, como el lector habrá adivinado, es el de miosotis.

Las flores expresan el sentimiento de la naturaleza, y las mujeres, de suyo sensibles, aman las flores con apasionamiento rayano casi en locura. Lo cierto es que la hermosa aldeana, á la vista de aquella mata cuya profusión de flores componía un precioso ramillete, quedó suspensa, y no pudiendo contener el entusiasmo despertado en ella, entabló con su compañero el siguiente diálogo:

—¡Oh! ¡Mira cuán lozana se yergue junto á las aguas y cerca de nosotros esa hermosa mata, en su álgido período de florescencia, semejante á oloroso incensario ofrecido por la Naturaleza á su Creador!

—¡De veras que se muestra hermosa!—dijo el mancebo, apartando un punto los ojos de

Digitized by Google

su amada para fijarlos en el sitio donde brotaba el prodigioso vegetal.

—¡Como que el azul de sus corolas compite en pureza con el azul del cielo!—añadió la hermosa.

—¿Te placería ornar la frente con una guirnalda compuesta de tan maravillosas flores?—preguntó el enamorado galán.

—¡Oh! Me placería mucho; mas es difícil empresa arrancarlas de sus brotes, hallándose, como se halla, enclavado su tronco en lo más áspero de la roca y á la rasante del agua.

—¡Difícil! No lo creas. El amor salva todos los obstáculos, por insuperables que parezcan.

—Sí; pero temo...

—Nada temas, vida mía, nada temas; donde las águilas caudales con sus amplísimas alas no pudieran subir, y los peces con sus fuertes nadaderas no pudieran bajar, allí ascendería y descendería yo gustoso por satisfacer el más fútil de tus caprichos, siempre que tales arriesgos resultasen pruebas tangibles de amor y fidelidad.

—¡Por Dios! No te apartes de mi lado. Ya que tan encantadoras se muestran á mis ojos esas florecillas, déjalas en paz disfrutar su existencia vegetativa, y desde hoy sea el azul

Digitized by Google

purísimo de sus diminutas corolas símbolo eterno y testigo mudo de nuestros amores, viniendo por esta esplendorosa estación del estío, todos los años, á explayar nuestras mutuas almas á su vista y en su presencia, cual la golondrina todos los años, desde las apartadas regiones donde inverna, dirige su vuelo al tejado bajo cuyos aleros colgara su artístico nido, á repetir sus dulces cánticos de amor y de alegría. No quieras, no, trocar mi afecto hacia ellas en horrible repulsión.

—Simbolizarán nuestros amores, yo te lo aseguro—insistió de nuevo el mozo precipitándose en la roca, á causa del rocío un tanto resbaladiza, dispuesto á tronchar las flores y ofrecerlas á su amada.

Tamaño arriesgo pedía por fuerza trágico y terrible desenlace. Y lo tuvo seguidamente. La propia temeridad llevóle sin vacilaciones, al amante, por el peñasco, hasta la orilla del agua; su destreza le procuró los brotes más floridos de la apetecida mata; un pie puesto en vago, al intentar volver triunfante en busca de su amada, le hizo perder el equilibrio; violenta sacudida de su cuerpo en el aire lo hundió en el fondo del río; los peñascos y las guijas de su lecho lo hirieron y ensangrentaron, y en su agonía, ya próximo á la asfixia, sólo

Digitized by Google

tuvo tiempo de arrojar á la orilla las flores del *miosótide*, gritando con voz angustiosa «¡no me olvides!» Después, el siniestro remolino que abría sus fauces en el centro del remanso se tragó su cuerpo, aún palpitante y vivo, para devolverlo á la superficie azul del río inánime y muerto.

La pobre aldeana, presa de terrible síncope desde el principio de esta espantosa escena, no pudo acorrer y salvar á su amante.

Largas horas permaneció sobre la verde alfombra tendida, y más le valiera á la infeliz no haber despertado en una eternidad, pues de alegre y juiciosa jóven que era, tornóse desde aquel día en triste y rematada loca.

Digitized by Google

Digitized by Google

Las Achicorias.

A la enunciación tan sólo del nombre de la planta con que encabezamos este capítulo, sin poderlo remediar, los devotos del café de seguro se desatan en maldiciones contra ella, por el solo hecho de prestarse, bien que inconscientemente, á la adulteración de tan oloroso y delicado néctar. En su desprestigio, y á fin de que todo el mundo la odie, lo primero sacado á relucir es, ya se sabe, lo áspero y amargo de su forraje, del cual gustarán mucho los bueyes y las vacas, mas á cuya nefasta influencia, las leches y las mantecas adquieren un sabor desagradable; hablaran después de lo prosaico y vulgar de sus tallos, que crecen con preferencia por los parajes húmedos y som-

Digitized by Google

bríos, en las cunetas de los caminos, á la orilla de los senderos, pero que se adapta, poco delicada, á todos los climas y á todos los terrenos del viejo continente; y después de haber despotricado cuanto les pidiera el gusto contra estas hermosas viváceas, ni siquiera por sentimiento de justicia dedicarán un elogio á sus relevantes cualidades.

Ninguna culpa tienen las achicorias de que á los holandeses ó á los belgas, en su afán, como cada hijo vecino, de aprovecharlo todo y de todo sacar partido, se les ocurriera coger sus raíces fusiformes ó de la configuración de un huso, y bien secas y bien molidas ofrecerlas á los comerciantes para que las mezclen con el café. Esto salta á la vista; pero aun cuando así no fuera, merecerían las achicorias un lugar preferente en el mundo de los vegetales, por mil motivos diversos á cual de ellos más digno de encarecimiento. Pues qué, ¿no vale la pena considerar que sus tallos frescos sirven de preservativo á las bestias contra las erupciones cutáneas; sus raíces carnosas, de remedio al hombre para combatir las tercianas; sus hojas radicales, de modelo al artista, como las del acanto, para la ornamentación de sus obras arquitectónicas?

Más justiciero el vulgo con este individuo

Digitized by Google

de la familia de las compuestas, cuyas flores azules ó amarillas no se cansa de admirar, ha cuajado en torno de él una leyenda, como toda ficción suya, salpicada de vivos esmaltes poéticos. Bueno que figuren las achicorias en la farmacopea como planta medicinal, pero es mucho mejor para ellas que á sus raíces, á sus hojas, á sus tallos haya hecho trasmigrar la superstición el espíritu inmortal de una casta y pudorosa virgen. Mas prescindiendo ahora de todo esto, oigamos la leyenda á que hemos hecho mención.

En lo alto de una de las cumbres que circuyen el lago denominado por los alemanes de Suabia, por los suizos de Constanza, erguíase en épocas ya muy distantes de nosotros cierto castillo señorial, tras cuyos murallones espesos, bien seguro de su poder y de su grandeza, vivía feliz el conde Rodolfo. La guerra de los campesinos, por aquella sazón desatada en Alemania, no le quitaba el sueño, juzgando como juzgaba el dominio de los nobles muy arraigado en la tierra y la servidumbre de los plebeyos muy natural y corriente. Si acaso hasta su feudo llegaba alguna noticia relativa á estas luchas políticas que, tomando la religión por pretexto, en el centro de Europa se mantenían, sin adivinar su grave-

Digitized by Google

dad y trascendencia, reíase y se burlaba de ellas. En su soberbia nativa, tal señor de horca y cuchillo no imaginaba que, andando el tiempo, su diminuto estado se transformaría en uno de los veintidós cantones de la confederación helvética; que por un lado sobre él extendería sus alas el águila austriaca de dos cabezas; que por otro lado confinaría con Baviera, la tierra del inmortal Wrtemberg, constituída en reino merced al capricho de Napoleón; que por aquí erigiríase un ducado tan hermoso como el de Baden y por allá un imperio tan vasto como el de Alemania, y que al fin y á la postre, en esta trasformación universal, lo único relativamente inmutable y eterno que podría legar á sus hijos, sería el magnífico panorama á la simple vista descubierto desde las torres de su gótico castillo, especie de belveder suizo, en cuyo torno el caudaloso Rhin, las cimas de Appensell y de San Gall, los ventisqueros del Tirol, el lago de Constanza, las praderas de Turgovia, á la luz indefinible de un firmamento casi siempre asombrado de pardas nubes, pero lo bastante claro para no atenuar el color ni borrarles el perfil á las figuras y á los objetos, se alzan ó se arrastran por doquier radiantes de belleza. Dada su juventud, su posición, su tempe-

Digitized by Google

ramento, para el conde Rodolfo no había en el mundo cosa ninguna que le preocupase. Y sin embargo, los acontecimientos á más andar se precipitaban y sobre su feudo el ángel de la destrucción y de la muerte comenzaba siniestro á batir su alas.

Avaro, orgulloso, iracundo, déspota, inhumano, entre la infinidad de defectos garrafales que se le conocían, uno predominaba en él con sobresaliente predominio: la lujuria. En sus instintos eróticos, por nada del mundo hubiera renunciado al ejercicio de su derecho de pernada, sobre todo cuando la víctima á inmolar era una de esas niñas inocentes, las cuales deslumbran los ojos por su candor aún más que por su belleza y su prestancia.

Pero no siempre las palomas se encuentran al alcance de los milanos; y aconteció que, enamorado hasta las cachas de Laura, una de las mozas más bizarras de su feudo, apesar de cuantos esfuerzos para rendirla hizo, no logró ver colmados sus deseos. Ya desesperaba de tanto esperar vanamente, cuando un día, yendo de caza, dió con ella en el bosque. Al verla, hasta los huesos de su cuerpo se le rieron de placer. El objeto de sus ansias, la mujer por quien suspirara tanto tiempo,

Digitized by Google

sin ni siquiera haberse tomado el trabajo de buscarla, se le venía á las manos: ¡qué fortuna para él!

Tentado estuvo de salvar en cuatro brincos la distancia que le separaba de Laura, y á traición y de improviso, lanzarse sobre ella y rendirla. Si de tal suerte no obró, fué porque anhelaba admirar un momento á su guisa las curvas voluptuosísimas de aquel cuerpo virginal, las trenzas blondas de su bien modelada cabeza, los labios rojos de su fresca boca, el azul celeste de sus grandes pupilas, las gracias todas de que le dotara solícita Naturaleza. Tal demora echó por tierra los planes del conde.

Cuando, vuelto en sí de su amoroso éxtasis, quiso acercarse á la aldeana, ésta, que conocía de antiguo sus intenciones, sin hacer caso de ruegos, amenazas ni voces, puso pies en polvorosa y desapareció de su vista por entre los árboles.

Disparado como una flecha salió en persecución de Laura el conde, pero sin lograr en los primeros momentos darle alcance. Con la agilidad y destreza del ciervo, vadeando arroyos, salvando riscos, unas veces intrincándose en las breñas y otras veces ocultándose en los matorrales, la pobre campesina pudo

Digitized by Google

al fin atravesar la selva, y libre de su tenaz perseguidor, sobre el césped de la pradera, á la orilla del bullicioso y trasparente Birse, célebre, entre otras cosas, por haber sido testigo mudo de la reñidísima batalla de Santiago, donde los helvéticos lucharan con el heroísmo que los griegos en las Termópilas, que los españoles en Roncesvalles, contra ingleses, franceses y austriacos, jadeante de fatiga, exhausta de fuerzas, sentóse á descansar.

El conde Rodolfo, que seguía el rastro de su víctima con el ahinco usual entre los perros para perseguir las liebres, dió de nuevo al fin con ella. En tan críticas circunstancias, no sabiendo qué partido tomar, Laura imploró á los cielos para que le deparasen algún socorro. Mas ¡ay! que á sus fervorosas invocaciones no obtuvo otra respuesta que las carcajadas sardónicas del conde, á dos pasos de ella erguido en actitud amenazadora.

Como último supremo recurso comenzó desesperada á dar voces, pero inútilmente, pues aún no habían salido de su garganta, cuando ya las aguas atropelladas del Birse, siempre bulliciosas, las ahogaban.

Ansioso de satisfacer cuanto antes sus apetitos carnales, abalanzóse sobre su presa el conde, cuando de pronto un rugido fiero lan-

Digitized by Google

zado á sus espaldas le obligó á soltarla. De entre varios peñascos informes, en cuyas hendeduras quizás tuviese su madriguera, salió uno de esos lobos monstruosos, capaces por su aspecto imponente de infundir terror aun en el ánimo de los hombres más serenos. Al conde Rodolfo, sin embargo, no le arredró la presencia de tan inesperado como temible huésped; y requiriendo su daga, pues todas las demás armas las había perdido en su carrera tras la aldeana, dispúsose, lleno de coraje como el gladiador en el circo, á reñir cuerpo á cuerpo con él. La lucha resultaba tan desigual que podía predecirse de parte de quién estaría la victoria. Afortunadamente para el conde, en lo más empeñado y recio de este duelo singular sonó un tiro de ballesta y el lobo cayó malherido en tierra.

Libre de la fiera que amenazase su existencia, el conde volvió los ojos al sitio en donde momentos antes se hallaba Laura, pero no la encontró. Aprovechando coyuntura tan feliz para ella, á todo correr habíase dado á la fuga. En su defecto encontró un joven muy bizarro y muy apuesto, quien con el sombrero en la mano y en actitud reverente, se apresuró á saludarle.

Al verlo con su carcaj á la espalda y el

Digitized by Google

arco desencabalgado en la mano, dirigiéndose á él, hablóle de esta manera:

—¿Eres tú quien ha disparado certero el arma contra ese lobo?

—Yo he sido, señor.

—En tal caso pide la recompensa que mejor te cuadre. Me has librado de una muerte cierta y deseo de algún modo corresponder al servicio que acabas de prestarme.

—Hoy por hoy, señor, nada necesito.

—Pues bien, para cuando se te ocurra, la primera gracia que me pidas, de antemano te la concedo.

Á los pocos días de acaecida la escena que acabamos de relatar, celebrábase la boda de Laura con Valentín, quien no era otro que el afortunado ballestero, al cual debiera su vida el conde Rodolfo.

Precedidos de los chiquillos del pueblo, que en sus expansiones infantiles metían más ruido que un regimiento de caballería; acompañados por sus deudos y parientes en traje de gala, llegaron los novios á la iglesia, se arrodillaron ante el altar, y en menos tiempo que emplea para persignarse un cura loco, recibieron las bendiciones litúrgicas los contrayentes.

Dados sus fueros, nada le hubiera costado

Digitized by Google

al amo y señor de aquellos dominios hacer que compareciera la recién desposada ante su presencia y aun obligarla á que pernoctase siquier una noche en el castillo. Pero estaba muy reciente el beneficio recibido de su siervo Valentín y muy fresca la promesa hecha á su persona de concederle gracia en cuanto le pidiese. Temeroso de quedar cautivo en sus propias redes, pues no podía sin detrimento del honor faltar á su palabra, renunció de grado al ejercicio de sus derechos feudales, pero á reserva de proceder, fuera de este terreno, según conviniese á sus propósitos.

Á favor de las sombras nocturnas, pues había declinado ya la tarde, penetró en el templo el caballero Rodolfo, ocultóse como pudo á las miradas indiscretas de los aldeanos, y en cuanto la ocasión le fué propicia sostuvo con Laura en voz muy queda este breve pero sustancioso diálogo:

—Necesito á todo trance hablaros á solas.

—¿Vos, señor, aquí?—interrogó entre asombrada y medrosa la aldeana.

—Á las diez de la noche en punto estaré en vuestra casa.

—Me es imposible recibiros.

—Va en ello la vida de Valentín.

—Pero...

Digitized by Google

—Nada repliquéis.

—Mas...

—Silencio, que nos escuchan.

Y sin añadir una sola frase, de la misma misteriosa manera que había penetrado, salió de la iglesia el conde Rodolfo.

Valentín no pudo pescar ni al vuelo concepto ninguno de los vertidos por el conde en las orejas de Laura; pero reconocido el personaje que hablaba á su prometida, cayó en horrible sospecha. Á mayor abundamiento, apenas traspuso los umbrales de su morada, un criado le intimó á que se personara inmediatamente en el castillo. Bien contra su voluntad, no tuvo más remedio que obedecer.

Mientras por un lado caminaba Valentín con dirección al palacio señorial, por otro lado se dirigía el conde Rodolfo á casa de la ingrata, á quien de grado ó por fuerza pensaba aquella misma noche rendir. La escena que con tal motivo hubo de desarrollarse, resultó de un realismo verdaderamente exagerado. Súplicas, ofrecimientos, protestas, amenazas, todas las armas propias del caso aquel, las esgrimió á maravilla el conde á fin de lograr su deseo. Agotada sin fruto su elocuencia, perdida por completo la calma, harto de oír insultos y recriminacio-

Digitized by Google

nes, asió por las muñecas á Laura, y forcejeando y á empellones y medio arrastras, obligóla á entrar en la alcoba. La pobre aldeana defendióse como pudo de tan brutal agresión, pero sus fuerzas se agotaron en los momentos más críticos, y presa de terrible desmayo, rodó como un tronco inerte por el pavimento. Ya iba, sin curarse para nada de su estado, á profanar el cuerpo hermosísimo de aquella esposa virgen, cuando de súbito apareció en la estancia Valentín gritando con voz estentórea:

—Señor conde, sois un miserable, y ahora mismo vais á morir á mis manos.

Y ciego de ira, cerró á puñalada limpia contra él.

Rodolfo pudo parar los primeros golpes, y hasta contener á su siervo diciendo:

—¿Ignoras, insensato, á quién con tus palabras ofendes y con tus armas intentas herir? Yo soy el dueño absoluto de este feudo; yo, mal que te cuadre, dispongo en él de vidas y haciendas.

—Vos sois un infame, un ladrón, un miserable.

—Refrena la lengua, villano, si es que no te estorba en la boca.

—¿Acaso pensáis hacer que el verdugo me

Digitized by Google

la corte? ¡Oh! Desechad de vuestra mente tal idea. De aquí no habéis de salir sino muerto.

—¿Y si no me defiendo?

—Tanto peor para vos.

—¿Luego, más que vengar una ofensa, pretendes cometer un asesinato?

—La ley concede al marido ultrajado este derecho.

—Sí, pero tras el cual sólo se escudan los cobardes.

—¡Señor conde!...

—Abra paso el plebeyo á su noble amo.

Y acompañando á la palabra la acción, dirigióse Rodolfo hacia la puerta.

Valentín, decidido á todo, le contuvo diciendo:

—Un medio hay de zanjar satisfactoriamente para ambos este asunto. Aceptad en el acto un desafío conmigo.

—Imposible. Yo no me bato sino con gentes de mi igual, con aquellos por cuyas venas corra sangre azul, y en cuyo pecho brille acrisolado y limpio algún timbre de nobleza.

—Pues aun contrariando vuestra voluntad, habéis de concederme ese honor.

—Jamás—replicó vivamente el conde.

—Cuando me plazca. Hace pocos días, en recompensa á una acción que no merece re-

Digitized by Google

cordarse ahora, me prometisteis otorgarme la primera gracia que os pidiese. Un caballero antes deja arrancarse la vida que faltar á su palabra. Pues bien, yo deseo de vos semejante distinción.

Perplejo el conde, sin saber qué contestar, quedóse reflexionando unos minutos, trascurridos los cuales dijo lacónica pero resueltamente:

—Acepto.

Convenidas las condiciones del duelo, los dos combatientes salieron al campo, y una vez en él, diéronse á buscar sitio adecuado donde verificarlo. Para evitar Rodolfo cruzar con su siervo la espada de caballero, ideó un desafío verdaderamente original. Colocado un blanco á cien pasos de distancia, debían disparar sobre él varios tiros de ballesta. Quien en este ejercicio de habilidad mostrara mayor pericia, es decir, quien tuviera la puntería más fina, y por ende resultase vencedor, podía libremente disponer de su persona; en cambio el vencido quedaba obligado bajo juramento á hacer rodar su cuerpo desde lo alto de una montaña al fondo de un precipicio.

En el silencio de la noche, á la luz de la luna y de las estrellas, sin más testigos que Dios, llevóse á cabo este duelo. Por un ca-

Digitized by Google

pricho de la suerte le tocó perder á Valentín. El pacto de antemano convenido cumplióse al pie de la letra. Sin inmutarse en trance tan fiero de su vida, sin vacilar, lleno de terror ante el peligro, acercóse cuanto pudo á la insondable sima, elevó sus ojos al cielo, murmuró entre dientes una plegaria, y se precipitó en el vacío. Nada hizo el conde para detenerle; mas al oir los fuertes tamborilazos dados contra las rocas por aquel cuerpo que se despeñaba, huyó despavorido á guarecerse en su fortaleza como alma que lleva el diablo.

Vuelta de su terrible desmayo, Laura procuró averiguar por cuantos medios estuvieron á su alcance el paradero de su esposo. Y como trascurrieran días y días sin que el desventurado tornase á su hogar, con una constancia sin ejemplo, dedicóse á buscarlo por todas partes.

Desharrapada, taciturna, macilenta, su luenga y rubia cabellera flotante por la espalda, los ojos fijos en la inmensidad, á todas horas se la veia, por las veredas, por las encrucijadas de los caminos, á la orilla de los senderos, en espera del bien amado, que nunca jamás había de tornar. Y como de la noche á la mañana desapareciera de aquellos lugares,

Digitized by Google

tantas veces hollados por su planta, sin que nadie la volviese á ver, el vulgo inventó la especie de que, compadecido de sus penas el cielo, la había trasformado en una mata de achicoria para que pudiera, sin temor á los fríos, á las nieves, á los cambios bruscos de temperatura, á los rigores propios de la estación invernal, seguir aguardando á su esposo. Y hé aquí por qué, si al clasificar esta planta los botánicos la bautizaron con el nombre prosaico de achicoria, en su deseo de encarecerla y loarla el vulgo, la confirmó con el poético y hasta romántico de *guardián de los caminos*.

Digitized by Google

La Zarza.

Con sus tallos sarmentosos erizados de espinas; sus verdes hojas, ya simples, ya compuestas, pero siempre de configuración esférica; sus flores semejantes á diminutas rosas hacinadas en racimos; su negra frutilla, que por lo dulce y acidulada, por lo granulosa y aromática, confundiríais con la fresa, esta planta, ornato de senderos y caminos, valladar en muchas comarcas de las propiedades, merece toda nuestra estimación, porque nos recuerda los alegres días de la infancia.

Ignorantes entonces de que en sánscrito la palabra *kantaka* significaba *espina* y ésta á su vez era sinónimo de *enemigo*, en plena canícula, cuando los rayos del sol más perpen-

Digitized by Google

diculares caían sobre nuestras cabezas, dirigíamonos al campo á coger las bayas de la zarza, aun á trueque, poco reflexivos, de salir de allí hechos un eccehomo. Apenas teníamos por aquella sazón idea del importante cometido que estos vegetales desempeñan en la historia sagrada, y eso que nos sabíamos de memoria el pasaje bíblico del sacrificio de Isaac, no consumado gracias al ángel que detuvo el brazo del patriarca y reemplazó la víctima á inmolar por un carnero trabado en una zarza, y sin embargo, ya sentíamos hacia ellos inclinaciones invencibles. Tal predilección en nosotros por esta rosácea estaba suficientemente justificada. Privados de comer á tutiplén frutas en nuestras casas por temor á las indigestiones; imposibilitados, por miedo al guarda, de acaparar aquellas que crecían lozanas en el cercado ajeno y tras las cuales se nos iban los ojos, la zarza, con sus moras ó zarzamoras, nos proveyó en abundancia de silvestres pero apepitosas golosinas. Andando el tiempo, nuestro paladar se hizo á otros manjares más delicados, pero esto no obstó para que siempre de ella guardásemos en la memoria grato recuerdo.

Mas tales ñoñerías, de las cuales seguramente ningún despreocupado hará caso, no

Digitized by Google

constituyen en sí los prestigios de la zarza; gracias á Dios y á su fortuna, aún cuenta con otros mucho más valiosos. Del limbo de la infancia, por ley natural ineludible, pasamos al purgatorio de la juventud, donde nos esperan los primeros dolores que han de atenacear nuestra alma. Los ojos de una morena ó de una rubia, pues para el caso es igual, nos cautivan; la seguimos á todas partes, la requebramos en todos los tonos, le ofrecemos, á cambio de su amor, porvenir, hacienda, vida, hasta el sitio que nos pueda tocar en el cielo; y cuando, ya hartos de sufrir, nos rendimos á sus desdenes, á sus desvíos, á sus desaires, á sus desabrimientos, para consolarnos, sólo se nos ocurre, en ocasión propicia, cantarle á la ingrata esta copla:

«Dicen que ya no me quieres,
No me da pena maldita,
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita,»

en la cual desempeñan las bayas de la zarza su correspondiente importantísimo papel.

Y de esta edad de ilusiones y desengaños pasamos á la madurez de la vida, y entonces, más juiciosos, más reflexivos, con más ciencia y experiencia de las cosas del mundo, así que

Digitized by Google

vemos cualquier hombre dispensan lo favores á otro de mala gana, acudimos á este vegetal para extraer de él, no sus moras, que ya no nos privan, sino un refrán castellano cuajado por los antiguos en torno de sus ganchosas púas, el refrán que dice: «La zarza da el fruto espinando; el ruin, llorando.»

Habrán los indios, y como los indios el Dante, poblado su infierno de plantas espinosas; servídose de ellas la diosa Palas para sojuzgar y rendir á sus contrarios; visto el vulgo en los pinchos que adornan á estos vegetales un instrumento de destrucción; pero tales antecedentes, que las hacen despreciables y hasta odiosas, no pueden rezar, y de seguro no rezan, ni con el enebro, bendecido por la Virgen en su huida á Egipto; ni con el espino, que puesto en infusión nos procura una tisana propia para curar las mordeduras de las serpientes; ni con el ciruelo silvestre, remedio eficacísimo contra los dolores de cabeza; ni con el abrojo, que tuvo el triste privilegio de coronar las sienes del Nazareno; ni con la zarza, de la cual se valiera Jehová para mostrarse entre llamas á los ojos de Moisés.

Podríamos cerrar estos ligeros apuntes con una de las muchas leyendas que ha inspirado la zarza; mas preferimos, deseosos de dar va-

Digitized by Google

riedad á nuestros estudios, referiros una anécdota que encaja aquí como pedrada en ojo de boticario. Merece la pena oirla, pues en el fondo la cosa tiene miga.

E-gem le llamaban en el pueblo á boca llena los muchachos, porque obligado á mendigar el sustento, para evitarse el bochorno de pedir una limosna, tales sílabas, precedidas de una tosecilla especial, iba á diario articulando de puerta en puerta. Borde de nacimiento, huérfano de educación, criado en la vía pública y por la pública caridad mantenido, á Dios en primer término le debería su existencia, pero maldito si tuvo nunca por qué agradecérsela.

Contrahecho de figura, pintado de viruelas, lleno de alifafes, apenas supo lo que era salud. No nadaba en la abundancia, cual suelen los niños mimados de la fortuna, pero nadaba en la miseria, que para los ejercicios de natación social venía á ser lo mismo. Ni por casualidad pudo en su vida hallar cosa ninguna de provecho, ciertamente; mas, en cambio, cuantas bofetadas ó sopapos se perdían en la aldea, se las encontraba él en la cara.

Cuatro asquerosos harapos vestían su cuerpo extenuado por el hambre; unas malas alpargatas de esparto calzaban sus pies, desde

Digitized by Google

el pulgar al tobillo, á fuerza de trompicones, llagados por todas partes, y á fin de que ninguna prenda tuviese envidia de la otra, un sombrero raído, con más mugre que cera bendita hay en las iglesias y más agujeros que tiene una criba, completaban su traje.

Pues sin embargo de resultar E-gem, por lo feo, por lo indigente, por su mala sombra, una verdadera calamidad andando, como no falta nunca un roto para un descosido, no faltó una moza de su misma estirpe y condición, por supuesto, que á las primeras insinuaciones le hiciera caso y sin reparo alguno con él se desposara.

La nueva era que iniciaba en su azarosa vida este cambio de estado, en justa compensación á las desdichas pasadas, debía procurarle venturas y satisfacciones á porrillo; mas sucedió lo contrario.

Ni muy vieja ni muy joven, lo bastante bella para no darle un susto al miedo, honrada á carta cabal, hacendosa si las había, apesar de todas estas y otras muchas cualidades, la mujer á quien eligiera para compañera suya debía hacerle pasar la pena negra.

De carácter irascible, de maneras bruscas, corta de entendimiento, larga de manos, voluntariosa, dominante, propensa á grandes y

Digitized by Google

profundas modorras que constituían en ella una enfermedad, á cuyos pródromos su mal humor tomaba aspectos feroces, no había medio de evitar que por uno ú otro motivo con frecuencia rompiera sobre la cabeza del infeliz marido los cacharros de la cocina.

Afortunadamente para él, tras estas escenas violentas, que ni Job con su proverbial cachaza hubiera aguantado, la esposa caía en un sueño letárgico que á veces se prolongaba una, dos y hasta tres semanas. Con resignación de mártir, E-gem procuraba entonces, sacudiendo el cuerpo, rociando la cara, aplicándole á las narices fuertes esencias, hacer volver á su costilla del estado cataléptico en que se hallaba, mas no lo conseguía.

Tales extremos por quien le diera una vida tan aperreada, en lugar de mover á compasión á los aldeanos movíalos á risa, y de ellos para sus chanzas sacaban gran partido. Pero E-gem, que si no era de pasta-flora, por lo menos se le paseaba el alma por el cuerpo, de semejantes socarronerías nunca hacía caso. Cierto que para salir ileso de cada borrasca conyugal le costaba un triunfo, pues los mordiscos, los arañazos, los soplamocos llovían sobre él que era una bendición; pero es lo que

Digitized by Google

decía: á los enfermos no hay más remedio que aguantarles todas sus impertinencias. Pronto, sin embargo, tuvo que modificar su opinión y volver sobre su acuerdo.

Cierto día, uno de estos ataques cobró intensidad tan grande que, alarmado como nunca E gem, vióse en la precisión de llamar al médico. Aunque á regañadientes, pues no le gustaba trabajar de balde, acudió el matasanos del pueblo en auxilio de la enferma, y al verla rígida, inerte, fría, sin aliento, sin pulso, bien seguro de su ciencia y de su experiencia, extendió en el acto un certificado de defunción.

E-gem, que, apesar de su solicitud en cuidarla, debía estar harto de su mujer, derramó cuatro mezquinas lágrimas, elevó al cielo una plegaria en acción de gracias por haberle abierto sus puertas, y se dispuso á preparar el enterramiento. De buena gana, para rendirle un último tributo á la que fué en vida su esposa, hubiérale E-gem comprado una mortaja y héchole unos funerales; pero todo esto costaba dinero, y él, mostrenco por los cuatro costados, no tenía ni un real en el bolsillo.

Vestida con sus harapos de pedir limosna; tendida sobre la galga que sirve en los pue-

Digitized by Google

blos para transportar al cementerio, como fardos en carretón, los despojos del mendigo; sin velas, sin responsos, sin acompañamiento, á la chita callando, fué conducida la infeliz á la última morada por cuatro vecinos compasivos que se brindaron gustosos á ejercer esta obra de misericordia.

Ya habían con su carga acuestas atravesado la aldea, llegado al camposanto, cuando los tallos espinosísimos de una zarza que al pié del muro crecía y por el dintel de la puerta bajaban obstruyendo en cierto modo el paso, hirió á la muerta en la cara y le hizo proferir un grito de dolor. La escena que se produjo con tal motivo os la podéis imaginar con sólo colocaros en situación. Exclamaciones de espanto; miradas de asombro; visajes de la muerta que hacen temblar de miedo á los conductores; un ataúd que rueda con estrépito por el suelo; varios aldeanos que corren despavoridos, sin saber dónde ocultarse; una cataléptica que, vuelta de su accidente en estas condiciones, demanda á voz en grito auxilio; un esposo que, ya conforme con los decretos de la Providencia y ya echando cuentas para el porvenir, ve desvanecidos como por ensalmo todos sus planes; en fin, las notas más cómicas unidas

Digitized by Google

á las notas más trágicas, en revuelta confusión componiendo un preciosísimo cuadro de la vida humana; tal fué en síntesis lo sucedido.

Horrorizada la aldeana al considerar lo poco que había faltado para que la enterrasen viva, en cuanto llegó á su casa la emprendió á golpes contra su marido. Éste, que hasta entonces soportara con estoica resignación todos cuantos vejámenes de palabra y obra quiso inferirle su costilla, dispuesto ahora á cortar por lo sano, abandonó para siempre el triste y miserable hogar donde tantas desdichas había sufrido.

Errante por los campos, lleno de privaciones, sin un mendrugo que llevarse á la boca los más de los días, sin un cobertizo donde guarecerse las más de las noches, pero en su indigencia satisfecho y feliz vivía E-gem, cuando le anunciaron la muerte positiva y real de su esposa. Habíase llevado tantos chascos á este respecto, que al pronto no lo creyó; mas como le asegurasen que de la habitación donde morara la cataléptica salía un olor á podredumbre insoportable, con ciertos reparos, pues no se las tenía todas consigo, emprendió hacia aquel sitio la marcha.

El espectáculo que se ofreciera á su vista,

Digitized by Google

apenas hubo descerrajado la puerta, en verdad no podía ser más aterrador. Tendida todo lo larga que era, rígido el cuerpo, vidriosa la mirada, fría como el mármol, desmoronados los labios, en estado completo de putrefacción yacía inerte sobre un montón de pajas el cadáver de la mujer de E-gem. Ni al médico ni á cuantos la vieron les cupo duda de que esta vez en realidad estaba muerta.

Varios agentes de la autoridad, pues los aldeanos, harto escamados, se negaron á ello, transportáronla en hombros al camposanto. Á respetable distancia del féretro iba E-gem, como la vez primera, derramando, no se sabe si de dolor ó de satisfacción, alguna que otra lágrima. Cabizbajo, triste, en todo el camino se le oyó pronunciar palabra; mas una vez hecho el trayecto que les separaba del cementerio y en el instante mismo en que debían los conductores con el cadáver acuestas trasponer los umbrales, en previsión sin duda de un lance tan desagradable como el de marras, gritó imperiosa y desaforadamente: «¡Eh! Cuidado, amigos, con que los zarzales vayan de nuevo á arañar el rostro de mi pobrecita mujer.»

Digitized by Google

Digitized by Google

Los Ajos.

Qué mal huelen, pero qué bien saben condimentadas con aceite al uso provenzal estas hermosas liliáceas! Por muchos defectos que las gentes del Norte les saquen á relucir, no conseguirán, no, que nosotros los meridionales dejemos de estimarlas tanto como ellos las detestan. Tal predilección se halla suficientemente justificada con sólo enumerar los mil beneficios que nos dispensan.

En su excesiva modestia, ni piden tierras gruesas, ni exigen gran cultivo, cual si, dotadas de inteligencia, presintieran que á pobres y no á ricos habían de alimentar. Terrenos livianos, casi baldíos, sus blancas bulbas prefieren, y con una sencilla escarda que las li-

Digitized by Google

bre de huéspedes vegetales importunos las infelices se contentan. Á cambio de tan insignificantes desvelos, desde que nacen casi, comienzan, llenas de agradecimiento, á remunerar al agricultor y á procurarnos á todos ventajas dignas de tenerse en cuenta.

Antisépticos por naturaleza, cuando una epidemia invade cualquiera de nuestras comarcas, y el pánico cunde, y la muerte nos diezma, si en nuestro habitual descuido no habemos á mano otros remedios más supremos que nos preserven de la enfermedad reinante, á los ajos recurrimos y á sus propiedades medicinales confiamos nuestra salvación. Vermífugo activo cual pocos otros vegetales, así que vemos cómo se mustia y languidece y amarillea la carita, antes fresca y sonrosada, de un hijo nuestro, y por signos y señales evidentes caemos en la cuenta de que nos lo están devorando vivo los gusanos y las lombrices, con preferencia á las pócimas indicadas en la farmacopea para tales casos, preferimos el medicamento casero de los ajos. Tal confianza en sus virtudes terapéuticas tiene el vulgo, que los ha convertido en triaca eficacísima contra las mordeduras de los animales venenosos; y tan excepcionales condiciones para condimentar guisos se les ha en-

Digitized by Google

contrado, que en las artes culinarias apenas por excepción suele prescindirse de ellos.

Que los griegos y los romanos, gente afeminadísima, allá en la antigüedad, renegaran de los ajos y hasta pusieran en entredicho á quienes los comiesen, prohibiéndoles la entrada en los palacios y en los templos, no quiere decir que esta planta, con su olor fuerte, su sabor acre y todo, deje de resultar uno de los alimentos más nutritivos con que podemos satisfacer el hambre. ¡No faltaba otra cosa sino que sacrificásemos á ciertos defectos propios de la realidad el estómago! ¿Hay de entre los vegetales nada más vaporoso, más flatulento, de resultados digestivos más atroces, que las habichuelas? Pues, que sepamos, á ningún poeta, ni siquiera al eximio Horacio, que ha perdido lastimosamente el tiempo escribiendo versos contra los ajos, se les ha ocurrido maldecir de ellas. Quien quizás, sin conocer ni por el forro la gramática, inventó el refrán que dice: «ajo crudo y vino puro pasan el puerto seguro,» indudablemente conocía mejor que nadie las excelencias de esta humilde matuja para servir de condumio.

Como el tabaco, como el café, como las patatas, cuentan los ajos con infinidad de enemigos; pero la masa común del pueblo, volvien-

Digitized by Google

do por ellos y de ellos haciéndose lenguas, ha rodeado sus tallos cilíndricos, sus flores en umbela, sus cabezas divididas en gajos de una aureola supersticiosa, pero poética. Y aquí les ha atribuído virtudes mágicas bienhechoras; y allá los ha considerado como amuleto prestigiosísimo contra los incidentes que suelen ocurrir en los viajes y contra los desarreglos propios de todo cambio de aguas; y acullá, después de haber hecho con una de sus bulbas tres veces consecutivas la señal de la cruz, halos metido en la cama de las parturientas, no sólo para que desinfecten las ropas, sino también para que maten los pólipos; y en todas partes se ha valido de ellos para componer proverbios, máximas, dichos, frases y hasta interjecciones que, si otra cosa no, á lo menos muestran lo mucho que priva en su fantasía este utilísimo vegetal.

¡Ajo! ú ¡ajó! dicen las madres á los niños al mismo tiempo que con el dedo índice les acarician la barbita para provocarles la risa y aun hacerles romper á hablar; ¡ajo! exclaman con entonación robusta, apretando dientes y puños, las personas de carácter violento, pero de educación harto fina para irse á mayores y emplear frases malsonantes, cuando por un golpecillo brusco se ven sor-

Digitized by Google

prendidas, ó por cualquier causa se encuentran incomodadas; y si ya en esta larga ristra no trenzamos más ajos, es porque, francamente, «muchos ajos en un mortero mal los maja un majadero.»

Para terminar estos ligeros apuntes, permitid sin embargo, que os refiramos una anécdocta de carácter más ó menos prosaico, pero que demuestra la importancia dada por el vulgo en todo tiempo á los ajos. No pretendemos con ello sentar plaza de escritores naturalistas, ni mucho menos caer en vuestro desagrado sin comerlo ni beberlo. Á título tan sólo de curiosidad y sin malicia de ningún género, valiere por lo que valiere, como nos la contaron os la cuento.

Hallábase D. Jaime por los alrededores de Valencia disponiendo lo necesario al cerco de la ciudad, cuando cierta noche se le ocurrió pedir, para su cena ó colación, un manojo de ajos frescos. Tal capricho, insignificante, en aquella coyuntura resultaba difícil de satisfacer. Ni en la bien provista despensa del Conquistador ni en torno de su tienda, por su desgracia, abundaba esta planta. Para encontrarla era preciso, ó acercarse mucho á la ciudad, ó alejarse mucho del sitio en donde tuvieran los cristianos puestos sus reales.

Digitized by Google

La prohibición es causa siempre del apetito, y como le manifestaran al rey la imposibilidad en que se hallaban de complacerle, expidió uno de sus soldados en busca de unas cuantas matas de ajos. Intrincado en la espesura de agrios y cidrales, caído en alguna acequia, ó quizás traidoramente asesinado por cualquier escucha moro, aunque varias horas transcurrieron lentas, el soldado no volvió. Terco que terco el aragonés, dióle esta comisión á otro de los más bravos de su escolta; mas, como el primero, también éste fuese para no volver.

Acostumbrado D. Jaime á empresas de verdadero arriesgo, cual ésta misma que iniciara con un juramento en el Poyo de Santa María, no pudo disimular su enojo viéndose tan sin ton ni son burlado, é inmediatamente dispuso que todo un escuadrón de los suyos saliese á explorar el campo y traerle los ajos.

Desde las almenas de la circular muralla que rodeaba por aquel entonces la ciudad del Turia, los vigías de Zaen distinguieron tal maniobra, y en previsión de que los sitiadores intentaran un asalto, aprestáronse rápidos á salirles al encuentro. Deslizándose como reptiles por la tierra, llegaron los moros tras breve jornada adonde estaban los cristianos,

Digitized by Google

y sin darles tiempo para defenderse, alfanje ó cimitarra en mano, cayeron sobre ellos, y en menos de un santiamén los degollaron. De tanto valiente sólo quedó en pie uno para contarla.

Cuando el héroe de aquella emboscada se presentó al rey de Aragón con un manojo de ajos frescos y le refirió lo sucedido, éste, moviendo la cabeza con tristura, no pudo menos que pronunciar en lemosín las siguientes gráficas palabras: *Cars alls*, caros ajos; singular, *Car all*, caro ajo.

Como se ve, tal anécdota no tendría cosa ninguna de particular si, en su malicia el vulgo, de ella no hubiera hecho dimanar cierta interjección muy desvergonzada, que no reproducimos por miedo á que los lectores digan en menosprecio nuestro que somos gente «harta de ajos,» pero que conocerán todos con sólo indicarles cuán bien recuerda una especie de amuleto desde antiguo consagrado al dios Priapo.

Digitized by Google

Digitized by Google

El Perejil.

El concepto que tiene formado el vulgo de la planta con cuyo nombre encabezamos estas líneas, proclámalo á grito herido una canción, cuya letra es como sigue:

«Porque le dije á una niña
benditos tus perejiles,
me llevaron á la cárcel
los ministros y alguaciles.»

Á cualquiera, por poco avisado y lince que sea, oyendo expresarse en términos tales á la musa popular, se le ocurre cómo no había motivo, por cosa tan baladí, para prender y enchiquerar á un hombre. Mas cátate que se

Digitized by Google

detiene á reflexionar sobre lo que acaba de leer, y estirando por aquí, y encogiendo por allá, y dándole vueltas y más vueltas al pensamiento capital del poeta anónimo, al fin y postre viene en conocimiento de que, si no en su forma, en su esencia, los versos trascritos resultan, por lo eróticos, casi pornográficos. Y claro, la gente de justicia, que no se anda nunca en chiquitas, á pesar de ver muy emperejilados los perejiles del requebrador de marras, por desvergonzado y soez, lo mete en la cárcel.

Después de tantos circunloquios, la mayor parte de nuestros curiosos lectores de seguro se quedan en ayunas, y sin comprender por ende las causas y motivos existentes para considerar pecaminosa una composición que al parecer más tiene de chusca que de obscena; pero ahí precisamente está el secreto del sumario, y bien contra nuestra voluntad, ni aún cuando lo supiéramos podríamos revelarlo. Conocemos, como cada hijo de vecino, que perejiles son los aderezos, los arreos, los adornos con que engalanan su cuerpo voluptuosísimo las hijas de Eva, y aun en muchos casos los hijos de Adán; pero, líbrenos Dios de decir, nada menos que en letras de molde, el sentido erótico de tal palabra. Á pesar de

Digitized by Google

ello, si, en vuestro afán de apurar hasta las heces asunto tan escabroso, queréis seguir investigando, sin prevención, sin malicia, como la cosa más natural y corriente, escuchad la copla que á título de adivinanza diz que endilgaba á su marido la mujer de un hortelano, muy conocido en su casa:

«Desde que te fuiste, Pepe,
el jardín no se ha regado;
la hierba buena no crece,
y el perejil se ha secado.»

¿Y esto prueba, exclamaréis de fijo en vuestros adentros, que semejante herbácea merece el calificativo de sensual? ¡Oh! De ninguna manera. Esto sólo quiere decir... en buena ley, que sin pertenecer ni por el forro á la familia de las acuáticas, necesita para su crecimiento el perejil mucha, pero mucha agua.

Como el ciclamor, como la menta, como el comino, aparece el perejil en la mitología vegetal entre los árboles y las hierbas eróticas; mas esto no empece para que alrededor de sus tallos cilíndricos, estriados y algo fistulosos, de sus hojas alternas, dentadas y medio cóncavas, de sus flores diminutas reunidas en terminales umbelas y matizadas de color verdoso, de sus raíces cónicas, de sus simien-

Digitized by Google

tes microscópicas, el vulgo haya con sus supersticiones forjado una guirnalda de poesía, tan resplandeciente como esos nimbos de luz que circuyen las cabezas de los ángeles, de los santos y de las vírgenes católicas.

No existe en la tierra para curar el amor hierba medicinal ninguna. Éste es un axioma que, fisiológicamente hablando, no tiene vuelta de hoja. Pero con la mitología, es decir, con la ciencia de lo sobrenatural, de lo mágico, de lo maravilloso, no reza semejante absurdo. Para quien como ella posee plantas que producen ambrosía; manzanos de cuyas ramas penden hermosísimas pomas de oro; árboles que dan saber y ciencia; matujas adivinadoras de lo porvenir; hierbas á veces henchidas con el espíritu del diablo y á veces de virtudes santificantes dotadas, en fin, un reino vegetal compuesto por millares de seres á cual de ellos más prestigioso, nada hay imposible. De donde han salido las varas de los nigromantes, los filtros de los hechiceros, sin gran esfuerzo, bien puede extraerse un talismán que sirva para enamorar y rendir á discreción los corazones.

No ha logrado el perejil, apesar de sus sobresalientes cualidades, ocupar un puesto tan alto en la mitología de las plantas; pero, sin

Digitized by Google

embargo, sus prestigios no son menos dignos de tenerse en cuenta. Todo tiene remedio en el mundo menos la muerte. Cual hay bebedizos que transformen al viejo doctor Fausto en joven y gentil mancebo, hay pócimas que conviertan á las mujeres más feas en modelos acabados de belleza. No dará el perejil, como las habas, sangre á las venas, como los higos, fósforo al cerebro, como las legumbres, tejidos adiposos al organismo; pero en cambio, comido con asiduidad, procuráranos á todos los feos, según las creencias piamontesas, medio eficaz para hermosearnos. De sus blancas raíces, de sus tallos ramosos, de sus verdi-oscuras hojas, no podrá extraerse panacea ninguna que cure cuantas enfermedades existan sobre la tierra; pero en opinión del vulgo siciliano, según nos refiere un célebre escritor, no habrá mujer que lo pruebe á quien el volumen de sus pechos no se le aumente y la leche con que ha de amamantar á su hijo no se le engruese.

Mucho poder alcanza la imaginación del pueblo cuando ha sabido crear tales fantasías en torno de una hierbecilla tan modesta, mas es indudable que sin causa justificativa ninguna jamás lo hubiera hecho. Si el perejil, que crece espontáneamente por toda esa hermosa

Digitized by Google

cinta de tierra que se denomina costa mediterránea, cual lo testifica en sus cantares el vulgo cuando dice:

«Si los besitos salieran
como sale el perejil,
mas de una niña tuviera
la cara como un jardín,»

ha merecido tantas y tan vivas simpatías, es porque en él han encontrado las gentes virtudes medicinales de primer orden. La terapéutica moderna debe ufanarse de contar en su largo catálogo esta preciosa herbácea. Diurético, diaforético, estimulante el perejil, sus largas y rectas y blancas raíces sirven, ya para provocar el sudor, ya para facilitar la orina. De sus hojas cocidas puede obtenerse un tópico maravilloso con que combatir las hemorroides; de su zumo, mezclado con vino blanco, una bebida que no solamente alivia, sino cura á cuantos por su desgracia fueran víctimas de esas enfermedades crueles que en medicina se conocen con los nombres técnicos de blenorrea, leucorrea ó pérdidas seminales. Y todo esto sin contar el empleo que de tan diminuta pero bienhechora planta se hace para atacar en cualquiera de sus grados la sífilis, la oftalmía, la hidropesía y otros

Digitized by Google

males propios del complicadísimo y frágil organismo humano.

Pues, como en la poesía y en la terapéutica, desempeña el perejil en las artes culinarias un papel importantísimo. De olor suave, de sabor acre, no hay cocinero que para sazonar sus guisos ú ornar sus viandas prescinda de él. Desde la aristocrática tortilla de finas hierbas, á la más humilde salsa española, ya seco, ya fresco, ora solo, ora acompañado de otros condimentos, en casi todas nuestras comidas se hace uso del perejil. Á causa de esto quizás, á causa de encontrárnoslo muchas veces hasta en la sopa, es por lo que, á cuantos individuos se hallan en el crítico instante de elegir una cosa, solemos decirles que lleven cuidado no sea que «huyendo del perejil, les salga en la frente.» Ahora bien, quien tales y tan eminentes servicios nos presta ¿no creéis que merece en la mitología de las plantas uno de los sitios más distinguidos?

Digitized by Google

Digitized by Google

El Melón.

Por Dios y por todos los santos, lector carísimo, al leer este epígrafe, no vayas tú á hacer conmigo lo que cierto personaje á quien profeso entrañable amistad y admiración profunda, el cual, siempre que de mi aldea, allá por Noche Buena, le mandan para celebrar la Natividad un pavo, me convida á comerlo, es verdad, mas para decirme de pasada con socarronería: ¡cuán buenos, amigo Alberola, se crían en su tierra de usted esta clase de bichos! Naturalmente, yo no me doy por aludido, como no me daría tampoco si en un rapto de buen humor, á vosotros, criticones implacables, se os ocurriera pensar que debía tener sobre sus hom-

Digitized by Google

bros buen melón quien estas líneas ha escrito. Amelonado, en buen hora lo diga, más de una vez heme sentido, pero lo que es melón, aun cuando os esforzaseis en probarme lo contrario, jamás creería haberlo sido. ¡Melón! ahí no es nada: símbolo de la generación en la mitología á causa de las muchas pepitas que encierra, pero también símbolo de la animalidad, por aquello de que la lujuria es afición propia de las bestias. Ni aun en broma nos atreveríamos nosotros á llamar melón á nadie, sabiendo como sabemos que los animales más sensuales son los más brutos; y que si al asno le ha puesto tanta macas el vulgo, ha sido, no por su falta de inteligencia, que bien listos los hay, sino por sus invencibles propensiones eróticas. Todavía puede tolerarse que le digan á uno cabeza de chorlito, cabeza á pájaros, cabeza loca, sin que por ello se amosque; mas de ninguna manera debemos consentir, ni aun los más irreflexivos y vanos y ligeros de entre todos los hombres, que se nos moteje de calabazas, pepinos ó melones.

Y sin embargo, los dulces frutos de estas preciosas cucurbitáceas, quienes, dicho sea de paso, se distinguen de sus demás plantas hermanas por lo velludo y áspero de sus tallos rastreros, por el color blanco ó dorado de sus

Digitized by Google

flores unisexuales, por la configuración, ya redonda, ya dentada, ya ovalada de sus hojas alternas, no en todas partes sirven de emblema á la imbecilidad y á la ignorancia; pues, sin ir más lejos, entre los árabes, de cuya tierra es sin duda originaria esta planta, créese que en el Edén abundaban mucho los melonares, y que por paradisiaco el melón significa que Dios es Dios y Mahoma su profeta. Tal especie, por sí sola, es capaz de volverle á uno tarumba, no acertando el ánimo á comprender la analogía existente entre Alah y los melones; mas no por ello os atreváis á criticarlos, que, en justa represalia, podrían ¡herejes! de nuestros símbolos sagrados burlarse, preguntándonos: ¿y qué tienen de común en vuestra religión las palomas con el Espíritu Santo? Pero, en fin, por lo que pueda tronar, no decentemos el melón, no vaya á salirnos malo.

Si todo se redujera á los modismos, á las frases, á los juegos de palabras que el vulgo ha inventado en menosprecio del melón, aún podría dispensarse; pero ¡quiá! sin atender á lo aromático y fresco y dulce de sus hermosas rajas, con las cuales solemos, durante los meses calurosos de estío, aplacar la sed y satisfacer el hambre; sin pensar que su verde ó

Digitized by Google

blanca ó pintada corteza nos procura remedio fácil para curarnos la irritación á la vista y cortarnos la calentura; sin hacerse cargo del bien que nos dispensan sus amarillas pepitas, cuando convertidas en horchata nos las bebemos, para que nos curen el mal de orina y nos alivien el dolor de riñones, la emprende contra estos hermosos frutos, y al son de guitarras, vihuelas y bandurrias, va cantando en descrédito suyo por calles y plazas la siguiente copla:

«El que quiera vivir mucho,
ha de huir lo más que pueda
de médicos, boticarios,
pepinos, melones y hembras.»

De boticarios y médicos, bueno, pase, mas no así de mujeres, que son la alegría, el amor, el placer, la felicidad del hombre en la tierra; no así de pepinos, sin los cuales resulta soso é insípido el gazpacho andaluz, una de las ensaladas crudas más apetitosas que pueden comerse; no así, por último, de melones, únicos sorbetes que, en su penuria irremediable, les está permitido tomar á los pobres.

Cierto que

Digitized by Google

«Las mujeres tapadas
con la mantilla
son como los melones
de buena pinta.
Luego al catarlos
se hallan muchos pepinos
y otros pasados;»

mas esto no quiere decir que las unas carezcan en absoluto de atractivos morales y físicos, ni que los otros dejen de poseer en su aguanosa carne verdaderos manantiales de azúcar. En la buena elección, y sólo en la buena elección, creemos nosotros que está el busilis.

Que los melones comidos inmoderadamente resultan nocivos á la salud, es una verdad como un templo; mas aviados estábamos si por tal causa nos abstuviésemos de probarlos. Dice Raspail que Pablo II fué víctima de una indigestión de melones; y decimos nosotros que, como este Sumo Pontífice, de fijo miles de individuos, por idéntico motivo, habrán ido al otro barrio. La culpa del daño causado, como comprenderéis, no la ha tenido esta fruta, sino los glotones que abusaron de ella. En conciencia, no existe fundamento serio para proscribir de nuestras mesas el melón.

Allá por Agosto, cuando la tierra calcinada

Digitized by Google

de puro seca despide de sus entrañas lumbre, y el viento de África corre caliente por nuestras zonas agostando los vegetales, y el astro diurno arroja despiadado sobre nuestras cabezas sus rayos de fuego, y próximos á asfixiarnos, sentimos náuseas ó bascas, ¿con qué habíamos de mitigar nuestra sed hidrópica los hijos de Levante si no dispusiésemos á tutiplén de sandías y melones? Escasos en agua la mayor parte de los pueblos donde estas benéficas plantas se crían, y las pocas que hay apenas potables, si de su suelo suprimieseis el melón, con él suprimiríais algo indispensable á la vida de sus habitantes. Bien supo Dios lo que se hizo cuando, al distribuir los vegetales sobre la tierra, puso en las regiones calurosas y secas estos individuos de la tribu de los cohombros, y á sus frutos los dotó de una propiedad rarísima, de ponerse frescos al sol, mientras los demás se abrasan.

Para nosotros que, casi puede decirse, nos hemos destetado con sandías y melones, no existe en el mundo postre fresco más exquisito. Los helados estropean la dentadura, las horchatas ensucian el estómago, pero el melón, sobre todo el melón de agua, nutre y refresca la sangre á un mismo tiempo. Y no digamos nada de su olor, de su color y de su

Digitized by Google

sabor. ¿Hay adorno de mesa que alegre tanto los ojos de los comensales como una sandía dividida en rebanadas sobre cuyo fondo encarnado aparecen como perlas negras incrustadas en su concha de nácar las brillantes pepitas? ¿Hay pebetero oriental que exhale aroma tan delicado como el aroma que despide de su lustrosa corteza un melón de año sazonado y maduro? Y, finalmente, ¿creéis que puede encontrar la repostería moderna medios de hacer un sorbete tan suculento como el que fabricara para recreo de nuestros paladares el confitero entre los confiteros, el sol? No extrañéis, pues, que, entusiastas partidarios de esta fruta, hagamos la mercancía, cual se dice entre vendedores, y que, uniendo nuestra voz á las de ellos, gritemos: «Á ochavo, á ochavo la raja: por un ochavo, señores, se come, se bebe y se lava la cara.»

Á un vegetal de prestigios tan excepcionales no podía faltarle su correspondiente leyenda mitológica, y en verdad, aunque algo forzado su argumento, la tiene por todo extremo interesantísima.

Enmedio del campo, sin otra habitación donde guarecerse que una humilde choza, ni otro amparo que la Divina Providencia, vivían

Digitized by Google

solitarias tres hermanas huérfanas. La desgracia no ha estado nunca reñida con la hermosura; antes, al contrario, parecen inseparables compañeras. Y acontecía en el caso presente que, dotadas nuestras jóvenes de un físico más regular, por no disponer, ni siquiera disponían del dinero preciso para allegarse el trozo de pan cotidiano con que habían de saciar su hambre.

Por muy pesimistas que seamos, forzosamente hemos de convenir en que no hay sobre la tierra mal ni bien que cien años duren. Cuando Pateta, para curar de raíz nuestros dolores, no se toma la molestia de venir del otro mundo á llevarnos consigo, más pronto ó más tarde, solemos experimentar, sin darnos cuenta de ello, verdaderos cambios de fortuna. Sucedióles, pues, á las protagonistas de nuestro leyenda que, habiendo pasado una gran parte de su vida llenas de privaciones, de improviso vióselas, como quien dice, nadar en la abundancia y en la riqueza.

La manera de operarse esta transformación en su estado no pudo ser ni más original ni menos inesperada. Tejiendo redes, confeccionando lazos con que cazar aves y peces que les procurasen un alimento más nutritivo y sabroso que las legumbres con mano próvida

Digitized by Google

amontonadas por ellas en su mal provista despensa, se hallaban, cuando por vía de entretenimiento sin duda, comenzaron á hacer, cual se dice familiarmente, castillos en el aire.

Á los desheredados de la fortuna no hay cosa que nos entretenga tanto como estos verdaderos juegos de la imaginación. En cada ser humano existe una lechera como la del cuento de marras. ¿Quién por positivista no se habrá forjado planes que en su delirio imaginara prácticos? Hacemos comidas de memoria cuando tenemos hambre, fiamos nuestra suerte á la lotería cuando ambicionamos riquezas, y para los demás asuntos de la vida ¿no habíamos de conceder algo al azar, siquier con riesgo de vernos burlados? Cierto que á lo mejor, por habérsenos roto al primer traspiés el cántaro de leche que llevábamos henchidos de satisfacción al mercado, se nos desbaratan las cuentas más galanas; pero esto no obsta para que de nuevo, y quizás con más ahinco, volvamos á emprender viajes por las regiones imaginarias.

Pero en fin, ello es que á la mayor de las heroínas de nuestro cuento, seguramente aguijoneada por el hambre, se le ocurrió decir:

—¡Qué de manjares exquisitos, hermanas

Digitized by Google

mías, había de comer si me pudiera casar con el cocinero del rey!

—No es mucho lo que pides, pero creed que yo, más modesta, contentaríame con otra cosa—arguyó vivamente la segundona.

—¿Con qué?—preguntaron la mayor y menor de sus hermanas.

—Tengo deseos tan grandes de saborear pan blanco y bien amasado, que me daría con un canto en los pechos si consiguiera unirme al panadero de su majestad.

—¡Bah... bah... bah!... Cualquiera que os oyese diría que erais unas tristes hambronas. Para pedir, ó se pide algo que merezca la pena, ó no se pide nada. Menos materialista que vosotras, yo, de contraer nupcias, quisiera que fuesen, no con ninguno de sus criados ó servidores, que eso no tendría lances, sino con el mismo rey en persona—exclamó bulliciosa y alegre la más joven de las tres huérfanas.

—¡Pues no picas tú poco alto que digamos!—replicáronle sus hermanas.

—Ya sé que esto no puede ser, y lo siento, porque en premio á su amor había de darle á mi real esposo los hijos más bellos que en el mundo ha parido mujer.

Oculto en la espesura del bosque adonde el

Digitized by Google

rey fuera aquella mañana á cazar sorprendió esta conversación, y en un arranque de generoso entusiasmo, decidió, ya que estaba en su mano, satisfacer los deseos de las tres huérfanas.

Felices enmedio de la opulencia, adonde las colocara por un capricho la suerte, vivieron los primeros meses. Pero se hartó de ricas viandas la desposada con el cocinero, de blancos panecillos la desposada con el panadero, y viendo á su hermana menor ocupar en el reino puesto tan alto, germinó en sus pechos la pasión que más profundas raíces echa en nosotros y más desazones y disgustos nos cuesta, la envidia. Por sumirla de nuevo en la miseria y en la pobreza, aquellas dos pérfidas criaturas hubiéranse con gusto dejado cortar sus manos derechas. Y lo triste del caso para ellas era que, apesar de cuantas maldiciones en su interior le dirigiesen, la joven reina, cada vez más estimada de su pueblo, más querida de su esposo, brillaba por su virtud y por su hermosura en la corte con la serena majestad que las estrellas brillan en el cielo. Salud, riquezas, honores, amor, todos cuantos motivos de alegría en el mundo existen, habíanse congregado en torno suyo para hacerla dichosa.

Pero sobrevino un acontecimiento, si na-

Digitized by Google

tural, verdaderamente fausto para ambos cónyuges, y aprovechándose de él las desnaturalizadas hermanas, decidieron perder para siempre á la reina. A los nueve meses de matrimonio ésta parió un niño, y burlando la vigilancia, no ya del rey, sino del comadrón mismo, sustituyéronle por un escuálido gato de Angora. La decepción del esposo fué tremenda. No se explicaba cómo tal fenómeno pudo operarse, mas creyó en él porque al alumbramiento habían asistido dos personas de tanta confianza cual las propias hermanas de la reina, á todas luces incapaces de un gatuperio semejante.

Al pronto, ni ver ni saludar quiso el rey á su costilla; pero el tiempo borró de su memoria estos tristes recuerdos, y la hermosura de la antigua campesina le atrajo de nuevo al abandonado lecho conyugal.

Por segunda vez la reina sintióse madre. En cuanto de ello tuvo noticia el rey, escarmentado con lo sucedido anteriormente, ordenó que no se contrariara en nada á su mujer, que, sin replicar, al punto se satisficiesen todos sus antojos, y que, por si alguna influencia benéfica podía ejercer en ella la vista de personas hermosas, se prohibiese en el palacio la entrada á todos los feos. Ni por esas.

Digitized by Google

Llegó la hora del parto, y las envidiosas hermanas sustituyeron el nuevo infante que tuvo por un trozo de madera. Repetido el embarazo, la tercera vez, en lugar de un niño, depositaron en la real canastilla nada menos que una culebra. Desesperado el rey, en cuanto la recién parida abandonó el lecho, hízola encerrar en lóbrego y oscuro calabozo. Las hermanas mayores de la infeliz soberana al fin pudieron salirse con la suya.

Esta superchería se llevó á cabo con tanta más fortuna cuanto que ni rastro dejaron de ella. Los tres infantes, encerrados en otras tantas cestas de mimbre, fueron á la ventura arrojados al río, cuyos lomos de cristal los transportaron á larga distancia.

Cada día más afligido el rey por la clausura de su esposa, á quien amaba, pero á quien se creía en el deber de castigar, y por las decepciones sufridas, abandonó los negocios públicos y se entregó de lleno á la caza, una de las diversiones que de antiguo más habían logrado distraerle.

Con la escopeta al hombro, cabizbajo y pensativo, sin curarse para nada de las aves que revoloteaban sobre su cabeza ni de las liebres que saltaban á sus pies, unas y otras invitándole casi á ejercitar su puntería, tras-

Digitized by Google

curridos algunos años, caminaba una tarde el desdichado monarca, cuando á lo largo del camino distinguió tres niños de tez curtida, de ojos azules, de cabello rubio. Al verlos, su emoción fué tan grande que estuvo á punto de desvanecerse. Dominóse, sin embargo, cuanto pudo, y siguiendo su marcha se puso al habla con ellos. Los rapaces, llenos de curiosidad, se quedaron mirándole de en hito hito. Después, con un desparpajo que al rey le hizo muchísima gracia, dirigiéronle mil preguntas, y por último le invitaron á que les acompañase á su choza, donde podrían mostrarle un pájaro que hablaba, y obsequiarle con unas sandías rojas, frescas, y dulces como la miel. No queriendo el monarca contrariar á los pequeñuelos, aceptó al instante el ofrecimiento que de tan buena voluntad le hacían.

Un hortelano, al parecer padre de los tres niños, les salió al encuentro. No sabiendo con quién se las había, trató éste al inesperado huésped sin afectación, ó á la pata la llana, cual solemos decir.

Posado en las ramas de un árbol que servía de sombraje á la choza, hallábase el pájaro que hablaba, y á corta distancia un melonar cuajado de gruesos y verdes y brillantes frutos.

Digitized by Google

Apenas el rey había tenido tiempo de tomar asiento cuando, con gran extrañeza, oyó que á sus espaldas decían: «Coged un melón de agua para que con sus rajas aplaque la sed que trae este caballero; pero que lo parta á presencia de todos vosotros él mismo.»

Sonrióse el monarca al oir estas frases de verdadera cortesía dichas por un ave, sin duda admirablemente amaestrada, y pidió que le trajesen uno cualquiera de aquellos hermosísimos melones. Partiólo en dos pedazos, y con grande asombro vió que estaba lleno de perlas, rubíes, topacios, esmeraldas y diamantes. Creyéndose objeto de una burla, con acento de indignación gritó:

—Esto es un engaño. ¿Cómo es posible que un melón de agua pueda producir, en vez de pepitas, piedras preciosas?

—¿Y cómo es posible, contestóle el pájaro hablador—que una mujer dé vida en sus entrañas á un gato, á un trozo de madera ó á una serpiente? Estos niños que ves son hijos tuyos. El río que pasa cerca de tu palacio los trasportó hasta aquí en sus corrientes. Á la Providencia en primer término, y á ese pobre hortelano que se halla presente, deben tus hijos su salvación. Vuelve, pues, á tu corte, recompensa de las amarguras que ha

Digitized by Google

sufrido á tu inocente mujer, y castiga con rigor á sus perversas hermanas, quienes por envidia le han hecho pasar por tan duros trances.

¿Será necesario explicaros, para concluir, lo que sucedería después de esta escena? De ningún modo. Eso ya lo adiviná is vosotros.

Candorosa é inocente resulta la leyenda del melón, y muy parecida su fábula á otra que Galland, en *Las mil y una noches*, nos cuenta. Entre varias hemos elegido ésta á bulto. Si al hacerlo erramos, nos debéis disculpar, recordando en obsequio nuestro un viejo refrán castellano que dice: «el melón y el casamiento ha de ser acertamiento.»

Digitized by Google

La Tomatera.

Como la religión, como las artes, como la industria, como el comercio, debe la agricultura al descubrimiento de América un progreso en el cual jamás había soñado. Sin el hallazgo de este hermoso continente, aún desconoceríamos hoy muchas plantas, cuyos frutos estimamos con preferencia á los nuestros. Imitando á los sagrados textos que dividen en tres partes tan sólo el mundo, suprimid del mapa América y habréis suprimido una porción considerable de nuestra flora. Americanas son las matas de tabaco, con cuyas hojas secas y adobadas al efecto, se fabrican esos olorosos cigarrillos que constituyen la delicia de los fumadores; america-

Digitized by Google

nas las cañas de azúcar, cuyos guarapos nos procuran una sustancia soluble en el agua y en el alcohol, que sirve para endulzar las bebidas y los manjares; americanas las patatas, quienes por nutritivas y abundantes resultan después del trigo, el primero entre los alimentos del pobre; americano el maíz, de donde cosechamos sabrosas mazorcas que comer, tiernos espigones que dar á las bestias, suaves perfollas de varia aplicación en la industria; ¿para qué enumerar más? americanas las tomateras, esos frondosos vegetales pertenecientes á la terrible familia de las solanáceas, que con sus largos tallos, sus flores amarillas agrupadas en racimos, sus hojas alternas cubiertas de una especie de pelusilla, sus frutos irregulares, ya del color de las esmeraldas, ya del color de la grana, según van poco á poco madurando, pero siempre tersos y brillantes, han venido á enriquecer el largo catálogo de nuestras plantas indígenas.

Relativamente moderna en Europa la tomatera, si alguna que otra vez el vulgo se ha ocupado de ella, ha sido sólo para menospreciarla y escarnecerla. Desde su importación á nuestras tierras meridionales hasta hace poco tiempo, imaginándolos nocivos á la salud, las gentes no han querido probar los tomates.

Digitized by Google

Planta maldita para unos por su afinidad y parentesco con ciertos vegetales venenosos; planta revolucionaria para otros por la estima en que la tuvieron durante la época del terror los demagogos en Francia, hasta principios del siglo, es decir, hasta que las huestes napoleónicas irruptoras de nuestra Península nos enseñaron á comer los acidulados frutos de la tomatera, apenas si hicimos caso de ella.

Que en canciones tan epigramáticas como ésta que reproducimos

«Según dice quien lo sabe.
todas las mujeres son
amigas de los *tomates*,
mas de los *dátiles* no,»

el vulgo haya hecho uso de sus apreciabilísimas bayas, no significa que éstas priven gran cosa entre las hembras. Al contrario, de insustanciales é insípidas creemos nosotros que ha querido motejarlas el vate anónimo inventor de la copla que dice:

«Si mi marido se muere,
no es por falta de alimento,
que á la cabecera tiene
un tomate y un pimiento.»

Digitized by Google

Por fortuna, tales ideas han ido poco á poco disipándose de la imaginación popular, y hoy la tomatera es considerada como una de nuestras mejores herbáceas. Á las ciencias médicas, en primer término, débense estos maravillosos resultados, pues sin ellas, de seguro, aún se hallarían proscritos de nuestras mesas los tomates. Mientras el vulgo en su malicia, por todo prestigio, como á los frutos del granado, del manzano, de la higuera, ha concedido á las frutos de la tomatera una significación erótica, cual lo prueba, entre otras cosas, el nombre mismo de *pommes d'amoure* con que suelen distinguirlos en Francia, la moderna terapéutica, en su sabiduría, les reconoce virtudes refrescantes de primer orden.

Cuando, ávidos de esparcimiento, cualquier mañana de estío salgáis al campo á recrearos en las grandiosas perspectivas que ofrecen siempre á los ojos nuestras zonas meridionales, aun cuando las avecillas os aturdan con sus alegres cánticos, el sol naciente os deslumbre con sus rayos de oro, el manantial que brota entre peñascos os arrobe con sus cristalinas burbujas, las montañas recamadas en hora tan poética del día con los matices del iris os encanten, las nubes con sus tintas y arreboles de aurora os deleiten, el panora-

Digitized by Google

ma, en fin, que se dilata en torno vuestro os anonade y confunda, procurad, haciendo un esfuerzo, si es preciso, que no se os vaya del todo el santo al cielo, y antes de dar por terminado vuestro paseo matinal, dignaos dirigir una mirada de agradecimiento hacia cualquiera de los sitios donde se alzan frondosas las tomateras, es decir, las plantas que produce uno de los remedios más eficaces conocidos en América para combatir las fiebres pútridas, terrible azote de aquel país.

Cierto que con sus huecos, endebles y vellosos tallos, sus ramas trepadoras, su vida efímera, pues sólo cuenta de existencia un año, la tomatera no inspira á nadie el respeto y veneración que otros vegetales verdaderamente afortunados; mas desechando engañosas apariencias, al contemplarlas pensad que sus brillantísimas bayas, sanas, aperitivas, refrescantes, sirven para curar las congestiones hemorroideas, la oftalmía en cualquiera de sus grados, y otras mil enfermedades propias de los temperamentos biliosos y sanguíneos; y volviendo por ella y de ella haciéndoos lenguas, estimadla en lo mucho que vale.

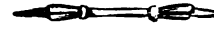
La superstición popular que ciñera la copa de tantos árboles, la corola de tantas flores,

Digitized by Google

el tronco de tantos vegetales con poéticas leyendas, ha ingratamente relegado al olvido esta preciosa herbácea. Ni sus hojas en forma de alas, ni sus frutos del color de las amapolas, consiguieron avivar el fuego sagrado inspirador de sus tradiciones románticas, verdad; mas hay que hacerle la justicia al vulgo de creer que esto es debido, no á su aversión y antipatía por los tomates, cuyas carnosas mollas divididas en celdas llenas de semillas le sirven de alimento, de condimento y de condumio, sino á lo reçientes y nuevas que son estas plantas en Europa.

Nosotros creemos, sin exageración, que de no haber existido en el mundo los tomates, habríanse los sabios visto forzosamente en el caso de inventarlos.

Donde no haya naranjas, ¿con qué se desayunarán las gentes?—preguntan los valencianos. Y á nuestra vez preguntamos nosotros: donde no haya tomates, ¿podrán sin catarlos vivir los hombres?



Digitized by Google

La Avena.

UNA zorra y un lobo en quienes el hambre había hecho verdaderos estragos caminaban por cierta vereda, el ojo avizor, las orejas gachas, las narices abiertas, el rabo entre las piernas, en busca de recentales, gallinas, liebres, conejos, algo, en fin, con que saciar su apetito voraz.

Era el tiempo en que las bestias, si no pronunciaban discursos tan interminables y á veces tan hueros y sandios como los que suelen endilgar al público desde sus respectivas tribunas nuestros diputados en los modernos Congresos, á lo menos chapurreaban las palabras lo bastante bien para dejarse entender.

La zorra es, como todos sabéis, uno de los

Digitized by Google

animales más sagaces que Dios ha echado á este mundo. En las fábulas y en los cuentos antiguos, ella ha engañado al león, al perro, al asno, al buitre, á los cuadrúpedos, á las aves y á los reptiles de mayor instinto. Maquiavelo, con el descaro y cinismo característico de sus obras inmortales, aconseja á los reyes que imiten, para prosperar entre sus vasallos, al león y á la zorra, es decir, que sean fuertes y astutos. Y cuando Maquiavelo atribuyó esta cualidad á los raposos, es porque los conocía como si los hubiese parido.

Durante mucho tiempo fueron ronceando las dos bestias montaraces de un lado á otro sin decirse palabra; mas como sus pesquisas resultaran inútiles, al fin el lobo, rompiendo el silencio, dijo á su compañera:

—¿Sabe usted, comadre, que siento en el estómago un hormigueo que apenas me deja andar?

—Consuélese, amigo, pensando—replicóle la zorra—que la gazuza que yo me traigo no le va en zaga á la suya.

—¿Y cómo demonios nos las vamos á componer para procurarnos, por frugal que sea, algún alimento?

—Dificilillo lo veo. Escamados los pastores y demás gentes del campo con nuestras re-

Digitized by Google

cientes hazañas, no dejan en los corrales al raso ni una gallina ni un cordero aunque los aspen.

—Es verdad. ¡Luego el año tan seco, la estación tan avanzada! ¡Sin nidos, sin frutas, sin legumbres!... En suma, que como no nos comamos nuestras propias uñas, estoy viendo que ninguna otra cosa vamos á podernos comer.

—Hombre, digo lobo, á propósito de legumbres—exclamó la zorra llena de satisfacción,—hace unos días me atraqué de carne á lo lindo, con riesgo por supuesto de que me deslomaran las costillas de un garrotazo, y para remojarla, como nosotros los animales no bebemos vino, fuíme á la cañada próxima, donde entre peñascos brota el manantial más cristalino y puro de toda esta comarca. En tal sitio hay una cinta de tierra sembrada de avena. Cuando yo la vi estaba naciente, pero á la fecha de seguro mide alguna altura. ¿Quiere usted que nos encaminemos hacia allá, y á falta de otra cosa nos desayunemos con su forraje?

—No me parece mala idea—contestó el lobo, relamiéndose de gusto.—Así como así, según dicen los racionales, cuando no hay pan, buenas son tortas; usted guiará.

Digitized by Google

—Pues en marcha y á la carrera.

Llenos los tallos fistulosos de verdes y ásperas hojas; sus flores, hacinadas en panículas á medio abrir en unas matas y en otras matas ya cuajados los granos cilíndricos que á tantas y tan varias aplicaciones se prestan, la avena mentada por la zorra, no podía mostrarse ni más crujiente ni más tierna.

Dícese que cuantos animales se alimentan de estas gramíneas, dotadas de ciertos principios estimulantes, no sólo adquieren vigor y fuerza, sino alegría. Los cuadrúpedos de nuestro cuento, en cambio, ansiosos de llenar la panza, no necesitaron más que verla y olerla para saltar de júbilo.

Dispuestos estaban ya á descabezar las matas de avena y con sus tiernas panículas alimentarse, cuando súbitamente se le ocurrió á la zorra una idea en verdad diabólica. Reducido de extensión el sembrado donde habían de pastar en guisa de tristes rumiantes, por mucho forraje que le correspondiera, imagínólo escaso para satisfacer su hambre. No le quedaba más recurso, pues, de un modo ú otro, que engañar al compañero. Con tales propósitos, dirigiéndose al lobo, le dijo:

—Como todas las plantas, la avena se divide en dos cuerpos ó mitades, uno interno y

Digitized by Google

otro externo. El primero se halla enterrado; el segundo, cual veis, sale á la superficie. Ahora bien, compadre, elegid entre lo que está debajo de la tierra ó lo que sobre la tierra crece.

Al oir proposición tan original, el lobo quedóse perplejo sin saber adónde inclinarse para salir mejor librado; mas recapacitando un punto, contestóle á la zorra:

—Pues, amiga mía, ya que en vuestra generosidad me dais á elegir, decididamente elijo lo que cubre la tierra.

—En ese caso no hay más que hablar. Así que yo despache la porción que en este reparto amistoso me corresponde, entrará usted con la suya.

Mientras la zorra iba á tajo desflorando la avena, el lobo, sentado sobre sus cuatro patas, decíase á sí mismo:

—Mi compañera se la echará de lista, pero buena se la he jugado. Á quien como yo mil veces presenciara la siembra de estas matujas no se la dan tan fácilmente. Los granos depositados en los surcos por el labrador, de fijo se hallan ahí todavía intactos y aun multiplicados. Que coma, que coma forraje. Yo luego comeré algo más sabroso, más nutritivo y más agradable.

Digitized by Google

El infeliz, en su ignorancia, no comprendía que las simientes, una vez germinadas, se pudren ó se truecan en fibrosas raíces. Ningún perjuicio se le hubiera irrogado de no saber que los granos de avena en unos países sirven de alimento á los hombres, como en Escocia, por ejemplo, cuyos habitantes creen que su naturaleza vigorosa y fuerte á ellos en primer término se la deben; que en otros países, en Alemania, sin ir más lejos, para fabricar cerveza blanca, deliciosa bebida que los nacionales saborean con deleite; en otros países, como Francia, ponemos por caso, para aromatizar la nata, haciéndola así más agradable al olfato; y en casi todas partes para componer un pienso del cual gustan mucho las caballerías; pero ignorar que las semillas depositadas en la tierra habían de la tierra desaparecido, le costó al pobre lobo un disgusto serio.

Apenas se hubo comido de la avena, la parte superior de los tallos, la zorra dió por terminada su operación. Medio tambaleándose de desmayo, entró el lobo á ocupar el puesto vacante que la maldita había dejado; pero escarba que te escarba el suelo, aunque se rompió las uñas, no encontró ni un grano de avena para un remedio.

Digitized by Google

A los pocos días de acaecido el pasaje que acabamos de relatar, por iguales causas reprodújose otro semejante. Trataban entonces los dos cuadrúpedos de repartirse un hermoso bancal de patatas. Como la vez primera, dióle la zorra á elegir al lobo; y éste, escamado, eligió la porción de vegetal que se veía sobre la tierra.

Excusado es decir la ira que se apoderaría de él viendo, ya ahito de forraje, cómo la zorra se engullía á dos carrillos los dulces tubérculos de esta planta, escondidos en el suelo.

Por lo inverosímil, quizás no os agrade mucho nuestro cuento; mas su relato demuestra, entre otras cosas, que el vulgo se ha ocupado de las patatas y de la avena con preferencia á otros vegetales.

Digitized by Google

Digitized by Google

La Artemisa.

Los paganos bautizaron con el nombre de una de sus divinidades predilectas á esta utilísima herbácea, y nosotros los cristianos, por no irles en zaga, la hemos confirmado con el nombre de uno de nuestros más queridos y venerados santos. Al Bautista, bajo cuya advocación se hallan, según la mitología vegetal, casi todas las plantas benéficas ó de cualidades en este ó en aquel sentido verdaderamente maravillosas, debía corresponder tal honra. Así como llamamos varas de San José á las azucenas, llamamos hierba de San Juan á la artemisa; pero su denominación genérica más apropiada es aquella que le dieron los antiguos, tomándola de

Digitized by Google

Potemia, diosa lunar protectora de los alumbramientos.

Como la ruda, como el culantrillo, como el centeno cornezuelo, hállase dotada la artemisa de propiedades medicinales tan relevantes para provocar la regla y aun facilitar el parto, que en general nuestras mujeres la tienen en grande estima. Verdadera panacea esta planta, no sólo sirve para componer un emenagogo de resultados prodigiosos, sino también para combatir la epilepsia, el corea ó baile de San Vito, los vómitos nerviosos, los cólicos flatulentos, y aun, como antihelmíntica que es, para matar los gusanos y las lombrices.

Sus virtudes terapéuticas, cual sus prestigios mitológicos, datan de larga fecha. La opilada mujer de Mausolo, reina de Halicarnaso, por prescripción facultativa de aquellos tiempos, hacía uso de ella con frecuencia, y, según testimonio de Alberto Magno, sus coetáneos creyeron siempre que los brotes de este vegetal aplicados á las piernas evitaban con toda seguridad el cansancio.

Nosotros hoy, naturalmente, no hacemos caso de ciertas patrañas inventadas adrede para más encarecer los objetos ó las cosas que han privado en la fantasía del vulgo. Pero

Digitized by Google

cuando vemos la artemisa con sus tallos estriados, sus hojas pálidas, sus flores blancas, amarillas ó purpúreas, según las especies, alzarse ufanas por los parajes incultos ó á la orilla de los caminos, no pudiendo contener la admiración que nos causa su presencia, inconscientemente prorrumpimos en exclamaciones de verdadero entusiasmo.

Con razón sobrada, este individuo de la familia de las compuestas y á la tribu de las corimbíferas perteneciente, ha despertado tantas y tan vivas simpatías en el vulgo. Si cuando se llama *doncel* ó *incienso de Andalucía* sirve de base al delicioso licor conocido con el nombre de ajenjo; si cuando *pontica*, para componer suaves y olorosísimos cosméticos; si cuando *estragón*, para condimentar los guisos y aromatizar el vinagre; si cuando *judaica*, para procurarnos la *santonina*, remedio infalible contra las afecciones verminosas; si cuando *hierba de San Juan*, para combatir la amenorrea y otras mil enfermedades, ¿cómo ha de extrañarnos que el vulgo por un sentimiento de gratitud se deshaga en elogios hablando de ella?

Claro que exagera los méritos intrínsecos de la pobre artemisa cuando transforma sus hojas alternas en una especie de oráculo á

Digitized by Google

quien confía el pronóstico de las enfermedades agudas, cual sucede en Bolonia, donde para conocer la mayor ó menor gravedad del mal que aqueja á un paciente, aplica á sus orejas sin que él lo note un tallo de esta planta, y si llega á dormirse prueba segura es de que sanará, y si llega á desvelarse muestra infalible es de que su vida por momentos se acaba. Pero convengamos en una cosa: en que tales supersticiones, como la de atribuir á la artemisa el poder mágico necesario para librarse del mal de ojo y sacar á las gentes los diablos del cuerpo, como la de tejer el día de la Ascensión con sus brotes cruces, las cuales, colocadas sobre los encerados de las casas, cree de Italia el vulgo siracusano que, bendecidas por el Señor al subir al cielo, adquieren la virtud necesaria para domar las caballerías, resultan á la verdad tan poéticas que no debemos renegar de ellas.

Lo cierto es que la artemisa, á quien, dicho sea de paso, un célebre botánico llamara *madre de todas las hierbas*, ha privado mucho en la fantasia popular, y como consecuencia lógica, ha sido objeto de infinidad de cuentos mitológicos.

Entre los varios que conocemos, existe uno que merece consignarse. Oriundo de Alema-

Digitized by Google

nia, como todas sus tradiciones, resulta en demasía ficticio, pero muestra desde luego el culto supersticioso que de antiguo sintieran los germanos por la Naturaleza. Hélo aquí en compendio.

Constreñida por la necesidad á mantener á sus padres, quienes, ya en la vejez, se vieran imposibilitados de ganarse el sustento, cierta hermosísima aldeana iba cotidianamente á coger setas al campo, las cuales, si no le rendían pingües ganancias, procurábanle á ella y á su familia un bienestar relativo. Con preferencia á otros sitios, nuestra heroína elegía para sus intentos los parajes húmedos y sombríos, porque, como era natural, en ellos abundaban los hongos. Internada casi siempre en los bosques, metida en los barrancos, hecha á corretear por el borde mismo de los precipicios, afortunadamente jamás le ocurrió lance ninguno desagradable. Sin embargo, todos los oficios en este mundo tienen sus quiebras, y el suyo debía también tenerlas.

Una tarde, á la hora en que el sol se acuesta y los astros nocturnos comienzan á clavetear el cielo con sus lentejuelas de luz, la pobre aldeana volvía satisfecha á su hogar, cuando á lo lejos distinguió varias serpientes enroscadas, formando entre sí una especie de

Digitized by Google

vivo y animado círculo por todo extremo fantástico. Otra que no fuera ella, poseída de terror á la vista de estos monstruosos reptiles, de seguro corre desolada á esconderse en el más oscuro rincón de su casa; pero nuestra campesina, llena de curiosidad, lejos de huir, acercóse cuanto pudo al enredado montón de culebras. Nunca lo hubiera hecho. Junto á estos reptiles abría sus fauces un abismo, y en él se hundió, sin poderlo evitar por más esfuerzos que hizo.

En sus profundidades hallábase el antro que sirviera de morada á las serpientes, y allí fué á parar tras rápido descenso la joven, sin que afortunadamente en su caída recibiera ningún daño. Su presencia despertó tan vivas simpatías entre aquella legión de venenosos reptiles, que, lejos de lanzarse sobre ella y devorarla, tributáronle toda clase de atenciones.

Por nada del mundo hubieran las serpientes dejado marchar á la aldeana, pero viéndola uno y otro día triste y llorosa, decidieron devolverle la libertad. Al efecto formaron con sus cuerpos una escala, y por ella ascendió la infeliz lugareña de la región de las tinieblas á la región de la luz. Antes de partir, la reina de las serpientes, deseosa de concederle en recuerdo de su inesperada visita alguna gracia,

Digitized by Google

dotóla de la facultad rarísima de conocer las propiedades medicinales de todas las plantas, á condición tan sólo de que jamás, bajo ningún pretexto, pronunciasen sus labios el nombre de artemisa.

Durante mucho tiempo poseyó este secreto, y con él, además de dispensar beneficios al prójimo, sin trabajo ganóse el sustento; pero en cierta ocasión, como se le ocurriese á un campesino preguntarle cuál era la hierba que con preferencia á otros lugares crecía á la orilla de los senderos, y distraídamente ella contestara que la artemisa, al punto perdió la memoria. Y hé aquí explicado por qué en Alemania el vulgo distingue esta planta con el nombre poético de *hierba del olvido*.

Digitized by Google

Digitized by Google

La Azucena.

Es tan conocida de todo el mundo esta planta, que apenas necesitamos hacer la descripción de ella. Su tallo erguido, sus hojas lustrosas, sus flores acampanadas, difícilmente pueden confundirse con los tallos y las hojas y las flores de otro cualquier individuo de la familia de las lilíaceas á que pertenece.

Hermana carnal de los espárragos, de los ajos, de las cebollas, de los puerros, si bien no reúne las condiciones alimenticias de éstos, en cambio huele que trasciende á gloria. Seis largos pétalos, por entre los cuales aparecen brillantísimos igual número de estambres, forman su corola, y aunque dotada de un solo

Digitized by Google

cotiledón no resulte perfecta, esto no amengua en nada su natural hermosura. De sus simientes no hará muchos planteles el floricultor si para recogerlas no se toma el trabajo de suspender sus pies floridos en dirección inversa. Propios los bulbos de esta planta para componer un emoliente de suma eficacia, aptas sus flores para preparar una tisana contra la tos, de resultados maravillosos, ó un bálsamo que alivie el dolor de oídos ó cierre las resquebrajaduras de los pechos, ni por su aroma intenso el perfumista la desdeña, ni por sus virtudes terapéuticas la desdeña el médico.

Y sin embargo, no privan tanto en el vulgo las azucenas por su utilidad como por su belleza. Blancas, olorosísimas, artísticas, sus flores en más de una ocasión han inspirado al poeta símiles, imágenes ó figuras, por lo hiperbólicas verdaderamente orientales. Pero donde lucen sus galas como en ninguna otra parte las azucenas es en la poesía popular. De grandes é indiscutibles condiciones estéticas deben hallarse dotadas estas plantas cuando para requebrar á la dueña de nuestros pensamientos solemos cantarle la siguiente copla:

Digitized by Google

«Más hermosa eres que el sol,
que la nieve en el desierto,
que la rosa en el rosal,
que la azucena en el huerto.»

Por la nitidez y pureza de sus blancas flores terminales simbolizan las azucenas la virginidad masculina, y de aquí que el vulgo las haya naturalmente adscrito al Patriarca San José.

En refuerzo de tal superstición hase inventado una leyenda mística que de seguro todos conocéis.

Pocas mujeres en Judea tan hermosas como la Virgen. Destinada á cobijar en sus entrañas al Hijo de Dios, debía reunir en sí todas las humanas perfecciones.

Nosotros nos la imaginamos: ni muy alta ni muy baja; algo entradita en carnes, cual suelen las hembras en Oriente; con ojos negros capaces de trastornarle á cualquier nazareno el juicio; oscuro el cabello, espaciosa la frente, bien dibujadas las cejas, estatuaria la nariz y, para terminar el retrato, aún creemos que serían

..... sus manos palmas reales,
sus dedos diez azucenas,
sus labios finos corales,
sus dientes menudas perlas.

Digitized by Google

Añadid á todo esto la juventud, el candor, la gracia, la misma aureola virginal de que se hallara rodeada, y decid luego si tendrían razón ó no los mozos de Nazareth para beber los vientos por ella.

Las discusiones, las disputas, las reyertas que entablaran entre sí cuantos pretendieran privar en el ánimo de María y hacerla su esposa tomaron proporciones tales, que en más de una ocasión fué necesaria para cortarlas á tiempo la intervención de la justicia. Quiénes por ricos, quiénes por apuestos, quiénes por ilustrados, todos se creían con derecho indiscutible á merecer tal honra. En su apasionamiento, antes que consultar el corazón de la doncella, consultaban los mozos su propio corazón y no había medio humano de entenderse.

Por aquellos tiempos de ciega credulidad solían, como nunca, los ángeles hacer desde el cielo frecuentes visitas á la tierra. Así que algún asuntillo de cierta importancia surgía en este bajo mundo, ya estaban los alados mensajeros entre nosotros. Díganlo si no el ángel que, espada de fuego en mano, custodia las puertas del Paraíso á fin de impedir su reingreso en él á nuestros primeros padres desobedientes; el ángel que detuviera el brazo á

Digitized by Google

Abraham, resuelto por amor á Dios á sacrificar á su hijo; el ángel que avisara á Lot para que huyese con su familia de la viciosa Pentápolis, cuyas cinco ciudades habían por providenciales decretos de ser pasto del fuego del cielo; el ángel que á Jacob, por la misteriosa escala, se le apareciera en sueños; el ángel que interceptase el paso á la pobre burra de Baalán, quien, apremiada por una lluvia de zurriagazos, vese en el duro trance para una bestia de hablarle á su amo el lenguaje de los hombres; una caterva de ángeles, en fin, que sería prolijo enumerar.

Pues bien, á dirimir la contienda suscitada entre los mozos de Nazareth vino, como era natural, su correspondiente angelito. Poco ducho éste en materia de amores, lejos de avistarse con María, sondearle el corazón y seguir en todo sus impulsos, reunió en la Sinagoga á los pretendientes, y sobre poco más ó menos les habló de esta manera: «En las regiones celestiales, de donde vengo, hase sabido que andáis á la greña unos con otros por conseguir la mano de cierta joven extraordinariamente hermosa. Vuestra aspiración, desde luego, la consideramos legítima, pero imposible de satisfacer. Todos no os podéis casar con ella, entre otras cosas, porque las

Digitized by Google

leyes humanas y divinas lo prohiben. ¿Cómo, pues, resolver el conflicto? De una manera bien sencilla si de grado aceptáis mis proposiciones. Por costumbre ya añeja en Israel cada cual de vosotros sustenta en su mano una vara. Pues bien, aquel á quien después que hayáis recitado un epitalamio le florezca, sea de entre todos el destinado á desposarse con María.»

La proposición del ángel fué naturalmente aceptada por unanimidad. Algunos se resistían á creer que un palo seco, desarraigado de la tierra, desprovisto de savia, pudiera dar de sí hojas y flores; pero los más, acordándose, sin duda, de la vara de Moisés, de la vara de Aarón, no imaginaban difícil que se operase el milagro. En efecto, los últimos versos de la nupcial composición aún no se habían extinguido en el espacio, cuando, con grande asombro, vióse cuajada de azucenas la vara de un pobre carpintero llamado José. Apesar de lo pactado y convenido, el disgusto fué general. Unos mozos se retiraron á sus casas mohinos; otros, renegando de su suerte, hicieron pedazos el palo estéril que de tan poco en aquella ocasión les sirviera.

Algunos escritores modernos entrevén en esta leyenda popular una alusión fálica por

Digitized by Google

demás grosera. Para Angelo de Gubernatis con ella no se ha pretendido otra cosa que mostrarnos disfrazada la muerte del viejo falo impotente; para el vulgo, que cree á pie juntillas todo cuanto á la religión se refiere, el florecimiento de la vara de San José es un hecho innegable.

Digitized by Google

Digitized by Google

INDICE

	Páginas.
Dedicatoria	5
Introducción	9
El Pino	23
El Ruipóntico	35
Los Helechos	49
El Granado	61
Las Rosas de los Alpes	69
La Margarita	89
El Narciso	97
La Sensitiva	105
El Peral	115
Las Habas	123
El Acónito	129
Los Rábanos	133
El Miosotis	143
Las Achicorias	151
La Zarza	166
Los Ajos	179
El Perejil	187
El Melón	195
La Tomatera	211
La Avena	217
La Artemisa	225
La Azucena	233

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

CANCELLED
MAR 20 1987
MAR 24 1987
2223241

CANCELLED
APR 24 1987
JUN - 1 1987
2264731

APR 24 1987

Digitized by Google

25228.34.12
Mitologia vegetal;
Widener Library
002743325
3 2044 089 050 017